

PROYECTO soñando futuros

Ávila soledad sonora

Ávilasoledadsonora

Ávila soledad sonora



FORO PARA LA
CALIDAD
EMPRESARIAL

Ávilasoledadsonora

Colección **Soñando Futuros** © Forcal

coordinación y edición. Gonzalo Blanco y Julián Alonso

producción. © FORCA L + VIDEOARTE

© de los textos: los autores

© de las fotografías: los autores

© de las pinturas, esculturas y poemas visuales reproducidos: los autores

© de los documentales: los autores

© de la música: los autores

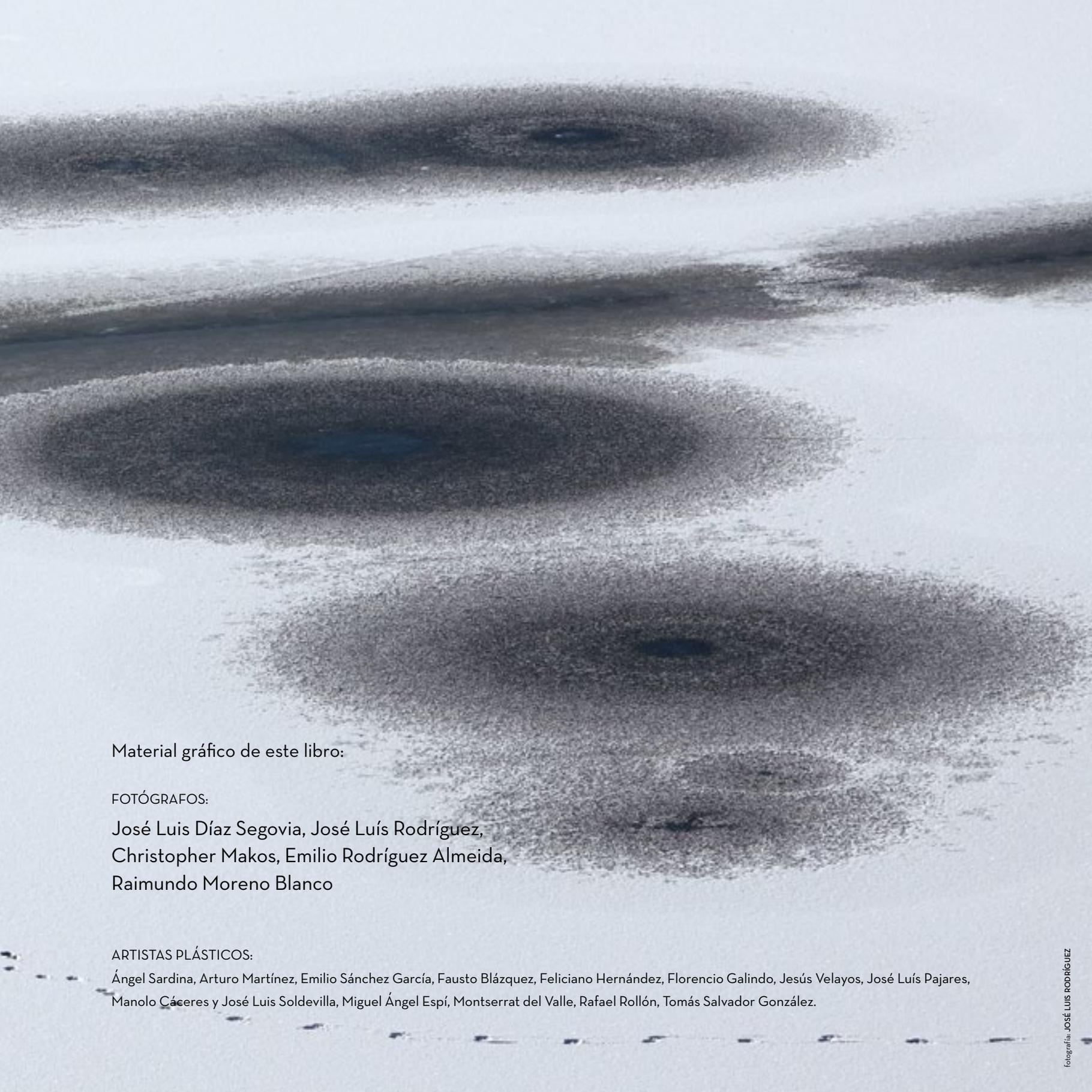
diseño y realización. rqr, comunicación (www.rqrcom.com)

depósito legal. AS-4524/2011

ISBN. 978-84-936914-3-1



edición patrocinada por Grupo INZAMAC



Material gráfico de este libro:

FOTÓGRAFOS:

José Luis Díaz Segovia, José Luís Rodríguez,
Christopher Makos, Emilio Rodríguez Almeida,
Raimundo Moreno Blanco

ARTISTAS PLÁSTICOS:

Ángel Sardina, Arturo Martínez, Emilio Sánchez García, Fausto Blázquez, Feliciano Hernández, Florencio Galindo, Jesús Velayos, José Luís Pajares,
Manolo Cáceres y José Luis Soldevilla, Miguel Ángel Espí, Montserrat del Valle, Rafael Rollón, Tomás Salvador González.

Introducción **10**

JULIÁN ALONSO

Ávila y la poesía **74**

TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ

Sólo digo lo que he visto **12**

CARLOS RODRÍGUEZ

Ávila desde otras miradas **88**

JOSÉ LUIS PAJARES

Tópicos de Ávila **22**

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Pueblos Vagos **104**

EMILIO RODRÍGUEZ ALMEIDA

Jerusalén de Castilla **30**

CARLOS AGANZO

Ínsulas extrañas.
Los castros vettones **118**

JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS

OXÍMORON **42**

Meditaciones en torno al fenómeno de la mística

GONZALO BLANCO

Reivindicación del noventayocho **48**

JACINTO HERRERO ESTEBAN

Acordes para Tomás Luis de Victoria **62**

JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS

Ávila

Páginas singulares de Arquitectura en Ávila **130**

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ ROBLEDO

Gredos es la Gran Vía **148**

JOSÉ PULIDO NAVAS

A propósito de Ávila, una tierra con potencialidades **162**

JESÚS M^a TERCIADO VALLS

DOCUMENTALES:

Ávila en la retina del tiempo

DIRECTOR: MIGUEL RODRÍGUEZ BOLLON

POEMAS: JACINTO HERRERO

LOCUCIÓN: CARLOS RODRÍGUEZ

MÚSICA: «QUINTETO OP. 43 III - TEMA Y VARIACIONES
(FRAGMENTO) DE C. NIELSEN»

INTERPRETADAS POR «MADERA NÚMERO CINCO»

(Olaf Jiménez Pérez-trompa-, Adriana Alonso García -oboe-,
Mariana Fernández Astaburuaga -flauta-, Nadir Fernández
Bahillo -fagot- y Víctor Pérez Eguiluz -clarinete-)

Ávila. Soledad sonora

IMÁGENES: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

TEXTOS: JULIAN ALONSO.

LOCUCIÓN: SARA DE BLAS

MÚSICA: «QUINTETO OP. 43 I Y II DE C. NIELSEN»

INTERPRETADO POR «MADERA NÚMERO CINCO»

El escultor abulense FELICIANO HERNÁNDEZ, es uno de los autores fundamentales e imprescindibles de la evolución de la escultura española de vanguardia, durante la segunda mitad del siglo XX.

Su obra más apreciada, se caracteriza por la profunda indagación que viene llevando a cabo para armonizar volumen, espacio y gravedad y que ha producido frutos tan importantes como el que aquí se muestra, ubicado en el parque-museo al aire libre que lleva su nombre en la localidad madrileña de Navalcarnero.





La soledad se escucha en Ávila,
sobrecoge al viajero, le acompaña.
Si aguzara el oído, podría apreciar su
continuo ronroneo como de abejas
trabajando, procurando la dulce miel
que alimenta su espíritu, el místico
tránsito que une tierra y cielo en las
nevadas cumbres de Gredos y, con
el viento afilado, nos emociona y nos
envuelve inefable.

La soledad sonora, que no aísla sino
singulariza, que hace único cada lugar
abulense, cada paisaje, desplegado ante la
mirada que nace curiosa y se vuelve atónita
frente a la irrepetible contemplación de lo
singular.

Así es Ávila, como sí misma y como ninguna otra,
anclada en sus raíces de granito y habitando el cielo del
águila, inamovible y dinámica, quieta y en marcha, bastión
del pasado y cabeza de puente del futuro. Así es Ávila,
donde la soledad suena.

JULIÁN ALONSO



donde la soledad suena

fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

A large, balanced rock formation on a cliffside under a clear blue sky. The rock is composed of several stacked layers, with the top layer being a large, rounded boulder. The rock is covered in patches of yellowish-green lichen. The background shows a clear blue sky and a distant view of a city or town.

Sólo digo lo que

he visto

CARLOS RODRÍGUEZ

Hay dos momentos en la elaboración de los libros de la colección *Soñando Futuros*, que espero con verdadera ilusión. Uno es el primer encuentro que celebramos junto a los autores, que suele ser un día de sorpresas y alegrías por conocer a personas que jamás había visto, de las que acaso tenía un somero conocimiento de sus trabajos.

El segundo es cuando, ya terminado el libro, hacemos la presentación oficial. Este acto es de gran emoción, pues allí se recoge la alegría de los autores por los trabajos terminados y bien hechos, junto con la nuestra por haber avanzado un paso más en el logro de la colección.

Este año, el primer encuentro ha sido muy particular para mí, probablemente por una cuestión personal de búsqueda de la simetría auditiva, que ha permitido que haya participado semi-activo y semi-pasivo, como observador y participante en una de las comidas coloquios más amenas de mi vida.

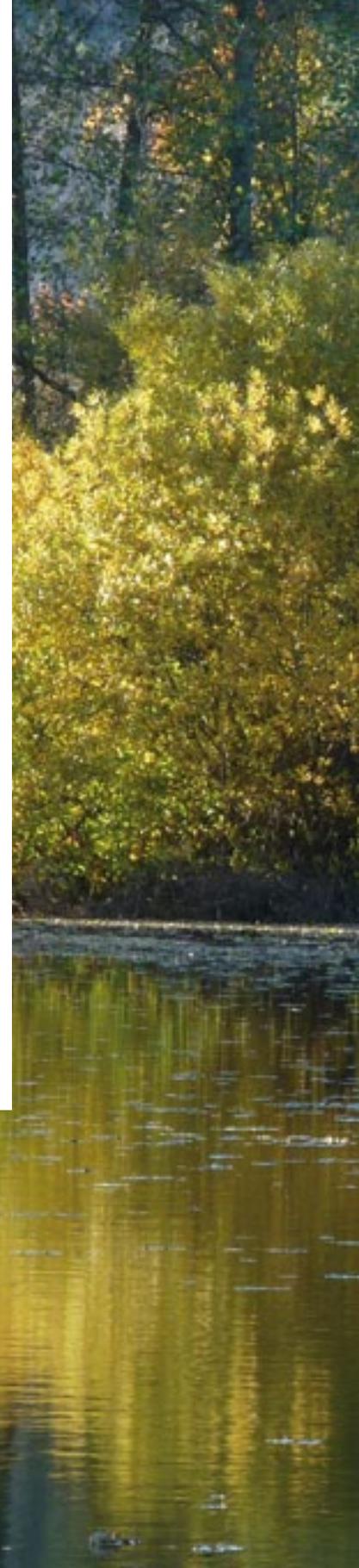
Explicaré someramente lo relativo a las simetrías: en mis años jóvenes tuve un profesor de dibujo artístico que era ambidiestro y gracias a esa habilidad o bien dibujaba las simetrías al unísono con ambas manos o escribía un mismo nombre al mismo tiempo y en distinta dirección,

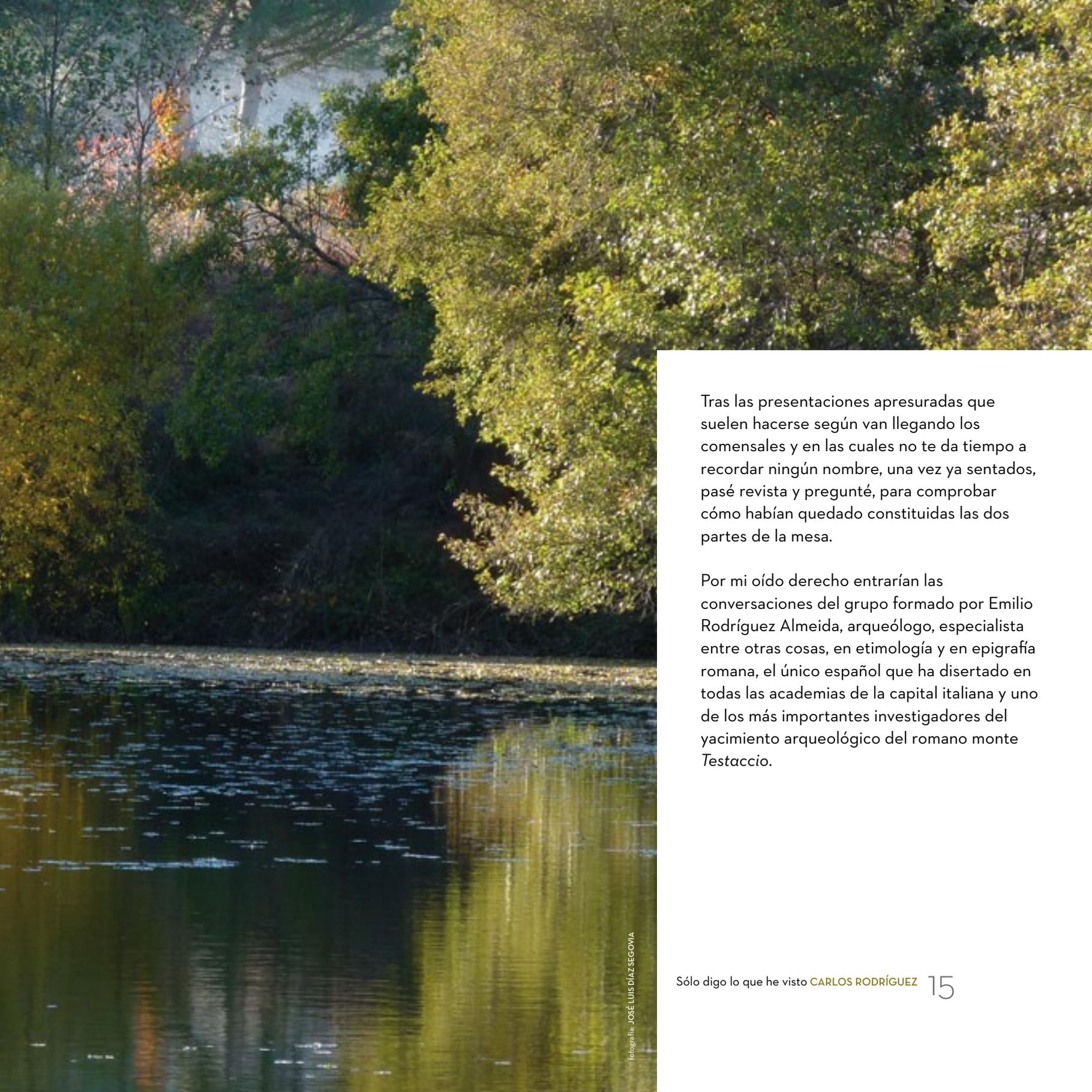
de forma que doblando el papel, que para aquel menester era papel vegetal, digo doblándolo por la mitad, quedaban superpuestos los dos nombres o dibujos, leyéndose o viéndose uno solo.

En mi caso en particular, no conseguí hacerme ambidiestro, pero no puedo negar que el esfuerzo y el trabajo monótono y organizado, que empleaba en conseguirlo, llegó a hacerme creer que se podía educar la mente y lograr diseccionarla de forma que se llegaran a captar al mismo tiempo sonidos diferentes emitidos por distintas personas, por cada uno de los oídos. Si los sonidos correspondían a una misma melodía o una misma conversación el resultado era muy positivo pues por una parte se producía un efecto de estereofonía altamente agradable, y por otra permitía participar en las conversaciones de los dos grupos con un mayor control de la conversación. Hasta el día de los hechos no había comprobado el resultado con conversaciones sobre temas diferentes.

Este es el motivo por el que en las mesas rectangulares siempre suelo escoger los sitios del centro para convertirme inmediatamente en charnela de las conversaciones que inevitablemente se formarán en las dos partes de la reunión, y servir de cortafuego o de línea de paso de conversaciones de un lado a otro, si me interesa. El sistema no me sirve para las mesas redondas, que son las ideales de conversaciones individualizadas para las personas y colectivas en cuanto al tema, en este caso mis dos oídos funcionan como uno solo y mi mente, más relajada, participa en un perfecto equilibrio, desarrollándose la conversación sólo en la dirección que los contertulios quieren.

Pues bien, decía que en Ávila, por razones del destino, en la larga mesa rectangular que nos tenían preparada en el restaurante *El Almacén*, con los autores del Libro *Ávila. Soledad sonora*, me tocó sentarme en uno de los dos asientos charnelas, que es algo como que en los toros te toque el palco de honor.





Tras las presentaciones apresuradas que suelen hacerse según van llegando los comensales y en las cuales no te da tiempo a recordar ningún nombre, una vez ya sentados, pasé revista y pregunté, para comprobar cómo habían quedado constituidas las dos partes de la mesa.

Por mi oído derecho entrarían las conversaciones del grupo formado por Emilio Rodríguez Almeida, arqueólogo, especialista entre otras cosas, en etimología y en epigrafía romana, el único español que ha disertado en todas las academias de la capital italiana y uno de los más importantes investigadores del yacimiento arqueológico del romano monte Testaccio.



También andaba por esa banda Tomás Salvador, poeta discursivo y visual afincado desde hace muchos años en Arenas de San Pedro y autor de la antología de poetas de Ávila que incluye este libro. José María Muñoz Quirós, también poeta, articulista y escritor, a más de otras cuestiones, que ha colaborado con el artículo sobre Tomás Luis de Victoria, se sentaba a la derecha de Tomás. El fotógrafo José Luís Rodríguez, gran especialista en fotografía de naturaleza, a la derecha de Rodríguez Almeida, que a su izquierda tenía a Julián Alonso, geógrafo, historiador, crítico, poeta, escritor y coordinador de la colección *Soñando Futuros*.

Frente a mí, Miguel Rodríguez Bollon, director de cine, colaborador de la Colección, responsable de la parte videográfica de FORCAL y autor de los documentales *Un paseo por Soria* y *Soñando Futuros*.

Por mi oído izquierdo escucharía las voces de José Luís Gutiérrez Robledo, catedrático, autor del artículo sobre arte patrimonial, tema del que es un verdadero experto. El fotógrafo José Luís Díaz Segovia, que también aporta las imágenes de uno de los documentales. El pintor, artista multidisciplinar y profesor de la Facultad de Bellas Artes de Salamanca, José Luís Pajares. El escritor, poeta y hombre de radio José Pulido, autor del original artículo sobre la sierra de Gredos. Feliciano Hernández, uno de los mejores escultores constructivistas españoles, alguna de cuyas obras se reproduce en lugar destacado de este libro. El grabador Ángel Sardina, que ilustra el artículo sobre la mística y Gonzalo Blanco, filósofo, poeta, escritor, editor y alma coordinadora del proyecto *Soñando Futuros*.

Las ausencias justificadas por diferentes motivos, del resto de participantes principales: José Jiménez Lozano, Jesús Terciado, Carlos Aganzo, Montserrat del Valle, Jesús Álvarez Sanchís y la más sentida de todas: la de Jacinto Herrero, por motivos de salud, al que visitaron Gonzalo y Julián en su domicilio antes y después de la comida.

La mesa estaba compuesta y la tertulia se presentía. Soltó el primer capotazo Gonzalo Blanco, dando lectura a una carta justificativa de la ausencia de Jesús Terciado, seguida por otra de Carlos Aganzo y tras de un breve preámbulo sobre la colección en sí y sobre los autores partícipes del libro *Ávila. Soledad sonora*, pasamos a degustar las comidas que ya estaban preparadas en la mesa.

En ese momento mi oído derecho comenzó a escuchar la sabia voz del profesor Emilio Rodríguez Almeida al que se unieron inmediatamente el resto de los contertulios derechos. Se hablaba del sentido etimológico y el nombre antiguo de las palabras relacionadas con el mundo abulense, pasando a los nombre y ubicación de las antiguas cañadas anteriores a los romanos y por allí salió a colación el nombre de Viriato, su relación con la sierra de Gredos y el mundo de los *vettones*, el de cónsules y otros personajes y circunstancias de nuestra Historia Antigua.

En ese momento trate de acharnelar la conversación hacia la izquierda pues mi oído empezaba ya a escuchar diálogos entrecruzados, cuando apercibí que el tema de debate de los izquierdosos de la mesa era algo que a mí me fascinaba, por un lado la civilización Egipcia y por otro, el mundo cultural y religioso actual de la India.

Aunque me atraían mucho más estos temas, probablemente porque los conocía mejor, traté de nuevo de reacharnelar las conversaciones y presté más atención al oído derecho, momento en que el poeta Tomás Salvador recitaba estos versos anónimos:

*En Ávila, mis ojos,
dentro en Ávila.
En Ávila del Río
mataron mi amigo,
dentro en Ávila.*

A partir de ese momento se abrió una verdadera disección del poema, tratando de encontrar las interpretaciones más correctas y debatiendo cada una de ellas. Mi oído izquierdo se fue cerrando mientras permanecía atónito ante la grandilocuencia de los contertulios derechos. Después de permanecer un gran rato boquiabierto y convenciendome de que mis poderes simétricos no eran todo lo perfectos que yo creía, giré la cabeza hacia mi izquierda y ya con los dos oídos sintonizados en una sola conversación, entré a debatir los temas que se discutían.

Sobre la cultura y religión actual de la India, me limité a decir que para mí es un país que ha llegado a una situación de pobreza tan intensa y una gente tan extremadamente conformista y respetuosa, que se me hace imposible la convivencia, más teniendo en cuenta que el furor recaudatorio del turismo, llega a no respetar ni los momentos mas sagrados de las gentes, cuando junto a los cadáveres flotando sobre el rio a medio quemar, con sus almas camino de su eterno paraíso, se mezclan y confunden los vivos realizando sus pragmáticos lavados corporales de todos los días, mientras turistas de todo el mundo, guiados por autóctonos del lugar deambulan en barcas iluminadas por lamparillas de cera y aceite, en busca de captar la foto más macabra posible.



fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOWIA

Después de escuchar atentamente los consiguientes comentarios y opiniones de los contertulianos izquierdos y aprovechando la oportunidad que me brindó uno de ellos comparando el pueblo indio con el pueblo egipcio, entré de lleno en uno de mis temas preferidos y aseveré con rotundidad que para mí Egipto y los egipcios de hace 5.000 años, eran el pueblo y la civilización más enigmática y culta. Fue el momento de recordar cada una de las tres veces que he tenido la oportunidad de entrar en la gran pirámide de Keops, recorriendo en cuclillas durante setenta metros ese agujerillo que es el único acceso que se le ha podido hacer al monstruo constructivo durante todos estos miles de años.

Caminando casi de rodillas, encorvado y sudoroso, fijando la mirada sólo en el suelo y sintiendo el aliento acelerarse con la presión y la humedad, al llegar a la *Gran Galería* y estirar el cuerpo, sientes en una especie de experiencia mística, que el espíritu se te escapa y empiezas a divagar e imaginar la vida de aquellos otros tiempos. En ese momento, las tres veces, he pensado en la ignorancia de la humanidad, la ineficacia en la comprensión de los mensajes que nos trataron de dejar aquellos hombres y la incapacidad de poder reconstruir, 5.000 años después, un edificio de sus características.

Y aseveré con el poder que me daba mi puesto de charnela, que a mis 71 años, después de llevar 50 dirigiendo obras y personas que dirigen obras, por medio mundo y con los medios tecnológicos que tenemos hoy, estoy seguro de que nuestra empresa sería incapaz de construir una pirámide como la de Keops.

Se produjo un pequeño silencio, que hizo que casi me arrepintiera de haber reconocido nuestra ignorancia. Suavemente pivoté sobre la silla y gire el cuerpo entero hacia el hemisferio derecho, donde Rodríguez Almeida interpelaba a José María Muñoz Quirós sobre si la partícula correcta era «en» o era «de», el significado y la interpretación del poema cambiaba completamente según fuese una u otra. Y siguieron discutiendo, con Tomás como tercero en discordia, con la belleza que transmite la cultura en la discusión. Así llegaron los postres.

A petición de los contertulios de la izquierda pasé a explicar el significado de FORCAL. Dirigiéndome al conjunto de los contertulios y girando la cabeza en ambos sentido (momento para el que el asiento charnela no es ideal, pues la voz se va y viene en cada giro y los contertulios de cada lado no escuchan nada más que la mitad de la exposición y la otra mitad se la suponen) empecé mi telegráfica disertación.

FORCAL, dije, es la Fundación del GRUPO INZAMAC, que vela porque las políticas empresariales y las normas de calidad aprobadas por el Consejo de Administración, se cumplan en todas las empresas del Grupo y en todos los países, que en la actualidad son dieciocho empresas en España, Chile, Perú, Brasil, Polonia, Portugal, Angola y Argelia.

Dentro de las políticas empresariales esta el **compromiso de INZAMAC con la cultura** y para ello, FORCAL lleva patrocinando desde hace siete años el proyecto **SOÑANDO FUTUROS** que consiste en la edición de un libro por cada provincia de Castilla y León, con la participación del mayor numero de representantes de la cultura de cada una de ellas.

Este año hemos comenzado a poner en marcha el proyecto **EMPRESA Y CULTURA**, cuya finalidad es llevar la cultura al mundo empresarial y conseguir que las pequeñas y medianas empresa colaboren al desarrollo cultural de la región, de una forma activa y productiva para ambas partes. Creemos que en estos momentos en que las empresas estamos tan necesitadas de nuevas ideas, la colaboración del mundo cultural es imprescindible.

Para ello contamos con la colaboración de los doscientos cincuenta coautores de los libros de Zamora, Burgos, Salamanca, León, Palencia, Soria y ahora Ávila y un **convenio de colaboración** firmado entre CECALE y FORCAL en el que ambas se comprometen a favorecer e implantar la cultura en las empresas y desarrollar y propiciar todas las actividades que lleven a ese fin.

Terminé mi intervención, que debió quedar clara porque no hubo ninguna pregunta, y apurando el carajillo que llevaba ya un rato saboreando, comencé a despedirme con verdadero agradecimiento a todos por el buen rato que habíamos pasado.

Ya camino de Zamora, paramos en *Los Cuatro Postes*, recreándonos en la magnífica vista de la ciudad de Ávila, recorriendo mentalmente sus calles a través de las nueve puertas de su muralla, tan abiertas a todo y a todos, tan dirigidas a los sueños posibles que el futuro nos depara y admirando desde la lejanía la grandeza de esa bella ciudad, con el buen sabor de boca del recuerdo, aun presente, de la nobleza y cordialidad de sus gentes.

* * *





Tópicos



de Ávila

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Como cualquiera otra vieja ciudad o lugar que tiene un peso en la historia o en el pensar y sentir de las gentes, y compone un icono mental que se nos ofrece en unos cuantos trazos, constantemente repetidos, Ávila, para el resto de los españoles que no son abulenses o de tierras vecinas, y para los no españoles que han oído el eco de su nombre, se define tópicamente como una ciudad en la que el frío es muy intenso –Julien Green quedó herido por el brillo de las estrellas en una noche invernal aquí como en ninguna parte–, tiene una muralla, y nació Santa Teresa que fue una monja que tiene gran predicamento de andariega, mística y escritora en todo el mundo, aunque sólo los abulenses parecen informados de que comió ceniza, o esto era lo que se nos decía, aunque no nos conste en modo alguno, cuando, de muchachos, nos mostrábamos mezquindosos al comer. Y claro está que comer ceniza no era una proeza como la de San Lorenzo, tostándose primero de un lado y después del otro sin abrir la boca, pero no nos parecía pequeña hazaña, ni mucho menos, y yo creo que mucha gente quedó marcada por esa leyenda, o la otra de que, en un determinado momento, se sacudió las zapatillas y dijo allá por el humilladero de «Los cuatro postes»: «*De Ávila ni el polvo*», algo que es igualmente legendario, pero puede significar mucho amor, porque en esta tierra de tanta piedra y un frío tan helador y bastante literario, no hay muchos lirismos.

Y luego, enseguida, o a la vez que estas graves informaciones acerca de «la Santa» de la ciudad y el frío, lo que identifica a Ávila, como decía, es que Ávila tiene murallas, y ya he confesado alguna vez, que en mi adolescencia y pensando seguramente en dibujos de las hazañas de las Cruzadas que leíamos, la amurallada ciudad me parecía Constantinopla, un baluarte imbatible durante mil años y sólo al fin tomada por la invención de un cañón enorme que lanzó bolas de piedra imposibles de lanzar con las catapultas e invención que vendió a los turcos un traidor húngaro; ¡Dios le haya perdonado y le tenga en buen sitio!, como decían entonces nuestros mayores. Pero lo que nos quedó a nosotros de esas leyendas y la visión de estas murallas, una y otra vez, fue un callado y dolorido sentir por esa caída de Constantinopla, de la que la Princesa Bibesco, una dama muy mundana y algo intrigante que anduvo por España cuando yo nacía o poco después, decía muy seriamente que todavía no se había repuesto del todo. Y no me extraña nada, porque el ruido de aquella caída se oyó en todo el mundo cristiano y todavía se puede seguir oyendo, porque eran moradas e iglesias aunque hermosísimas, muy grandes y esplendorosas.

La Teresa de Ávila, pensando muy adelantadamente, recomendaba a sus monjas que hiciesen casas pequeñas y modestas que, cuando se cayeren en el Último Día del mundo, poco ruido hicieran, y «palomarcillos» llamaba ella a esos conventos; pero lo cierto es que, cuando sonó por vez primera la campanita que regiría su vida en el primero de ellos en la misma ciudad, hubo un tal alboroto, en esta, entre ediles, corregidores y sus criados o acostados que dice la propia Teresa que no parecía sino que habían entrado moros y estaban gritando algarabía que era como llamaban los cristianos a una lengua como el árabe que tenía tantos sonidos aspirados y era tan rápida que sonaba a esos oídos cristianos a pura jerigonza. Pero, en realidad no había pasado nada, sino que esas gentes de mando en la ciudad, y otras cuantas que les seguían, se habían encontrado con un conventillo nuevo, y esto sin tener noticia de ello, de modo que quizás no lo veían conveniente para sus intereses económicos o políticos o era una tremenda novedad, y quedaban muy heridas la rutina y la costumbre.





Fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ



Pero he aquí que, para Jorge Santayana, cuatrocientos años después, esto de la costumbre es una categoría más importante que cualquiera otra, y era precisamente lo que, a sus ojos, hacía, a Ávila, importante a su vez. Porque lo más importante de la ciudad, para Santayana, en efecto, no eran el arte o la historia de ella, tan encontrados y relucientes a cada paso, sino el que las gentes de Ávila se condujeran por la costumbre. Este simple hecho se convierte en categoría filosófica, y nos dice que eso es lo que hace de la ciudad uno de los dos lugares o *loci standi* desde donde mirar el mundo y su acontecer; siendo para él el otro *locus* fundamental nada menos que Boston, que hasta pronunciarlo suena raro en Ávila. Aunque ¿cómo podría olvidarse Santayana de las murallas siendo viajero y habitante de tantos mundos como lo

fue, cosmopolita por lo tanto, y en un tiempo de la modernidad en el que ya no se puede poner casa y vivir a pierna suelta?

Santayana describe de vez en cuando cómo el profundo sentir y la belleza van encogiéndose como una tela según se va tiñendo de la vulgaridad comercial y política, y él, desde luego, hace de esas murallas los lares de sus padres y, por lo tanto, su herencia y su propia defensa.

Ya he comentado, en otra parte y a este respecto, de la estética poética de Santayana, que él mismo nos señala su propio *locus standi* cultural, afirmando que es el de la armonía y la luz de la vieja cultura del catolicismo, y, si utilizáramos las

categorías y el lenguaje de su tiempo para hablar de poesía, diríamos que la estética de Santayana es «retromedieval» o medievalizante, pero sin «los eliotismos» modernistas y personalísimos de la de su discípulo Thomas S. Eliot, que Santayana nunca apreció mucho, pero que es poesía tan cercana y tan distante al mismo tiempo. Y, en la poesía de éste, ciertamente, las murallas se convierten en símbolo de su morada y su propio baluarte, pongamos por caso, en estos versos del Soneto XXXIV:

Yo fío en ese cielo, cuyos astros perennes
me envían sus mensajes como antes a mis padres,
y no sé de otra duda que tanto me confunda,
ni de amor más intenso para guardarme puro.
Las antiguas creencias son mi pan cotidiano,
Bendigo su esperanza y el que quieran salvarme,
en mi ser más profundo creo lo que creían.

Ese cielo y esas creencias son las de la *urbs in ruris* como él llamaba a Ávila, bien coronada de defensas, como muestra a la ciudad en sus *Poemas sueltos*:

Sobre Ávila se yergue el castillo almenado,
nido actual de cigüeñas y antes de altivas almas;
aún desde la abadía que se abre sobre el valle
redoblan las campanas por cuantos nos dejaron. (1)

(1) (La traducción de todos los versos citados es de José María Alonso Gamo)



Y entonces se evoca, en todo esto, lo que fue su pueblo natal, para Heidegger, como dice Ernst Nölte: «Messkirche puede ser, de hecho, un mejor punto de partida para el filosofar contemporáneo que Nueva York».

Porque no es que Santayana haya hecho de Ávila lo que Joyce hizo de Dublin o Musil de Viena; lo que importa ver con los ojos con los que estamos mirando el mundo –nos dice en resumen– es que no podemos escapar a los tópicos de Ávila por la sencilla razón de que nos recogen y amparan. Nos recoge el frío y nos ampara el espesor de esos muros en gran parte bizantinos y que han hecho pared con antiguos nichos columbarios o doloridas laudas romanas.

El mundo ha sido siempre como un pañuelo, y hay ciudades como ésta de Ávila donde ese mundo cabe, y todavía puede nombrarse. Y luego resuena, como la flauta que los niños tocan en la plaza en el lacerante responso de un músico que también recapitula mundos como Tomás Luis de Victoria, niño de coro en la catedral de esta ciudad, y de cuya muerte hace ahora, en estos días que escribo, cuatrocientos años. Como quien dice ayer por la mañana, como la caída de Constantinopla. Y para dejarnos, como entonces, tan melancólicos y tan sobreaviso de toda pequeña esperanza.



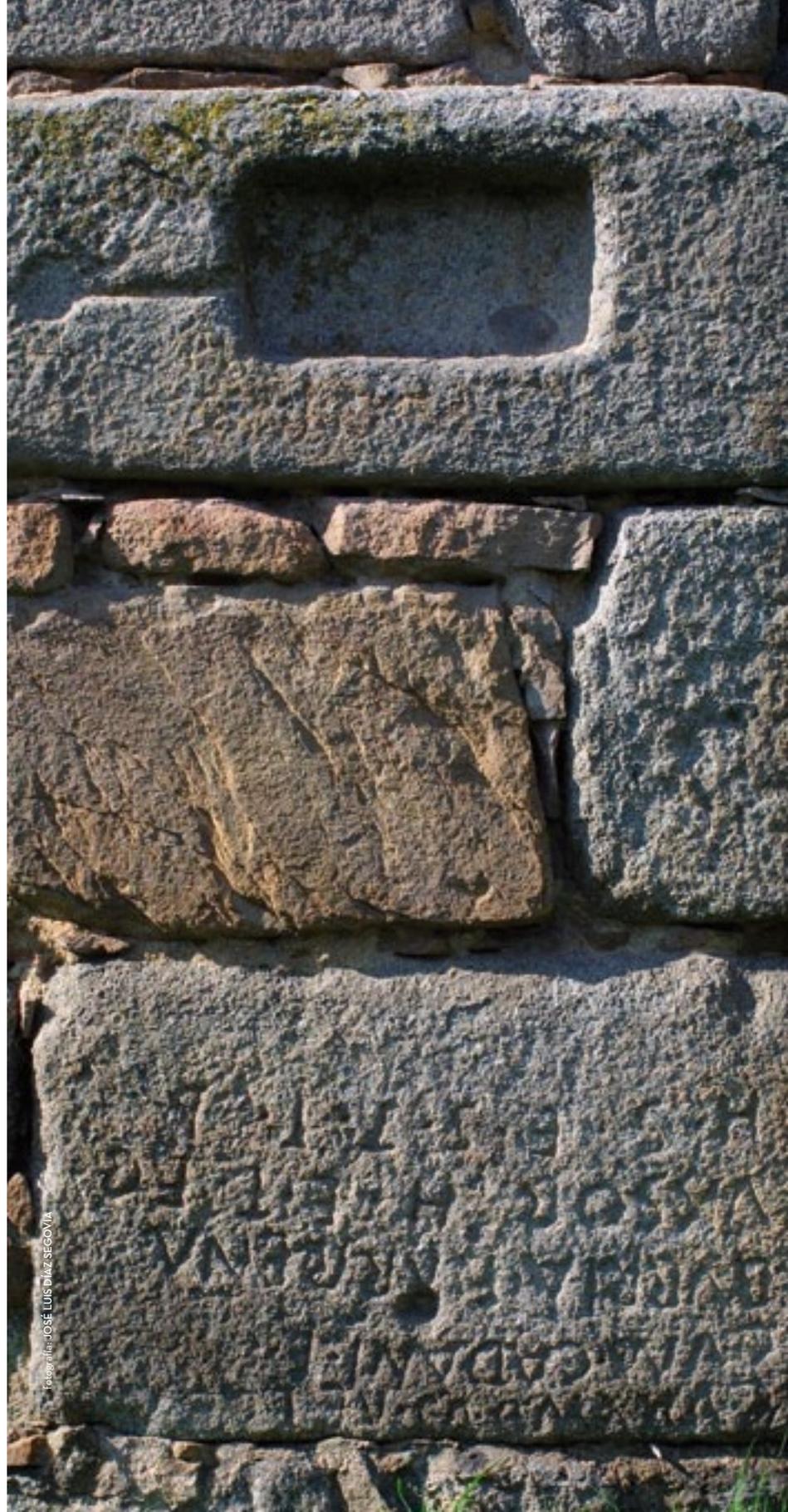
Jerusalén

I Sonata de Estío

Hay una hora en Ávila, cuando los vencejos gritan su alegría de estío y el cielo empieza a virar desde el más puro azul-cielo-de-Ávila hacia el negro más negro, en la que la alquimia alcanza su cenit milenario, trocando la piedra en oro. Es entonces, al hilo de tantos tornasoles imposibles, cuando se descubre la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad: Ávila es la Jerusalén de Castilla. La ciudad de los hombres transfigurada en la ciudad de Dios. Mil ciento veintisiete metros entre el mar y el cielo. Novecientos veintiún años desde que el conde don Raimundo puso la primera piedra de este colosal recinto de judíos, moros y cristianos.

Hay una hora en Ávila, cuando los palacios se asoman a la luz horizontal de sus balcones, en la que la capital de los Caballeros vuelve a ser «la más siglo XVI de las ciudades españolas», tal como la sintió en sus ojos, desbordados de soles, el maestro Azorín. Una hora en la que la urbe amurallada empieza a latir al ritmo impar de sus dos corazones. Su corazón más abierto y generoso, en la explanada del Mercado Grande, y su corazón más íntimo y secreto, en el viejo foro del Mercado Chico, donde Roma tocó la cumbre de su espiritualidad en la frontera entre la Lusitania y la Tarraconense. Obila de Ptolomeo. Ávila con v, como dice la vieja ara testifical de los romanos. Abela de los obispos visigodos. Abila de Prisciliano. Abula en las nieblas ortográficas del medioevo. Ávila en fin de los abulenses: la ciudad de hoy que duerme sobre la respiración de todas las otras ciudades anteriores.

Hay una hora en Ávila en la que, proyectadas ya todas las sombras sobre el final de la tarde, la Muralla se puede leer como un libro de historia. Lo que la luz total ocultaba, los rayos oblicuos del sol vencido empiezan ahora a desvelar. Surgen, como por ensalmo, las inscripciones latinas, y los viejos judíos sefarditas buscan también, entre sus piedras, las leyendas de los antepasados, los que vinieron a la ciudad al tiempo de los primeros cristianos. Los maestros de xometría Cassandro Colonio y Florín de Pituenga trazaron los planos, y campesinos cristianos y esclavos moriscos, mano con mano, levantaron este monumental libro de piedra utilizando todo



aquello que encontraron. Verracos vetones. Lápidas de romanos y cristianos. Quizás también de judíos primitivos. Cantos de memoria inexpugnable.

Hay una hora en Ávila, cuando los poetas entran y salen a su libre albedrío por las nueve puertas de la Muralla, en la que la ciudad se viste con las luces de la primera noche para volver a contar los pasos de sus nueve leyendas fundacionales. El Peso de la Harina, por donde entró el Batallador a ver al Rey Niño. El Alcázar, por donde la ciudad levantó piedra a piedra la leyenda de su defensa numantina. El Rastro, desde donde doña Guiomar mandó sus señales de amor a don Alvar, corazón malherido en el destierro de Manqueospese. La Santa, por donde los Cepeda y Ahumada entraron en Ávila para alumbrar a su hija más clarividente. La Malaventura, por donde salieron los judíos y los primogénitos de los caballeros abulenses, sin saber que sus cabezas serían cortadas y hervidas como signo de la cobardía de los aragoneses. El Adaja, por donde trasegaban los labriegos moriscos con el producto de sus huertas. El Carmen, por donde fray Juan de la Cruz inauguró una lista interminable de cantos del prisionero. El Mariscal, por donde don Álvaro Dávila dejó testimonio de la preeminencia abulense en el generalato de Castilla. San Vicente, al fin, hasta donde vino a reventar la mula milagrosa con los restos de San Pedro, el santo varón de El Barco...



Hay una hora en Ávila donde las piedras de la Catedral se desangran mientras escuchan los ecos de la voz de Tomás Luis de Victoria. Gog y Magog, bajo la casa del campanero, el Quasimodo del primer templo abulense, impiden la entrada a los malos espíritus, y las tablas de Pedro Berruguete, que se murió aquí mismo sin poder ver culminada su empresa, nos cuentan la historia de Jesús como nunca antes se había hecho en la pintura medieval. Aquí se forjó el patronímico de la ciudad, con el cimorro catedralicio y el niño en el centro del escudo; pues esto hay que decir de los nombres de Ávila de los Alfonsos: que es del Rey, según Alfonso el

Emperador; y de los Leales, por gracia de Alfonso el de Las Navas; y de los Caballeros, por deseo expreso de Alfonso el del Salado. Aquí se reunió también la Junta Santa para escribir la primera constitución Comunera, plantando cara al káiser Carlos, el menos querido entre todos los reyes de España. Y aquí labró el genio de Vasco de la Zarza su pieza más primorosa: el imponente sepulcro de El Tostado. Sí, de aquel don Alonso de Madrigal, tan bajito y tan prolífico, que escribió más que nadie en el mundo; ése que le dijo al Papa: «La altura de un hombre se mide desde el arranque del pelo hasta las cejas».

Hay una hora en Ávila en la que las piedras romanas del templo dedicado a la tríada capitolina –Júpiter, Juno, Minerva–, sobre las que se apoya la iglesia mayor de los cristianos, se estremecen y hacen temblar de manera casi imperceptible, como un recordatorio lejano del terremoto de Lisboa, a las vidrieras de la gran nave central; la primera que se levantó en Castilla bajo la influencia del gótico borgoñón de Saint-Denis. Los pasos de los deanes de esta Roma la Chica resuenan y se confunden con las campanas que tocaron a gloria por la proclamación de Sancho, el Cuarto, como rey de Castilla, o por la muy celebrada boda de Juan, el Segundo, con doña María de Aragón. Y se remueven también en sus tumbas los muertos más ilustres de la Catedral: Esteban Domingo, alcalde mayor de Ávila y señor de Las Navas; Sancho Dávila, glorioso capitán de los Reyes Católicos; don Claudio Sánchez Albornoz, mentor de todos ellos y presidente de una república sin república...

Hay una hora en Ávila, cuando el verano dobla las esquinas hacia la plenitud del sueño, en la que el ojo gigante de San Pedro se queda atónito ante la molicie del bloque de Moneo, varado a los pies del muro como un trasatlántico que hubiera echado amarras en la barbacana. Desde su pedestal de glorias abulenses, la Palomilla escribe una nueva versión del poema del Cristo de los Piojos, muy cerca de la Magdalena y de aquel convento de Gracia en el que entró Santa Teresa tan enemiga de ser monja. Entre los soportales

pasan los últimos borrachos, que miran a la luna con melancolía infinita.

Hay una hora en Ávila, finalmente, en la que todos los caminos quieren bajar desde la acrópolis hasta el llano donde se asienta el Real de Santo Tomás, la joya de Isabel y de Fernando; la H de la Hispanidad, el yugo, las flechas y las granadas en su momento de máximo esplendor. Allí, un claustro para los novicios, otro para el silencio de los difuntos y un tercero aún para los Reyes, compartido con aquella Universidad que fue testigo del genio de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Allí la tumba de don Juan, el primer ideal truncado en la historia de España; y el corazón del Niño de la Guardia, que el príncipe enamorado le entregó a su princesa. Allí el olor a ceniza eterna del implacable Torquemada. El eco del ultraje de los soldados de Lefèvre, el menos piadoso de los generales de Napoleón. Y esa misteriosa estrella de David, grabada en el corazón mismo del Tribunal de la Inquisición... La memoria de aquella judería del barrio de Santo Domingo. La posada de la Estrella. La casa del Rabino, al lado de las Nieves, donde queda aún indeleble la cruz incisa en la piedra del umbral, como signo de nueva cristiandad... Todo esto y más, por las calles dispuestas a la altura de nuestra Jerusalén castellana. Tal como lo vio y como lo consignó el divino Moshé de León, el autor del sagrado Zohar: «Hay momentos en que las almas que están en el jardín suben y alcanzan la puerta del cielo». Así sea.

II Sonata de Invierno

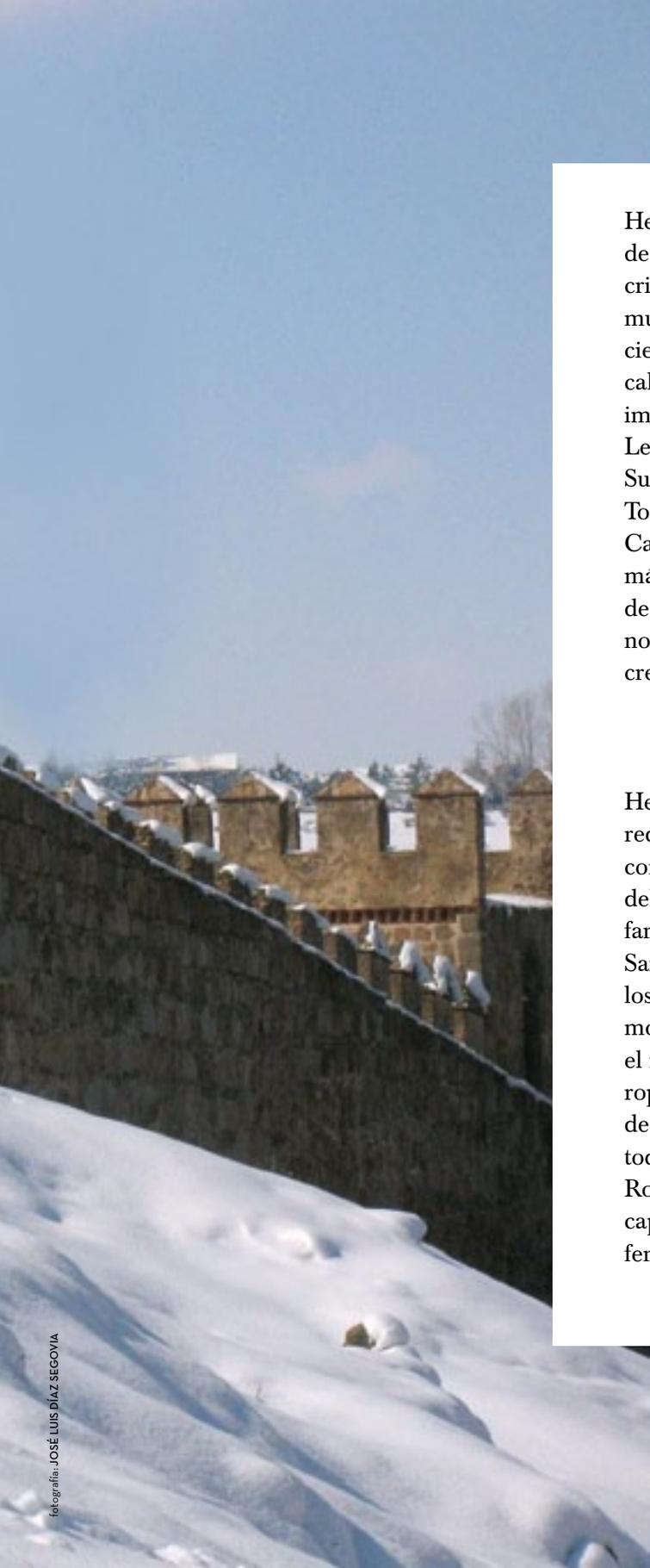
He visto sobre Ávila, al olor de la nieve que es madre de todos los manantiales, la sombra de Prisciliano proyectarse sobre el lienzo este de la Muralla, al lado mismo del lugar donde descansan los mártires Vicente, Sabina y Cristeta. El autor del cenotafio lo contaba con todo lujo de detalles, después de inventar el cómic en plena Edad Media: el juicio ante el pretor Daciano, la huida, el prendimiento, el martirio de las aspas, las cabezas aplastadas de los tres hermanos, la serpiente que fuerza al judío al perdón divino..., y el fundamento de la primera iglesia martirial. Sobre los ojos de los hombres, en puertas y tejados, las criaturas más exóticas del bestiario románico: la lujuria del cerdo, la vanidad del pavo, la salacidad del mono, pero también la firmeza del león, la laboriosidad del buey, la virtud infinita de las cigüeñas del alma, capaces de derrotar, con picos como espadas, a la repugnante serpiente del pecado, la que duerme secretamente en el corazón de cada cristiano, ya sea viejo o nuevo.





A photograph of a stone wall with crenellations, partially covered in snow, under a clear blue sky. The wall is made of dark, rough-hewn stones and has a row of small, square towers along the top. The snow is piled up in front of the wall, and the sky is a clear, pale blue.

He visto sobre Ávila, al pasar junto a la puerta de San Vicente, aterida con las últimas claridades del día, el misterio del verraco que se oculta debajo del portentoso ingenio defensivo, sosteniendo a la ciudad como un Atlas. La protección perpetua de los ídolos vetones sobre el linaje de los señores que velaron durante siglos por la defensa del ala norte. Los Sofraga y el árbol de la estirpe. Los Verdugo y su patio de proporciones áureas. Los Águila y sus leyendas de la Duquesa de Valencia, la aristócrata que abofeteó en público al general Franco. Los Bracamonte y el recuerdo indeleble de don Diego, en la vecina capilla de Mosén Rubí, mandado decapitar por el emperador Felipe II como cabecilla de la rebelión de los patricios castellanos. Y aún más adelante, los jardines del palacio de don Juan del Henao, donde resuenan los propios pasos, entre los faroles encendidos y abiertos ya a la noche, como si fuera nuestra alma misma la que nos persiguiera, hasta hacernos confrontar la verdad exacta del invierno.



He visto sobre Ávila, entre los cristales del frío más purificador de todas las edades, el pez oscuro y místico de los primeros cristianos, grabado en los cimientos del antiguo Episcopio, muy cerca del lugar donde se guardan los testimonios más ciertos de los antiguos padres visigodos. Y uno detrás de otro, callejando de intramuros a extramuros, la colección más impresionante de escudos de todas las ciudades españolas: Lesquinza, Serrano, Velada, Valderrábano, Almarza, Superunda... Así hasta tocar con los dedos, bajo la sombra del Torreón de los Guzmanes, la misma leyenda del pintor Guido Caprotti, el dandy, el vividor, el visionario. El artista que pintó más veces el rostro de Ávila en los rostros de sus hombres y de sus mujeres. La boca del sereno como un trueno de espanto nocturno. La luz final de Ávila como marco absoluto de la creación.

He visto sobre Ávila, apurando ya definitivamente los últimos reductos de la existencia, justo antes de que el hielo entrara como un cuchillo en los corazones de los hombres, el paseo del Rastro iluminado como el gran teatro del mundo. El faro del Obispo vigilando los mares cereales. La torre de Santiago custodiando la verdad del rey Nalvillos, el Cid de los abulenses, el esposo traicionado por las veleidades de la mora Aixa Galiana. El palacio de don Blasco Núñez Vela, el malogrado virrey del Perú, el que ni aún disfrazado con ropas de indio logró escapar a la cólera del rebelde Gonzalo de Pizarro. Hasta aquí la leyenda negra del oro de América, todavía con los ecos de la aventura de ultramar del gran Rodrigo de Cepeda, el de las rojas linternas de Huecuvu, el capitán que murió, para gloria del imperio, en lucha contra los feroces araucanos.

He visto sobre Ávila, con los ojos abiertos de par en par sobre la inmensidad del Valle Amblés, a un melancólico Rubén Darío mirando exactamente hacia Navalsáuz, y evocando al que sin duda fue el gran amor de su vida: la dulce y solícita Francisca. Estaban a su lado Jorge de Santayana y los hermanos Bécquer. Enrique Larreta y Lope, que no acababa de terminar su Comedia de San Segundo. Y los hombres del 27. Y los del 98. Todos en Ávila, mis ojos, dentro de Ávila. En Ávila del Río, donde mataron al buen amigo, dentro de Ávila.

He visto sobre Ávila, apurando hasta el final la dulzura de esta noche oscura del alma, las huertas de San José, el poyo donde Teresa escribió su obra de rodillas, el secreto laberinto de pasiones donde solo Dios basta; la verdad absoluta del corazón cautivo y desarmado. Y más allá de la urbe, al otro lado de la corriente de los muertos, sobre el antiguo cementerio que un día fue de judíos, la otra patria íntima de la escritora, la Encarnación del misterio revelado; el madero que sirvió de almohada a la andariega y el Cristo de San Juan, desde la elevación del arte del poeta más alto de todos los tiempos. La esencia más pura de esta ciudad de cantos y de santos que bautizó, cuando más cuerda, doña Juana la Loca. Santa Teresa y San Juan. San Vicente y San Pedro de El Barco. San Segundo y la bellísima Santa Paula Barbada, singular modelo de la virtud castellana. Y todavía, en las noches de plenilunio, la voz onírica de San Pedro de Alcántara, como piedra toral de ese lado violeta de las cosas. El final de los caminos de la incertidumbre.

He visto al fin sobre Ávila, congelada en la retina como ese cuento de hadas que cada quien lleva dentro a su manera, la fascinación sin límites de la imagen de la ciudad iluminada. La visión eterna de la ciudad medieval desde el sencillo humilladero de los Cuatro Postes. La luna llena como un poema redondo sobre la luz de las almenas encendidas. Hacia el noroeste, Narrillos de San Leonardo, el camino de Salamanca: los pasos de Teresa y de Rodrigo buscando mejor vida en el martirio a manos de los moros; las sandalias de Teresa sacudiéndose el polvo de Ávila: de Ávila, ni el polvo. Y sin embargo, la Jerusalén de Castilla con todo su fulgor. Las antorchas vibrantes del castillo interior del alma humana. La belleza inmarcesible de esta maja tendida, con su eterno cinturón de piedra y sueño, que es la ciudad de Ávila. El monolito sagrado del Esplendor... Quien aquí se detuvo sabe bien de lo que hablo. Quien lo ha visto una vez, ya no vuelve jamás a ser el mismo.



fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA



OXÍMORON. Meditaciones en tonos

En torno al fenómeno de la mística

GONZALO BLANCO

La última edición del diccionario de María Moliner al definir el término *oxímoron* –cuando se combinan dos palabras de sentido opuesto originando un nuevo sentido–, pone como ejemplo la expresión «soledad sonora» y nos brinda, pues, un oportuno pretexto para preguntarnos a cerca de la irradiación social de la mística. Porque una cosa así es lo que habría que indagar y pedir a Ávila en un libro como éste, de la serie *Soñando Futuros* que desde hace casi una década viene vertiendo sobre cada una de las provincias de Castilla y León, la luz de una mirada atrevida y el aliento discreto de eso que llamamos, con alguna vaguedad, fe en el futuro.

¿Existe hoy la mística o los místicos? ¿Aportan algo sustantivo al tejido social, por ejemplo, como los artistas plásticos, los sociólogos, los creadores de cine y de música, los científicos, los diseñadores de moda? En este reparto de roles y misiones que estamos asignando apresuradamente al personal, a los sabios, a las instituciones, a las capitales, a las naciones, para detener la marea de la crisis y garantizar una convivencia de personas con derechos humanos ¿son los místicos una fuerza de choque, un cuerpo especializado, una unidad de intervención cuando los conflictos personales, los del alma, etc. adquieren en el colectivo temperaturas de catástrofe?

Se atribuye al teólogo alemán Karl Rhaner esta afirmación lapidaria: «El siglo XXI será místico o no será nada» Pero un vistazo a la radiografía de este siglo en que vivimos acongoja. Este caparazón de la globalidad está cruzado por tajazos muy definidores como los grandes grupos armamentistas, la red de multinacionales de productos farmacéuticos, los trusts financieros que hacen, cada mañana, de la masa dineraria del planeta un puro juego de azar, mientras mil millones de personas se mueren de hambre. Por no hablar de esas otras redes opacas pero extraordinariamente activas: los cárteles de la droga, los traficantes de órganos y vidas humanas, las industrias oscuras de la delincuencia organizada, con franquicias en cualquier esquina de cualquier ciudad del mundo. Muchos de los protagonistas de estos ítems visten ternos impecables de Versace, practican yoga, conversan con modales exquisitos y lucen masters de universidades internacionales de élite. Algunos incluso van a misa los domingos y otros tienen escaño en distintos parlamentos democráticos. Es difícil ponerles cara, pero se cruzan con nosotros en el supermercado, en los cines, en los centros de salud. Uno no puede, por menos de recordar la célebre frase de guerra «el enemigo está dentro, disparad sobre nosotros».

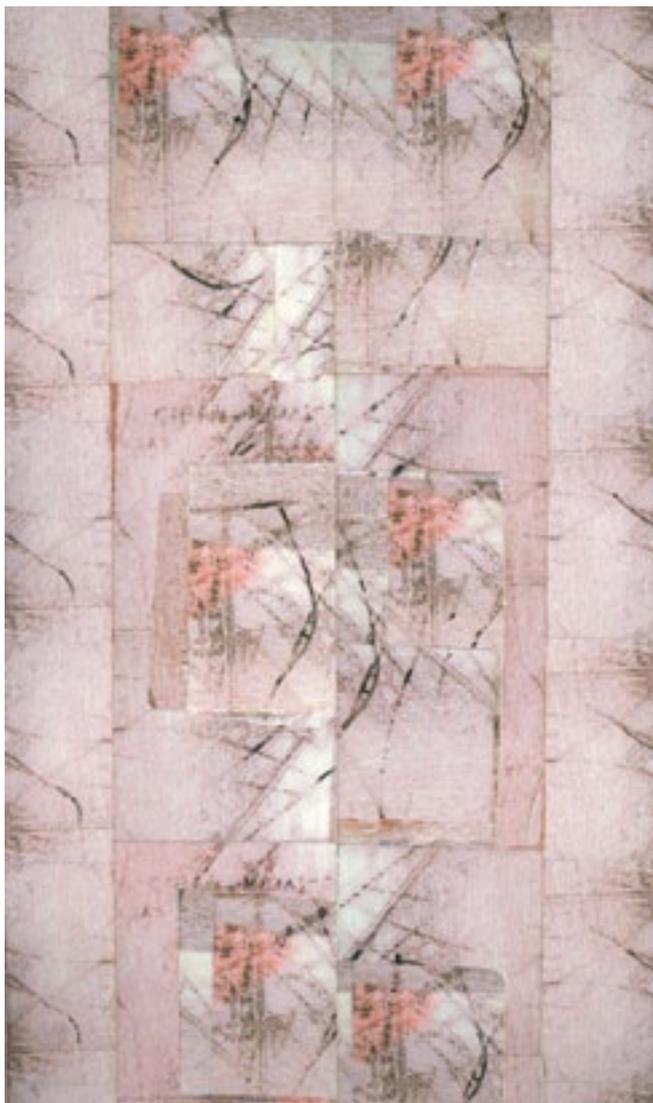
Y ya, en referencias más inmateriales, la movilización de emociones y deseos, hablando de esa tela de araña del espíritu sobre la que flotan nuestras vidas diarias, dicen los analistas que esta civilización está severamente contaminada por un materialismo grosero, voraz y reiterativo. Es hedonista y ramplona. Está trastornada por una obsesión de consumo, por una prisa, por un vértigo, por un ir y venir sin rumbo. Y para más inri los tradicionales focos de cordura y luz hacen agua: la clase intelectual se disuelve, la creación de hábitos y criterios de opinión que facilitaban antaño los medios independientes de comunicación, se deshilacha en industrias pertenecientes a escuderías de intereses poco confesables, los artistas, en fin, los creadores, han contraído en su mayoría la fiebre del marketing, la enfermedad de la usura y de la vanidad social. ¿Tienen los místicos una palabra que decir en este barullo?

La mística, lo místico en una primera ojeada es algo acuoso, inmaterial, etéreo y de lindes muy imprecisos. Se resume, todos lo sabemos, en muy pocas palabras: la unión del alma con Dios, de un modo excelso. Ahora bien, nuestras herramientas intelectuales y de interpretación pueden colapsarse pronto ante estos términos. ¿Qué es el alma? Y, sobre todo, ¿qué o quién es Dios, en claves hermenéuticas consensuales?

Sin embargo han existido y están operativos en sus escritos y obras nombres fuera de toda duda, cargados de prestigio y solvencia. Por ejemplo los místicos renanos Maestro Eckhart y sus dos

discípulos, Taulero y Susón.. Desde luego, Francisco de Asís y, por supuesto, en clave abulense Juan de Yepes Álvarez y Teresa de Cepeda y Ahumada. O sea, Santa Teresa y San Juan, carmelitas, amigos y residentes en Ávila. Su herencia se percibe en la ciudad en topónimos, en templos, en rótulos de calles, en monumentos. Han creado un ecosistema espiritual, han dado lugar a corrientes de meditación, su memoria ha alentado un sin fin de escritos, de congresos, de investigaciones, han fidelizado en muchos seguidores modos de orar y de inmersión en zonas del espíritu de difícil acceso. Han inventado un lenguaje y han, sobre todo, escrito obras de una suntuosa belleza que forman parte del patrimonio cultural universal. También sus vidas concretas, sus proyectos de cambio social, sus choques con el poder establecido tuvieron un alto precio de persecución, de encarcelamiento, de represión minuciosa. Y sin embargo salieron, al final, victoriosos en sus empeños, gracias a un elan interior, una energía indomable desconocida para la mayoría de los mortales. A esto le hemos dado en llamar mística. Fueron místicos emblemáticos, referenciales, persuasivos y creadores de escuela.

Pero la palabra «mística» es muy vieja y muy polisémica. Esto es lo malo. Tildamos de mística a una personalidad dulzona, de modales suaves, de mirada vaga, aunque en su alma albergue una ferretería de cuchillos afilados. Y si seguimos con lugares comunes, la mística, lo místico, se asocia en el catálogo de convenciones sociales a una larga serie de productos y servicios afines como el yoga, el mantra, el zen, los numerosos senderos de la verdad,



ÁNGEL SARDINA

todo el orientalismo difuso, propenso a convertirse en academia, en ejercicios gestuales, en prácticas de salud corporal, en moda efímera. Retractilado en fórmulas, en cursos, en horarios, en métodos, nos bombardea cotidianamente desde cualquier anuncio de prensa, de radio, de tele y de páginas web. Se sitúa exactamente, en la mayoría de las ocasiones, en las

antípodas de lo que expresa Santa Teresa de Jesús en el libro de las moradas que implica pasarlas ídem para el acceso a ciertos códigos del espíritu.

En contrapartida, fuera del monopolio de lo religioso se han erguido personalidades que en tareas de solidaridad social o en el mundo creativo del arte, de la literatura, del cine o de la música, en códigos rigurosamente laicos o cívicos han alcanzado grados de vida interior, experiencias de comunión humana, de amor intensamente compartido, gracias a cotas épicas de desprendimiento, de renuncia, de meditación y concentración que también forman parte del patrimonio inmaterial universal.

Pero, en fin, estamos hablando de mística y místicos desde las coordenadas familiares y precisas de Ávila. Y aquí, en la ciudad en los últimos años se han creado instancias en torno al fenómeno con entidad social, con cuerpo y piedra, con empleados, con proyectos y programas. Por ejemplo la *Universidad de la mística* y el *Centro de interpretación de la Mística*.

Es pregonada dicha universidad de la Mística, en sus papeles de difusión como «la primera universidad del mundo dedicada a la mística». Promovida por el Centro Internacional Teresiano Sanjuanista (CITES), dependiente de la orden de los Carmelitas Descalzos, este edificio, en forma de estrella de mar situado al noroeste de la ciudad, obra del Arquitecto Andrés Perea Ortega ocupa doce mil metros cuadrados, ha costado una docena de millones de euros y, según el director del CITES, Francisco Javier Sancho, cada año se espera que pasen por estas instalaciones entre

2.000 y 3.000 estudiosos de la mística procedentes de todos los rincones del mundo, entre traductores y especialistas en obras de los místicos en general y de los abulenses en particular: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Por otra parte, el CIEM (Centro de Interpretación de la mística), de acuerdo con la literatura que se encuentra en su web «fue creado en 1990 como una Fundación Municipal de carácter no lucrativo por el Ayuntamiento de Ávila, con el impulso de la UNESCO y con la finalidad de contribuir al conocimiento y desarrollo del misticismo como parte de la historia integral de la humanidad. El Centro ha desarrollado sus iniciativas en tres áreas diversas aunque estrechamente relacionadas: enseñanza e investigación, documentación y publicación y actividades culturales».

Más plural en el diseño de objetivos que la Universidad de la Mística, su abanico de actividades abarca áreas más extensas, colindantes con el famoso diálogo de culturas, con doctrinas y vivencias místicas de otras religiones y creencias, con experiencias monacales no necesariamente cristianas. No desdeña, incluso, un «guiño místico», con su propuesta al río heterogéneo de turistas que cruza con profusión la ciudad de las murallas.

En fin, todo ello, aparentemente, tiene el perfil de una industria de mucho aparato con algunas suntuosidades que, de modo inevitable, nos llevan a establecer comparaciones con los pucheros de la cocina conventual donde, según Santa Teresa, andaba

Dios, con las celdas desnudas y minimalistas de ella y San Juan de La Cruz, con los fríos crudos de la sierra abulense que padecieron, con la austeridad y el desprendimiento de sus vidas. Pero esto no es prejuzgar nada. También Harvard, Yale, Cambridge... son instituciones de mucho rango, carísimas, confortables, de gran convocatoria y han hecho y hacen mucho bien a la humanidad.

Con esto por delante, ante un espejo de tales dimensiones resulta presuntuoso mentar programas o avanzar propuestas concretas en lo que decía al principio sobre la irradiación social de la mística. Doctores tienen el CITES y el CIEM. Pero sí algunas consideraciones que brotan de una curiosidad honesta ante el fenómeno místico, leído en clave contemporánea.

¿Habría que practicar previamente una auditoría al fenómeno de la mística, a sus usuarios, a sus proyecciones? Hay una abundante literatura de



ÁNGEL SARDINA

exorcistas, impelidos a veces por un agnosticismo beligerante, que reducen esta experiencia a códigos psiquiátricos y/o científicos explicables como neurosis, paranoias, alteraciones transitorias o permanentes de la psique (algunas experiencias de patologías reales o de embaucadores finos han dado pie a ello). Dicho esto, la mística y los ejemplos y obras de los místicos abren un poderoso yacimiento de propuestas por un asunto primordial que interesa a todos: el sentido de la vida, la búsqueda de la felicidad, la gestión del proyecto personal en que consiste la existencia. Antes, por encima de y, seguramente de modo transversal al magma social en que transcurre, vivir es la construcción paciente de un yo, de vérselas con un destino insobornablemente personal, colmar un intrincado paquete de pulsiones y deseos que conforman nuestra personalidad. Topamos aquí con una de las cuestiones esenciales, radiografiadas y debatidas hoy con mucha minucia entre psicólogos y sociólogos: la categoría de la subjetividad –interioridad, mundo relacional y de dinámicas sociales– que es la cocina donde se guisa, al fin y al cabo, el sentido de la vida. Pues bien, una serie de factores, producto de lo que llamamos postmodernidad –un narcisismo que impregna de modo invasivo los comportamientos y las éticas individuales, la pérdida progresiva de la dimensión pública o comunitaria, la cultura convertida en mero consumo– han empujado al individuo a una especie de autoinmersión en lo más oscuro de su ego, rompiendo los anclajes de la propia memoria y del propio futuro e impulsado a vivir en un «yo múltiple», experimentador de todos los mundos posibles. El resultado se concreta con frecuencia en dispersión de

la identidad, en experiencia de un vacío crónico que atenta contra la continuidad misma del sentimiento de la propia existencia. Jacques-Alain Millar ha acuñado la frase de *antiamor* para definir esa ruptura. Los místicos no disponen de recetas mágicas para esto, pero sí pueden aportar una batería de medios, estrategias y consejos para esta gimnasia insustituible del espíritu.

También para una cultura del cuerpo, de la corporalidad, de sus símbolos y lenguajes sin maniqueísmos atávicos, haciendo una lectura contemporánea de referentes tradicionales como la ascética, la dialéctica de negación y afirmación de sí mismo, la hegemonía del yo en el procesamiento, expresión y vivencia de los instintos básicos. Por no hablar del lenguaje comunicacional, de lo que podríamos llamar sintaxis mística, de la inspiración poética, del nexo radical con el arcano de donde brotan la palabras, o ese arrebató crucial que zarandea a los místicos en forma de comunión y unicidad con el todo. Por citar algunos ejemplos.

Tocan a rebato en este escenario en que vivimos. La crisis financiera según un clamor muy difundido y argumentado, es el puro telonero de una crisis de mucha más extensión y gravedad. Es una crisis de valores, una crisis de sentido, una crisis de civilización. Convoca a todos –intelectuales, artistas, científicos, economistas, políticos, líderes sociales– a un reto de cambio de dimensiones desconocidas hasta ahora. En esta catálisis que se avecina yo, desde luego, no dejaría fuera a la mística, a los místicos.

Reivindicación



del noventayocho

JACINTO HERRERO ESTEBAN



La nieve silenciosa.

La nieve sobre el campo y los caminos

Cayendo está como sobre una fosa.



Foto: JOSÉ LUIS RODRIGUEZ

Antonio Machado

Hace ya algún tiempo, Jorge del Arco se indignaba terriblemente ante la afirmación de Vicente Luis Mora en *El Cultural* de *El Mundo*, por afirmar este último que había que enterrar a Machado.

Si Jorge del Arco hubiera leído con calma, hubiera visto que lo que pretendía decir Mora –y lo decía– era que, en este apogeo del icono y la tecnología mediática, la poesía había dejado de ser «palabra en el tiempo» como quería Machado, para ser palabra en el espacio. Nada, pues, de enterramientos al uso.

Pero podríamos hacer algunas acotaciones en cuanto al tiempo se refiere. No al tiempo histórico y mudable en cada ocasión e irrepetible a la vez, sino el tiempo vital, a la manera bergsoniana, y en ello Machado es buen discípulo de Bérqson. Por el contrario, referirnos a *Campos de Castilla* como antecedente de la poesía social y la más reciente de la experiencia, me parece un error palmario.

Ni siquiera nieva en Soria como lo hacía en tiempos no tan remotos. Y, sin embargo, la nieve en los caminos cumple en Machado con ese valor aislante de silencio y espera que es verdadero tiempo vital:

La nieve silenciosa.
La nieve sobre el campo y los caminos
Cayendo está como sobre una fosa.
(*Campos de Soria, V*)

Y ese silencio de los muertos –caer, fosa– se hace espera de la vuelta del hijo:

La vieja mira al campo, cual si oyera
Pasos sobre la nieve. Nadie pasa.
Desierta la vecina carretera,
desierto el campo entorno de la casa (id.)

Todo cobra un matiz de angustia y torna en símbolos las palabras que parecían meramente representativas. Para Antonio Machado la repetición de los símbolos en sus poemas no le preocupa. En el poema *El Hospicio*, la nieve vuelve a jugar el significado de desvalimiento y angustia; unos ojos atónitos ven desde las ventanas

caer la blanca nieve sobre la tierra fría,
sobre la tierra fría la nieve silenciosa...

Incorpora aquí, además de los dos elementos anteriores –caer, fosa– dos reiteraciones: tierra fría y nieve blanca, nieve silenciosa.

Quizá la idea de desvalimiento sea mayor en *El Hospicio* que en el fragmento de *Campos de Soria*, y más aún que en *La venta de Cidones*, enmarcada en una lírica narrativa.

Ni siquiera aquí, en la proximidad a la narración en prosa, hay algo en que apoyar la poesía social o la de la experiencia.

Leer a un poeta lleva sus riesgos, y por ellos ha pasado la lectura sesgada de Machado. He tomado dos ejemplos del poeta del noventayocho, no del modernista de su primera época, y podemos ver cómo perdura el uso de los símbolos. Su poesía es una y la misma. A veces, reiterativa, pero aún viva. No hay que enterrarla.

En Antonio Machado encontramos también una lección necesaria para la poesía actual, su oficio de escritor que le lleva a corregir y depurar lo ya intuido en un primer momento. Que la corrección es necesaria podríamos afirmarlo a la vista de las múltiples correcciones que Ezra Pound hizo al poema de T. S. Eliot *La tierra baldía*. Eliot recoge las correcciones y, como gesto de gratitud, dedica el poema a E. Pound *il miglior fabbro* (el mejor artesano, en palabras de Dante).

Antonio Machado ha conservado un borrador del soneto que dedicó a su padre. Tras unos tanteos midiendo versos, parece que abandona el intento, pero anota la idea que iba a expresar en unas líneas en prosa: «Ya soy más viejo que eras tú, padre mío, cuando me besabas. Pero en el recuerdo, soy también el niño que tú llevabas de la mano».

Y anota la fecha, 13 de marzo de 1916. Pasados ocho años, vuelve sobre el soneto; es el que comienza *Esta luz de Sevilla* (IV del apartado CLXV).

Ahora aquellas líneas informes se concentran en el último terceto. Los ojos del padre, desde un retrato, buscan dónde posarse:

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

La superposición de la edad del hijo sobre la del padre logra esa ruptura del sistema de la que hablaba Carlos Bousoño. También Machado podría ser *il miglior fabbro*. Había aprendido, y mucho, del más artificioso poeta de nuestra lengua, Rubén Darío, ese hombre cosmopolita, mestizo y europeo que cruza por la tierra abulense por amor a una aldeana, Francisca Sánchez.



foto: JOSÉ LUIS RODRIGUEZ

Rubén Darío

Creo haber hablado ya suficientemente en otro lugar –*Ávila en el 98*– de este episodio de la vida del nicaragüense. Pero es curioso que Navalsáuz pase a las páginas de *España Contemporánea* entre tantos acontecimientos, exposiciones, y grandes figuras políticas y literarias. ¿Lo pensaría como un homenaje a la tierra de Francisca Sánchez?

El capítulo se titula *Fiesta Campesina*, y lleva fecha de 18 de noviembre (supongo que de 1899, como en capítulos anteriores). El poeta viene de Madrid a Avila en tren. En la estación le esperan «mi invitante, en compañía de dos hijos suyos, robustos mocetones que tenían preparadas las caballerías consiguientes. No permanecí en la ciudad ni un solo momento. Fue llegar, montar y partir».

Se habla del paisaje del camino, de «cerros oscuros, manchados de altos álamos y chatos piornos»; se habla de ventas hartas pobres y vinillo de las villas del Barranco. Pasa la noche en la cocina de la venta al amor de la lumbre y, a la mañana, tras una taza de leche recién ordeñada, «estoy otra vez sobre mi asno». Es un viaje en burro, por tanto lento y espacioso. Y anota: «Hoy he visto, bajo el más puro azul del cielo, pasar algo de la dicha que Dios ha encerrado en el misterio de la naturaleza».

Cuando comienzan la subida hasta la aldea, hay que llevar al asno del ronzal. Por fin están en Navazuelas. ¿Navazuelas ha escrito? Sí. Seguramente se trata de conocer a la familia de Francisca Sánchez y que aquella le conozca a él; pero en las páginas de *España Contemporánea* no interesa este motivo personal. Se trata, como dice en el título del capítulo, de describir una fiesta campesina, en un pueblo alejado «algunas leguas de la vieja ciudad de Santa Teresa». Recoge los ritos y las canciones de la fiesta, la comida y los dulces, para volver una vez acabada la fiesta a la ciudad.

Navalsáuz es Navazuelas; la mitad del topónimo es idéntico: Nava. El resto se puede leer de derecha a izquierda, alternando las sílabas: el = e/1, as = sa, zu = uz.

El choque emocional que este mundo primitivo y pastoril ha producido en el poeta creo verlo reflejado en un poema hartamente artificioso y perfectamente trabado con sucesivas anáforas y encabalgamientos, que lleva por título *La dulzura del ángelus*.

El poeta, regresado de la fiesta campesina, puede dormir por fin en un hotel medianamente confortable. Está –es una opinión solamente– cerca de la catedral o alguna otra iglesia. En la mañana despierta al dolondón de las campanas. Es todavía una prolongación de aquel mundo primitivo que acaba de abandonar en la sierra. Un mundo provinciano y devoto que contrasta con su espíritu tentado por la carne y la increencia. Al final se abandona a la dulzura del momento:

La dulzura del ángelus matinal y divino
que diluyen ingenuas campanas provinciales,
en un aire inocente a fuerza de rosales,
de plegaria, de ensueño de virgen y de trino

de ruiñeñor, opuesto todo al rudo destino
que no cree en Dios... El áureo oவில்lo vespertino
que la tarde devana tras opacos cristales
por tejer la inconsútil tela de nuestros males

todos hechos de carne y aromados de vino...
Y esta atroz amargura de no gustar de nada,
de no saber adónde dirigir nuestra prora

mientras el pobre esquife en la noche cerrada
va en las hostiles olas huérfano de la aurora...
(¡Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

Esto es lo que dio de sí el paso del poeta por nuestra ciudad. Y no creo que conste su paso en los anales de Ávila.

Azorín

Y de Azorín, que tantas páginas dedicó a esta ciudad, ¿qué decir? ¿Hay alguna calle dedicada a él? Hay algo vivo en su prosa que difícilmente será igualada por otro autor alguno; su conocimiento minucioso de nuestros clásicos y nuestra tierra –Madrid, Valencia, Castilla...– Incluso cuando se equivoca, ha puesto tanta pasión y sensibilidad al tratar la obra y los autores, que produce en el lector un acercamiento cordial a ellos.

Tomemos, como ejemplo un fragmento de *Lo fatal* en el libro *Castilla*: son una glosa o aproximaciones a un soneto de Góngora:

«Tiene don Luis de Góngora un extraño soneto en que lo irreal se mezcla a lo misterioso: uno de esos sonetos del gran poeta en que parece que se entreaire un mundo de fantasmagoría, de ensueño y de dolor. El poeta habla de un ser a quien no nombra ni de quien nos da señas ningunas. Ese hombre de quien habla

Góngora anda por el mundo, descaminado, peregrino, enfermo; no sale de las tinieblas, por ellas va pisando con pie incierto. Todo es confusión, inseguridad, para ese peregrino. De cuando en cuando da voces en vano. Otras veces, a lo largo de su misteriosa peregrinación, oye a lo lejos el latir de un can.

*Repetido latir, si no vecino,
distinto oyó de can, siempre despierto...*

¿Quién es ese hombre que el poeta ha pintado en sus versos? ¿Qué simbolismo angustioso, trágico, ha querido expresar Góngora al pintar a ese peregrino, lanzando voces en vano y escuchando el ladrido de ese perro lejano, siempre despierto? Una honda tristeza hay en el latir de esos perros lejanos, que en las horas de la noche, en las horas densas y herméticas de la madrugada, atraviesan por nuestro insomnio calenturiento, desasosegado, de enfermos; en esos ladridos casi imperceptibles, tenues, que los seres queridos que nos rodean, en esos momentos de angustia escuchan inquietos, íntimamente consternados, sin explicarse por qué».



*Repetido latir, si no vecino,
distinto oyó de can, siempre despierto...*

¿No ha despertado en nosotros un interés ávido de lectura del soneto entero? Gracias a las palabras de Azorín buscamos este texto:

*De un caminante enfermo que se enamoró
donde fue hospedado*

Descaminado, enfermo, peregrino
en tenebrosa noche, con pie incierto
la confusión pisando del desierto,
voces en vano dio, pasos sin tino.

Repetido latir, si no vecino
distinto, oyó de can siempre despierto,
y en pastoral albergue mal cubierto
piedad halló, si no halló camino.

Salió el sol, y entre armiños escondida,
soñolienta beldad con dulce saña
salteó al no bien sano pasajero.

Pagará el hospedaje con la vida;
más le valiera errar en la montaña,
que morir de la suerte que yo muero.

Hoy conocemos algunos datos que pueden aclararnos el contenido, o, al menos, el motivo del poema. Estudiante en Salamanca, en el verano de 1593, Góngora estuvo gravemente enfermo. Tenía entonces 32 años. Según R. Espinosa, Alonso Martínez, amigo de la familia de Góngora, acogió a éste en su casa. Pudo enamorarse de la hija de su huésped. Perder la vida, morir, son encarecimientos de la pasión amorosa. El final lo revela cuando cambia el tono

narrativo en tercera persona por el presente de indicativo en la primera: «que morir de la muerte que yo muero!» Este yo inesperado nos descubre el suceso que se oculta tras la alegoría pastoril: el pastoral albergue, el latir (ladrar) de los perros, el joven vagabundo y enfermo. Sabemos todo esto, y, sin embargo, estas palabras no nos urgirían a una relectura del poema, y las de Azorín sí. Ha devuelto al soneto la frescura y el misterio de lo que está recién creado. Hay una enorme simpatía con el autor.

En 1613, unos 20 años después de escrito el soneto, Góngora comienza la Soledad Primera recordando:

*Pasos de un peregrino son errante
Cuantos me dictó versos dulce musa,
En soledad confusa.*

¿Sería esta musa aquella beldad en «ropa de levantarse» como se decía entonces y que el poeta recuerda «entre armiños escondida»?

Pío Baroja

De aquellos albergues pastoriles a las ventas de la novela picaresca hay gran distancia. Pero estas ventas son las que aparecen en *Ciro Bayo* y en *Pío Baroja* con un regusto acre y deliberadamente retro.

En este tiempo nuestro del lenguaje políticamente correcto es un alivio leer a Don Pío. Hace ya 50 años de su muerte y nadie podrá llevarle ante jueces y abogados por agravios comparativos. De modo que no creo que los abulenses de Candeleda se sientan humillados por la visión paleolítica de una fiesta en el Santuario de Chilla. Se trata, claro está, de dos novelas; una de don Pío, *La Dama errante*, y otra de *Ciro Bayo*, *El peregrino entretenido*. De este último y de su libro *El lazarillo español* decía Azorín que era en sus descripciones de «paisajes, pueblos viejos, mesones y caminos españoles» más de fiar que las guías oficiales.

Tanto en la novela de Don Pío como en la de *Ciro Bayo* los avatares de los personajes son un trasunto del viaje de los dos autores y del hermano de Don Pío, Don Ricardo, cuyo relato es más vivo que el fingido en las dos novelas.

El protagonista y su hija en *La Dama errante* huyen de Madrid, tras el atentado contra los reyes en el día de su boda y tratan de pasar a Portugal. Los hermanos Baroja van a repetir ese mismo itinerario.

«Pasado mañana –dice Ricardo Baroja a los contertulios– a las dos de la mañana, salimos de Madrid rumbo a la Sierra de Gredos. Llegaremos al monasterio de Yuste. El que quiera que nos siga. Pero nadie se decidió a cambiar el pavimento madrileño por la carretera».

Habían comprado un burro que atendía por Galán. Al salir de Madrid, «el burro levanta el hocico, rebuzna, y, dando un corcovo, se derriba en el suelo, las cuatro herraduras al aire». El revolcón del burro es la primera aventura. Se suceden otras muchas fingidas y reales, pero el paisaje es verdadero: «al bajar una colina, apareció un pueblecito. Casas bajas dominadas por la torre negruzca de la iglesia. A nuestra derecha se alzaba la mole gris de la Peña de Almanzor, con los picachos cubiertos de nieve. A la izquierda la llanura se extendía hasta perderse de vista, esfumada en la bruma». La visión de la sierra en la *Dama errante* es más elaborada, no es espontánea, obedece a las exigencias del relato y al carácter sombrío del autor: «La sierra de Gredos se erguía a la derecha, alta, inaccesible, como una inmensa muralla gris, sin un caserío, sin una mata, sin un árbol en sus laderas pedregosas ni en sus aristas pulidas, que brillaban al sol»... «A la izquierda, hacia abajo, brillaban al sol los campos verdes, surcados por las líneas oscuras de las lindes, los bosquecillos de los árboles frutales y los cerros cubiertos de jara y de carrascas».

En las dos descripciones, a derecha e izquierda se refleja un contraste evidente. En *Don Pío*, la sombría visión de la orilla derecha se suaviza en el lado izquierdo, señalando bosquecillos, campos verdes y árboles frutales.

Los viajeros de *La Dama errante* atraviesan, de mesón en posada y en ventas, Sotillo, La Adrada, Piedralaves, Lanzahíta, Arenas, Candeleda, para pasar sin mucha precisión la raya de Portugal y llegar a Lisboa para embarcar hacia Londres.

Unamuno

Otro gran viajero, en este caso él mismo y no sus personajes de novela, frecuenta Gredos; es Unamuno.

«¡Ay que bien se estaba allí, en la riscosa cumbre de Gredos, columna dorsal de Castilla, junto a las crestas que aserra el cielo, a más de dos kilómetros y medio sobre el ras del mar, viendo ponerse el sol –¡y qué puestas!– a nuestros pies, lejos de estas plazas, donde rompe el rumor de las luchas políticas del día! ¡Ay, qué bien se estaba allí almacenando sol y aire y serenidad y soledad! Pero hay que bajar, hay que bajar a estos llanos y valles en que se libra la batalla!

Hace una docena de años subí a Gredos, acaricié el Almanzor, almacené allí sol y ... coraje y empapé mi alma en la permanencia de las montañas. He vuelto a subir, con doce años más –a mi edad grave añadido a la cumbre de mi vida– y he vuelto a contemplar el mismo mundo».

Tenía 47 años la primera vez que subió y 59 –un grave añadido a su edad– la segunda.

Necesitaba aquella soledad para almacenar coraje que emplear en las luchas políticas el día, también las de la Universidad. No se trataba de hacer montañismo o senderismo a la usanza de hoy. Unamuno recuerda a Senancour y su célebre poema en prosa epistolar *Obermann* que en su carta VII decía: «No sabría daros una justa idea de este nuevo mundo (las cumbres de los Alpes) ni expresar la permanencia de las montañas en una lengua de las llanuras».

Pero Unamuno no es un romántico como Senancour, ni sus apuntes y anotaciones de viajes *Por tierras de Portugal y España* tienen que ver con el célebre y hoy olvidado *Obermann*.

Andanzas y visiones españolas es complemento del libro anteriormente citado. Aquí está la mejor prosa de Don Miguel. Su proximidad al mundo poético que él recogerá en su Cancionero y sus colecciones de sonetos *De Fuerteventura a París*, cuando pudo evadirse del destierro canario.

Porque él fue por encima de todo un poeta. Algo que ahora se le niega. En verdad se le niega el pan y la sal. Hablar de Unamuno no es políticamente correcto. Este nuestro tiempo es el de los lectores sin tiempo. Tampoco creo que si lo tuvieran leerían a nuestro recio vasco-castellano.



Fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

Pero quiero anotar, como cierre de todas estas divagaciones, una de las cumbres de la poesía de don Miguel. Nadie ha sentido como él el dolor de la muerte de un niño y el dolor de la España que vivió.

En el soneto XCII de Fuerteventura a París: «En el entierro del niño Yago de Luna, muerto de meningitis tuberculosa, a los ocho meses de edad y enterrado en el cementerio parisiense de Pantin, el 14 de noviembre de 1924».

A un hijo de españoles arropamos
hoy en tierra francesa; el inocente
se apagó –ifeliz él!– sin que su mente
se abriese al mundo en que muriendo vamos.
A la pobre cajita sendos ramos
echamos de azucenas –el relente
llora sobre su huesa–, y al presente
de nuestra patria el pecho retornamos.
«Ante la vida cruel que le acechaba,
mejor es que se muera» –nos decía
su pobre padre, y con la voz temblaba;
era de otoño y bruma el triste día
y creí que enterramos –¡Dios callaba!–
tu porvenir sin luz, ¡España mía!

Y apostilla el propio Unamuno: «¡En mi vida olvidaré ese día en que fuimos a enterrar al pobre niño! Era uno de los días en que más me dolía España!».

Y ese dolor se expresa sin alharacas, sin adjetivos, con palabras comunes, en un lenguaje que ronda lo coloquial.

Si esto no le acredita a uno como buen poeta, es que, para los que lo niegan, la poesía debe de ser juego de palabras, logomaquias que ocultan un vacío.

Quizás el comienzo de toda la animadversión a la poética de Unamuno se deba a su actitud ante la joven poesía de aquellos años, la que hoy llamamos generación del 27. *La deshumanización del arte* de Ortega y Gasset, «quien siempre entendió bien poco en cuestiones de poesía», según opinión de Luis Cernuda, influyó en los nuevos poetas. Pero esto nos llevaría a tratar de otros asuntos.

Unamuno quedó ahí, como uno de los padres de nuestra poesía contemporánea, junto con Rubén, con Don Antonio. No hay una voz que deba olvidarse. Olvidemos, sí, la proclividad de dar por muertos a los que ignoramos.

... era de otoño y bruma el triste día
y creí que enterramos —¡Dios callaba!—
tu porvenir sin luz, ¡España mía!





Acordes para Tomás Luis



de Victoria

JOSÉ MARÍA MUÑOZ QUIRÓS

El veintisiete de agosto, un caluroso día de verano de 1611, muere Tomás Luis de Victoria, sacerdote humilde y austero, músico genial, autor de una obra polifónica de profundísima inspiración, reflejo de un vivir fervoroso y hondo que, como su vida, alienta una manera de interpretar lo que le rodea y lo que habita en su íntimo desvelo de hombre profundamente espiritual.

Después de su muerte, el silencio y la indiferencia brotarán con fuerza hasta convertirse en olvido. A partir de este momento, el abismo y la lejanía, la desolación y la noche cubrirán la sombra del músico abulense.

Dos siglos más tarde, hacia la mitad del Siglo XIX, el movimiento cecilianista alemán iniciará una lenta recuperación de su obra, esclareciendo la memoria y el significado de la labor artística de un músico que roza las más altas cimas de la belleza, que adelantándose a su momento histórico escribirá en los pentagramas del alma sonidos eternos.

Tomás Luis de Victoria era hijo del abulense Francisco Luis de Victoria y de la segoviana Francisca Suárez de la Concha. El matrimonio formará una familia de once hijos.

La muerte de su padre, en la casa familiar de Ávila en la calle Caballeros, acontecida en 1557, marcará un línea divisoria en el devenir de la familia.

A partir de este triste momento, será su tío Juan Luis, sacerdote, quien vele por los hijos de su hermano. Será el encargado de trazar el difícil camino que deberán recorrer para situarse en el devenir de la vida, lejos de una angustiada situación económica que ha llenado de dificultades la supervivencia de todos sus miembros.

Tomás Luis nace en 1548, en Ávila, ciudad que le transmitirá la austera serenidad de la piedra y de la luz. Su infancia estará envuelta en profundos silencios y en sonidos que dormitan en la quietud, en el llanto azul de las campanas.

Cuando contaba apenas nueve años, en 1557, entra al servicio del primer templo de Ávila, en el coro infantil de la catedral, donde va a iniciar su camino hacia el aprendizaje de las técnicas musicales de la época.

Estará sometido a los secretos que la música esconde, a los caminos donde el peligro de volar se transforma en sueños, donde un breve sonido de pájaros enciende los bosques y se encarama en la copa libre de los árboles, en las hojas surgidas en el atardecer. Habitará en los sonidos inocentes que

interpretan la luz cuando amanece, en el paisaje de claros campos de trigo sombreados por un viento frondoso. Se asombrará en el caos de la niebla, en la furtiva soledad de las horas, en la clandestina bóveda del alma cuando huye del dolor y se abre en levedad y en frío. Los pasos de la luz quiebran el azul de las palomas al asomarse al último precipicio donde el silencio abisma. La temblorosa música del alba rompe la claridad hasta dejar su paso plateado de rocío, de fría ternura de voces libres, de torres levantadas en la voz de los ángeles.

Una ciudad envuelta en la memoria de Teresa, recorrida por la huella firme y misteriosa del silencio interior. Una ciudad alzada en la altitud de un cielo claro, perdida en los laberintos de la noche oscura, encendida en la llama del tiempo. Una ciudad de sonidos callados en la melodía de las alas de las cigüeñas colgadas en los nidos de las torres. Nueve años de litúrgicos sonos, de impulsos intensos hacia la altura de la luz. Nueve años entre gárgolas desnudas en los acantilados del corazón, en la sima gris y pálida de la piedra, arrastrado ya hacia la construcción de la armonía y hacia la vocación del sacerdocio.

Inventará la fuerza que atraviesa la noche en esa incontrolable evasión del silencio. Irá subiendo a la honda cima de las alturas donde vuelan las aves cuando las mece un lento presentir de infinito. Se abrirán las compuertas de los días que escriben con sílabas oscuras el temblor de la nieve. Tú estarás en el fondo de un paraje de lluvia cuando el otoño atrapa la huída hacia lo más alto del camino.



¿Acaso ese alto sueño de la música ha escondido la voz que un niño deja dormitando en el eco? La catedral persigue la luz en las vidrieras cuando la tarde abrasa con su fuego los campos. La infancia está creciendo entre el olor cansado del incienso encendido. El frío va dejando una estela de intensa paloma desvelada. Se escuchan los sonidos de aquel rumor pasado y un niño se despierta entre los dedos tímidos del tiempo.

En 1567 Tomás Luis de Victoria marcha a Roma. Se instala en el Colegio Germánico, bajo la tutela de los jesuitas, donde iniciará sus estudios eclesiásticos.

A finales del año siguiente, abandona el colegio para entregarse al oficio de cantor y organista en la iglesia de Montserrat de Roma. Pasado un año, volverá al Germánico en calidad de maestro de música de los estudiantes. Los cambios se suceden

vertiginosamente. En 1572 va a ocupar el puesto de Palestrina como maestro de capilla del Colegio Romano. La música es el centro de su vida, el eje que hace girar su existencia, su fuerza creadora, su manera personalísima de estar en el mundo. Serán años de búsqueda, de conocimiento, de sereno vivir en la composición musical y en el intenso vibrar de cada nota. Surge la enorme influencia italiana en la manera de estructurar las melodías. Se abre un horizonte de nuevos conceptos, de nueva sensibilidad, de nuevo conocimiento. La mirada interior de Victoria se va a iluminar con las vivencias creadoras sentidas, en lo más profundo, en su estancia romana.

Los caminos se abren, se bifurcan, se ensanchan. La percepción de Tomás Luis de Victoria busca en los nuevos cánones la razón última de su visión melódica.

Un nuevo cambio se produce en 1573 cuando retorna al Germánico como maestro de canto, si bien es posible que simultanease el cargo con el Colegio Romano.

Los confines de la luz abrazan los espacios de Roma, la temblorosa mirada del tiempo sometido, la musicalidad de los jardines cuando florecen tintineando en la piedra secular.

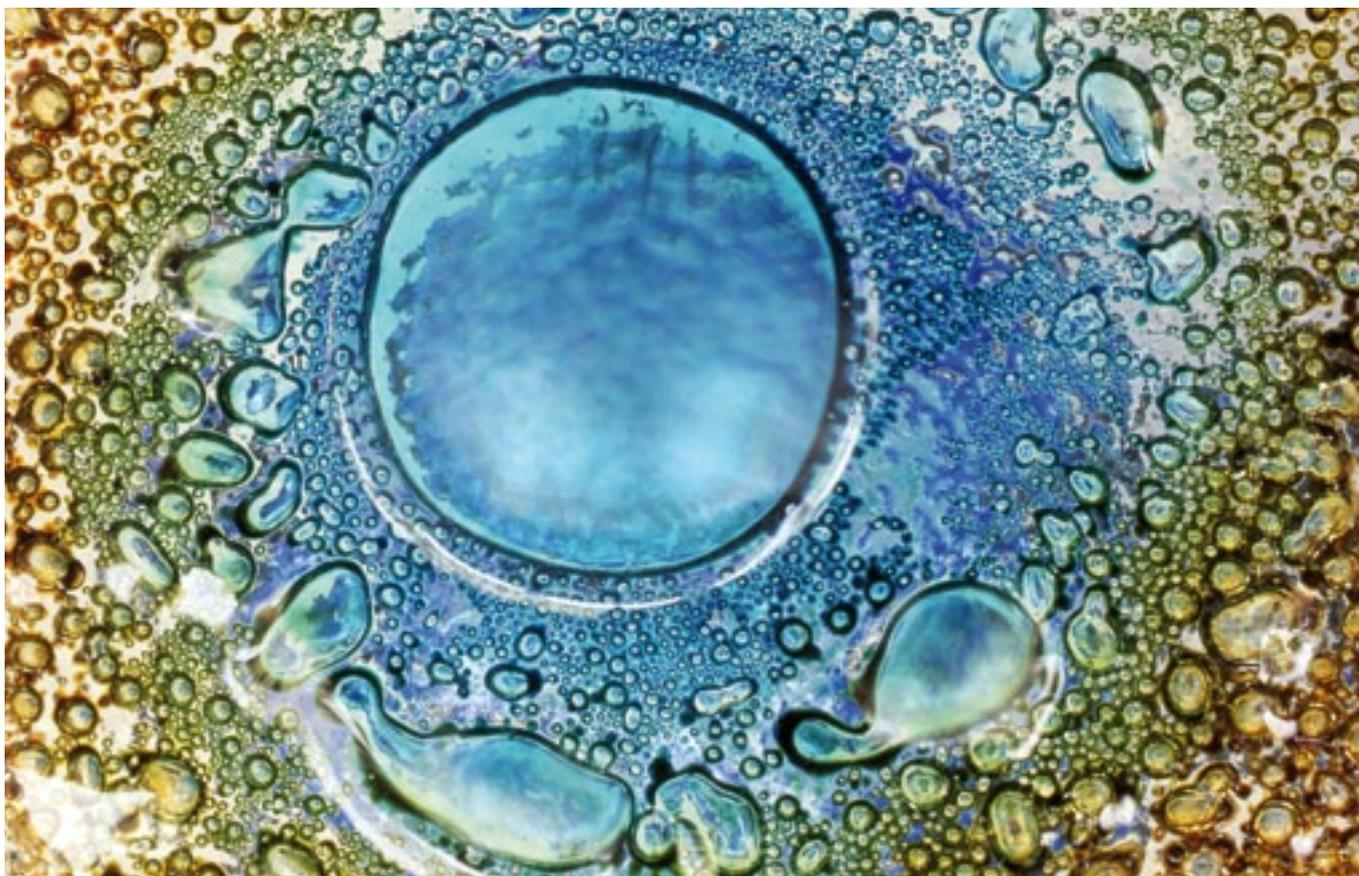
El palacio *della Valle* será la nueva residencia de los alumnos alemanes del colegio, separándose de los italianos que habitarán el Seminario Romano.

La solemnidad y la alegría del momento de la despedida debe ser regalada y recordada con bellas músicas que el maestro Victoria va a componer,

como encargo, para la ocasión. El llanto y la melodía se mezclan y se abrazan en tan singular motivo. Caminando entre antorchas que iluminaban la senda donde la despedida emociona a todos, envueltos en el abrazo que las composiciones de Tomás Luis de Victoria visten de belleza y de armónicos secretos. Roma se derrama en la clara sensación del gozo compartido, en la celebración que el abulense ha creado con su música intuida para el momento.

Cuando el maestro Victoria cumple veinticuatro años, en 1572, publica la primera edición de los motetes. Un total de treinta y tres piezas que están compuestas para cuatro, cinco y seis voces, y para dos coros de a cuatro.

En la portada de la edición podemos leer: «Thomas Luduvici de Victoria abulensis...» la publicación está dedicada al cardenal Truchsess. Los motetes surgen para recogimiento del espíritu, para que la claridad de los sentidos nos invada con sus dones, para conocer las galerías íntimas de la emoción y de la belleza. En el retorno del silencio hemos sabido depositar la grandeza de ese universo que suena y vibra en nuestro interior. Volaremos por el horizonte secreto de nuestra existencia hasta la plenitud. Estos motetes nos ayudarán con el recogimiento de las palabras presentidas en un espacio libre de luz absoluta, para que todos los instantes concebidos por la armonía nos conduzcan al centro del ser, al pentagrama recóndito de la sabiduría, a las riberas del sol cuando nos inflama con el poderoso germen de sus labios, para que no retornemos jamás hasta el olvido triste del olvido.



fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

Uno de los acontecimientos más trascendentales de la vida de Tomás Luis de Victoria tendrá lugar en 1575, cuando contaba con 27 años de edad, maduro y consciente de la responsabilidad que va a contraer. Es ordenado sacerdote después de haber vivido en la ciudad Eterna ocho años. Con este hecho, se llena de sentido su mirada interior, su deseo cada vez más intenso de vivir el sacerdocio como una opción plena y profunda.

Al año siguiente, publica una nueva edición de sus obras. Reúne el trabajo de las ya publicadas con anterioridad, añadiendo cinco misas, el Ave Maris Stella, una Salve Regina y seis Magnificat.

La obra musical de Victoria es ya extensa y de una indudable importancia. Desde su llegada a Roma ha compuesto cincuenta y cuatro piezas, todo un corpus de hondo sentir, de perfecta técnica y de sublime



Fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOMIA

inspiración. Se intuye toda la dimensión universal que el músico va a imprimir en su música.

Roma, su atmósfera, sus calles, el color de sus tardes doradas, la presencia de lo clásico en cada uno de los rincones de la ciudad, toda la historia encontrada en cada muro y en cada piedra, será siempre el espejo donde el polifonista abulense va a encontrarse consigo mismo, desde el espíritu que el sacerdocio ha impulsado en su alma hasta la música que llena sus sentidos con intensa beatitud.

Los caminos de la música polifónica centellean en la sonora luminosidad del alma. La celebración del amor en sus más altos vuelos, la sugerente pasión de lo infinito, todas las ideas sublimes que encienden un apasionado espíritu como el de Victoria.

Una vez más transitan las veredas líquidas de la sabiduría. Desea conocer las palabras que se esconden en la voz, como sostenidas por un hilo de seda invisible, volátil como una pluma transparente. Cada nota impulsa una nueva densidad de viento, una dorada carga de luz, una intensidad desconocida por los sentidos del cuerpo.

El músico no descansa. Cada obra ilumina un espacio más de su sabiduría, una visión nueva de su mirada, un pequeño universo que desarrolla la belleza que un espíritu colmado de sensaciones construye desde la emoción y la verdad.

En 1583 publica los libros de misas dedicados al Rey de España Felipe II. Tomás Luis de Victoria siente

que ya llega el momento de regresar a la patria, de retornar a Madrid.

El Rey le nombra capellán de la emperatriz doña María de Austria, que vive retirada en el monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.

El anuncio de su regreso a España no se cumplirá en este momento; será preciso esperar algún tiempo más, hasta septiembre de 1587.

Algunos años antes de su retorno, aparece su obra magna *Officium Hebdomadæ Sanctæ*, una genial colección de antífonas, motetes, salmos, lamentaciones, responsorios, pasiones, improperios, cánticos e himnos, hasta un total de treinta y siete piezas. Todo un universo de música encendida en la llama más poderosa del sentir y de la emoción que Tomás Luis de Victoria escribió para mayor gloria de la música.

Ya en Madrid, entra al servicio de doña María como capellán. Su vida va a transcurrir deslizándose por los caminos de la creación, componiendo, interpretando, imaginando y sintiendo nuevas obras y, por otra parte, llenarán su tiempo las obligaciones propias del cargo.

En 1592 se produce el retorno a Roma, tal vez impulsado por el anhelo de encontrarse con sus amigos, con sus antiguos compañeros que llenaban su vida creadora y espiritual. En la ciudad de Roma vuelve a encontrarse con la memoria que hizo florecer su música de altos vuelos y de intensos silencios.

Un acontecimiento luctuoso va a llenar de tristeza el alma de Victoria. El dos de febrero de 1594 muere su amigo el músico Juan Luis de Palestrina, a los sesenta y nueve años de edad. Esta desaparición golpeará el alma de Victoria, se asentará en lo más profundo de su sentimiento produciendo dolorosas palabras y melodías elegiacas. Su entierro será un ejemplo popular de fervor, un hecho público que muestra a todos la altura humana y la grandeza artística del maestro, del amigo, del músico singular. Tomás Luis de Victoria estará marcado por esta pérdida, por la ausencia del hombre al que tanto admira, con el que aprendió a contemplar el alto valle de los sonidos del corazón. La unión que la creación artística consigue es un lazo que nada puede romper, un cordón de sentimientos abrazados, un puente de aguas serenas, un abrazo desde la absoluta compenetración.

Al año siguiente, abandona Roma definitivamente, esta vez ya para el resto de sus días. Regresa a Madrid para servir a la Emperatriz como capellán y maestro de capilla, y más tarde como organista de su hija la princesa Margarita.

El maestro Tomás Luis de Victoria se encuentra en su mejor momento artístico, en la plenitud de su labor como polifonista. La vida en las Descalzas Reales de Madrid va a suponer para el abulense un periodo de enorme riqueza creativa.

El nuevo siglo traerá para Victoria el último recodo de la costa de la vida, la última etapa, y con él, la creación de nuevas obras y nuevos desafíos musicales.

En 1603 muere la emperatriz María para cuyos funerales compone su *Officium defunctorum*. Esta obra madura, publicada dos años más tarde en la tipografía regia de Madrid, va dedicada a la princesa Margarita, hija de la emperatriz. Esta formada por la Missa de pro defunctis, un motete, el responsorio y una lección.

En el oficio de la muerte se alzan los invisibles secretos de la cadencia del mundo que traspasa la soledad de los sentidos, una sima de libertad, una luz que cuando irrumpe en nuestra noche ilumina, en ese instante, lo vivido, y enciende el alba con sus sueños, esclareciéndonos el corazón. El oficio de los difuntos es un alargado ciprés sin sombra, una celebración del inmortal deseo de ser eco en el viento del alma. Cuando la música es voz, sonido encerrado en sus límites, se ordena el tiempo y se determinan los espacios en un horizonte sin orillas, en un campo de sereno abismo. Tomás Luis de Victoria precisa más altura para rozar, en los desnudos torrentes del aire, las notas perdidas en los vuelos más profundos de la muerte.

Un nuevo oficio va a desempeñar después de la muerte de la Emperatriz. Será nombrado organista de la iglesia de las Descalzar Reales.

La música del órgano resuena entre los muros anchos del convento real. Un rayo pálido y naranja atraviesa sutil el ventanal, y se escuchan los tímidos rescoldos de las notas que huyen entre los arcos de la nave. Las gotas de la luz cenital dibujan un pájaro de fuego. El maestro mueve sus manos como



fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

vencejos que buscan, en la oquedad del muro, su nido oculto. Se desentraña el territorio de la claridad de la voz, el frágil aliento de las flores desnudas, y la penumbra, una vez más, anhela traspasar los dedos del alma. El olor de las azucenas se disuelve en el vacío de su pureza de nieve. La música entorna las puertas de la mirada de las vírgenes, el dolor de los cristos abatidos en la cruz. Desde el coro, como ángeles serenos, se oyen las voces inocentes que alaban a Dios.

Los últimos años de la vida de Tomás Luis de Victoria trascorrirán en calma, acompañado por algunos de sus hermanos, en las casas cercanas al convento, en la calle del Arenal, en plenitud de sus sentidos, sumido en la música como en un lecho de armonía y de paz.

El humilde sacerdote, el compositor genial, uno de los más grandes creadores de emociones intensas, el artista de la polifonía, morirá en ese lugar entre los sueños que envolvían el paso lánguido de las horas, en su última misión musical, en el tránsito definitivo de su labor y de su vida.

Entre sus obras encontramos los más originales sonidos de la polifonía de todos los tiempos. Siglos más tarde, se rendirán a su legado todos los músicos del mundo.

Victoria será enterrado en las Descalzas Reales. Desconocemos el lugar exacto donde descansan sus restos. El abulense, como la voz de un himno sin fronteras, pertenece ya al secreto de la soledad, a la hondura de los que habitan la paz, al inquietante destello de lo infinito.

Su música y su memoria son hoy de todos, llega hasta todos, vive en todos. El secreto de su grandeza culmina sus páginas de genialidad en el fértil silencio del alma.

La muerte es la celada de los hijos de la noche. Trampa desnuda, hueco donde caemos doloridos hasta el pozo de la indiferencia. Sobre Tomás Luis de Victoria se cierne la lápida del desencanto, la caótica armonía de la desolación que no sabe contemplar la verdad. Los años se suceden hasta los precipicios del olvido, y en ese paisaje desnudo habita como un pájaro solitario escondido en las ramas del árbol más alto. Y cuando el vuelo retorna, ya calmado el corazón en la serenidad de su labor secreta, la música nos acaricia los sentidos hasta ascender al paraíso de lo infinito. Ya Tomás Luis de Victoria nos muestra la grandeza sublime de su genialidad transformada en música, en el lenguaje de lo invisible, en el reflejo luminoso que ha construido con la belleza más inmensa y eterna. Su música sobrevive sobre cualquier sombra, se escucha por encima de todos los silencios.

Fotografía: JOSÉ LUIS DIAZ SEGOVIA





MONTERRAT DEL VALLE

Ávila y la poesía

TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ

En el arte, la perfección esteriliza, no sólo no exige continuidad sino que la imposibilita. En poesía, la perfección intimidada, extiende la mudez por los alrededores.

Perfecta en su intensidad escueta, en su concentrada delgadez, es la canción tradicional *En Ávila mis ojos*, y perfecta la música callada de San Juan de la Cruz, así que no es extraño que tras ellos, tras ese inicio milagroso, un silencio atronador cubriera estas tierras durante siglos.

400 años después, un poeta, Rafael Alberti, se atrevió a recrear la anónima canción (Mi corza, buen amigo,/ mi corza blanca,/ los lobos la mataron...) y su maestría rompió el maleficio que había acallado esta tierra, y la tierra volvió a dar poetas y canciones.

Antes del siglo XX no se puede hablar de poetas, hay que hablar de excepciones (José Somoza en la Piedrahíta del XVIII; Eulogio Florentino Sanz, traduciendo a Heine en el XIX), incluso habría que añadir que aquellos que se atrevieron como Unamuno a referirse a la ciudad, a cantarla, no veían en ella nada que no fuera el pasado, el glorioso pasado como un fardo, una pesada nube que gravitara sobre las casas y las gentes ocultándolas.

Tras romperse el maleficio, surgieron las nuevas voces que dieron cuenta de «tantas devastaciones» como si éstas hubieran sido el precio que permitía volver a cantar las humildes cosas del mundo, las casas de los pobres, el sendero abierto entre los trigos.

Y ahora un grupo de poetas jóvenes y menos jóvenes, ajenos al maleficio, renuevan las canciones y la emoción.

En Ávila, mis ojos

En Ávila, mis ojos,
dentro en Ávila.

En Ávila del Río
mataron mi amigo,
dentro en Ávila.

(Anónimo)



MONTSERRAT DEL VALLE

Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.
Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida
aunque es de noche.
Su origen no lo sé, pues no lo tiene,
mas sé que todo origen della viene,
aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.
Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.
Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.
Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
aunque es de noche.
El corriente que nace desta fuente
bien sé que es capaz y omnipotente,
aunque es de noche.
El corriente que de estas dos procede,
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.
Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.
Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.
Aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

Juan de Yepes (San Juan de la Cruz)

Ávila

Ávila de los Caballeros,
la de la recia monja andante;
castillo interior, torreones
contemplan verdor en el valle.
Tu sede se eriza de almenas
a fuera; por dentro, en el ábside
la sangre cuajó en los sillares
la luz en visiones de tarde.
Sestea los siglos el toro
berroqueño, los trashumantes,
duros rabadanes celtíberos
visitan en sombras errantes
la vieja cañada borrada,
arteria de Iberia en que late
la vida escondida del alma
que al pasar de la mesta pace.
Mira a tu pastor, Prisciliano,
peregrino celta; sus manes
en Compostela reconquistan
la España que en sed de Dios arde.
Ávila de los Caballeros,
hueso de la patria más grande,
le diste, nodriza, tu tuétano,
fuerte leche a la monja andante.

Cancionero

Miguel de Unamuno

Hay algo de ceniza en el ambiente
que descaece en un ruboso velo;
tintas cárdenas triunfan en el cielo
y un dolor inconcreto se presiente.

La luz desmaya, ríndese y se aleja
por el valle, la loma o la colina,
a la vez que el crepúsculo declina
y el rumorear del río es una queja.

Son un dolor las ramas deshojadas
de los árboles tristes, como un yermo.

En las sombrías sendas desoladas

el letargo del campo nos parece,
como el agonizar de un pobre enfermo,
una cosa que fue y ahora fenece.

Nicasio Hernández Luquero



TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ «LA C DEL ABECEDARIO»

Las casas de los pobres

La casita de adobe florecía
en su blancura de paloma,
el portalito rojo, el esterillo,
los rezumantes cántaros de barro
y el gato adormilado.
¡Cuántos palacios de éstos
no fueron abatidos por la furia
de la miseria, el hambre,
el agua sola, el rayo!
Los almendrados ojos que soñaban
allí esperanzas, en el huertecillo
con hierbabuena y menta,
el cigüeñal, los brazos poderosos
y el resplandor del blanco
lienzo colgado, o los suspiros.
¡Cuántas puertas golpeadas
como ataúdes rojos de la sangre
del ángel que señaló las jambas!
Vive aquí un pobre, un desvalido,
uno que espera, una muchacha:
no tendrán larga vida.
Y, en aquellos atrasos, la campana
de la iglesia ¿qué podría? La cruz
sola de palo donde sereis crucificados
en la cocina con las lágrimas
del hijo muerto en una guerra.
Salobre el pan, pero bendito, compartido
como una Eucaristía, en la tarde
al final de la siega, el ángelus oscuro
bajo el dominio de la luna.
Como una sierra la sombra del tejado,
la estancia fresca, los espectros
y las esperas derramadas como lumbre.

Tantas devastaciones
José Jiménez Lozano

Invocación

¿Por dónde anduve yo?
¿Por dónde anduve, que no hallo
las quejas de mi infancia o gritos
con olor a esparto y a canela?
Junto a la cordonería vi unos ojos
y creí a la campana;
apoyado en la columna
de la izquierda supe
que los humanos mueren.
Mas mi caballo de cartón tan blanco
¿por qué ya no relincha?
Y ni la sombra azul de las arcadas
me da frescor. ¿Por dónde anduve
con mi cabás a cuestras y mi muerte?
Ni de Juan de Yepes, nada sabes,
plaza de soportales,
¿qué has hecho de mi infancia
y de la suya?

Tantas devastaciones
José Jiménez Lozano

Ávila

En Ávila la piedra tiene cincelados pequeños corazones de nácar
y pájaros de ojos vacíos, como si hubiera sido el hierro martilleado por Fancelli
buril de pluma, y no corre por sus heridas ni ha corrido nunca la sangre,
lo mismo que de los cuellos tronchados sólo brota el mismo mármol
que se entrelaza al borde de los dedos,
en un contenido despliegue de pétalos y ramas,
en delgados cráneos, casi transparentes en la penumbra de las bóvedas,
que conservan la ligera sombra azul de los ojos, yertos en las raíces de la lluvia,
la morbidez, las redondas mejillas de los niños nacidos al mármol para la muerte,
los senos vagamente estériles de las Parcas diluidas en rígidos ramos de volutas y frutos,
el doloroso latir de las irisadas tibias sobre los cojincillos de mármol, ondulados
como para ofrecer un reposo caliente y amortiguar la delgadez helada
de esa mano de ámbar que acaricia con el pausado ritmo de la lluvia
la cabeza de un perro también muerto en la piedra,
muerto en la piedra junto a unos dedos y un cuerpo demasiado hermoso para haber vivido,
muerto en la piedra mientras se escucha brotar hacia la tumba
toda una inmensa vegetación de alas.
Luego, por la ciudad, tiene la noche
un lejano horizonte de olivos y acaso alguna ermita
entre las llamas color de cardo que suben hasta las figurillas de bronce de las fuentes,
los jirones de almenas lamiendo entre la noche el torturado brazo de las norias,
los jirones de almenas ardiendo como un turbio
arroyo, entre el helado crepitar de las fuentes,
entre el resbaladizo gotear, en el aire
de la estepa, del sordo sonido de los siglos.

A pesar de la noche, es imposible
reconstruir su muerte.
Ir ensamblando antiguos inciensos y sudarios,
medallones, y viene hasta mí el golpeteo
de un caballo en los lisos espejos de la noche,
es imposible, nadie sabrá, ni esas raíces
ni esas pequeñas uvas de humedad y salitre,
ni ese tenue azabache como el salto de un pájaro
que al trasluz se desliza, en los atardeceres
al fondo de la carne de los ángeles muertos en el mármol.

Hay algún bar abierto en donde suena un disco.
Es tan vasto tu reino que no puede llenarte,
pero yo sé que nada hay de ti entre tus libros,
en tus palabras, nada puede saberse, nada puedes mostrar.
También tú has recibido la oscura herencia de un inmenso dominio inaccesible
que no tiene ni principio ni fin ni esperanza en el tiempo.
Pero hoy algo renace en las pequeñas flores de óxido de las órbitas vacías,
levanta por entre los hacinamientos de escorias ecos y presencias de pájaros ,
transcurre con un ligero temblor de alas por los delgados caminos de la sangre, despierta
amortiguadas voces al fondo de los cuerpos, inicia
los ahogados latidos de los fríos corazones de hierro.
Por eso, entre el inmenso latido de la noche,
elevado entre un rumor de vides húmedas, es triste
no tener ni siquiera un puñado de palabras, un débil
recuerdo tibio, para aquí, en la noche,
imaginar que algún día podremos
inventarnos, que al fin hemos vivido.

Dibujo de la muerte
Guillermo Carnero

Al mediodía torna la inocencia
de los pájaros. Luego, al volar, se derrama
la tímida caricia de ese vuelo
redondo como el mundo, tan redondo
como un labio o un sol. Cuando atardece
retorna ya la sombra de sus alas
al silencio, nido escaso de amor,
tal vez penumbra,
oscuridad por donde asume el tiempo
la noche que esclarece
en su abandono.

Material reservado

Jose M^a Muñoz Quirós



TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ «PAISAJE»

Volver a Langa

¿En qué lugar de los que habré vivido
quedará la memoria cuando muera
si no es en tí, que no eres sino ensueño?
Escondida mi infancia entre los hoyos
del pradillo, los muelos de las eras,
las tardes acortadas de setiembre,
la vuelta a casa siempre con cansancio.
Tu nombre señalado en piedra blanca
por días imborrables. El dolor
de mis muertos y la esperanza viva
entre el aprecio y el desprecio necio.
Volver a Langa por aquel sendero
abierto entre los trigos cuyo aroma
hermana con el mío otros destinos.

Jacinto Herrero

Órfica

Andaba cantando
sobre cierta prisión que duele
al alma. Y un volar
que no acaba, un no morirse.
Se estremecieron los fantasmas
de Homero,
Eurídice con ellos.
Si enloqueció
de amor tened en cuenta
que el alma se le fue
con ella,
y que las cosas
suelen entre sí consolarse.

Fernando Romera



TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ «ES EL TIEMPO»

El miedo

El miedo a los seis años
era un cuarto lejano,
un recinto cerrado y tenebrista
con prestigio de infierno
y un viejo sin edad
que dormitaba junto a un perro agónico
bajo los soportales;
a los doce su miedo
habitaba en los libros,
igual que fotogramas de holocaustos.
El miedo en la veintena
fue aquel tiempo confuso
de amarse bajo el cielo,
ese rumor de trenes que enlazaba
la ausencia y el deseo;
a los cuarenta y ocho fue su miedo
un espacio interior, claudicaciones...

Tuvo más miedos: al cumplir cincuenta,
a los setenta y tantos,
cuando no tuvo edad
y en una larga noche
asmática y feroz,
apareció en la sombra encanecido
aquel miedo inasible de seis años.

Un país lejano

Jose Luis Morante

Traigo en el antebrazo
un silencio rural tejido de nieve,
la clara sombra del roble,
la barba helada del piorno
en la noche del Valle Amblés.
Una encina verdinegra a la boca de la aldea.
La impronta fosilizada de una herradura que brilla:
luz deshilvanada de frío,
estrella de los arrieros,
querencia del zorro,
rueda de carro engranada
que surca el cielo de la vaca,
luna clavada sobre las sierras de Ávila.

Hojas de lluvia
Santos Jiménez



Brigo, hijo de Túbal, el viajero
que lleva en sus alforjas las leyes
y los dioses, te conjuró en lo inefable
del silencio y te dio un nombre,
una ofrenda que alimenta a lo invisible.
Llegó a las orillas vírgenes del río
y escuchó las voces de los bosques,
el metálico repicar de las encinas
y la chicharra al sol canicular.
Le estremeció la bruma en los inviernos,
el silbo de la brisa entre las cañas,
el salterio del agua en los arroyos...
Entre la arcilla informe sus sentidos
hicieron un nombre, como un eco
a las voces de la tierra:
Aebura, Lívora, Medina Talavaira
Y lo entregó a la mudanza de los labios.

La Ciudad y la Reina
José Pulido Navas



MONTSERRAT DEL VALLE

Sus recuerdos tienen el volumen exacto de esa casa a punto de ser demolida. La ciudad de su juventud era un lugar glorioso. La vejez de la piedra no saltaba a la vista entre el frío general que lo cubría todo. Al alcance de la mano, un muestrario de deseos. La ingenuidad y la fortaleza, el imán electrizante del sexo y la resaca de una semana lectiva, el olor de la gasolina y la luz del filamento de una bombilla de 40 vatios, la mentira y la necesidad, el apremio del aire afilado y las migas esparcidas por el mantel de hule, lo que era posible y se hacía realidad y el rumor muy lejano del futuro, todo asoma de improviso desde el fondo de la piedra.

Acotaciones

José Antonio Sáinz

Volvía un rebaño de ovejas
por la estrecha carretera.

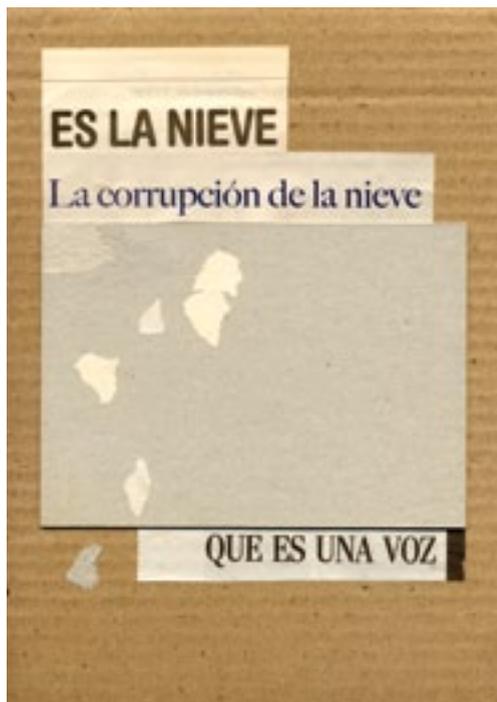
Malva el frío de anochecer,
la soledad de los árboles, malva.
Saltaba, gozosa, el agua
en la acequia del riego.

El pastor iba a caballo.
El caballo espumaba.
Todo era polvo y esquilas.
Las esquilas, al pasar, ramoneaban.
¡Cómo olía el pateo del rebaño
a tomillo y a majada!

Una oveja franciscana,
cojeando,
imploraba más calma.
Juraba el pastor desde su altura.
Los perros, contagiándose, ladraban.
El frío de anochecer era malva.
¿Por qué reía la luna?

Esa luz que el aire tensa

Antonio M. Herrera



TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ «ES LA NIEVE»

¿De dónde la palabra
podrá sacar su fuerza y definir la noche?
¿Y cómo contemplar el ciclo de la nieve
que borró las pisadas de los últimos días?
Tantos pájaros buscan una sola presencia,
un refugio sin sombra para ser habitado
y no encuentran la rama
ni el sendero de siempre
que indicaba seguro el final de la búsqueda.
Todo así se transforma.
Como cada sentido consagrando su fin
a una escritura abierta, o un ángel que imagina
adentrarse en el mundo y sentir las miradas.

Silencioso aleteo

David Ferrer

Cierra el portón

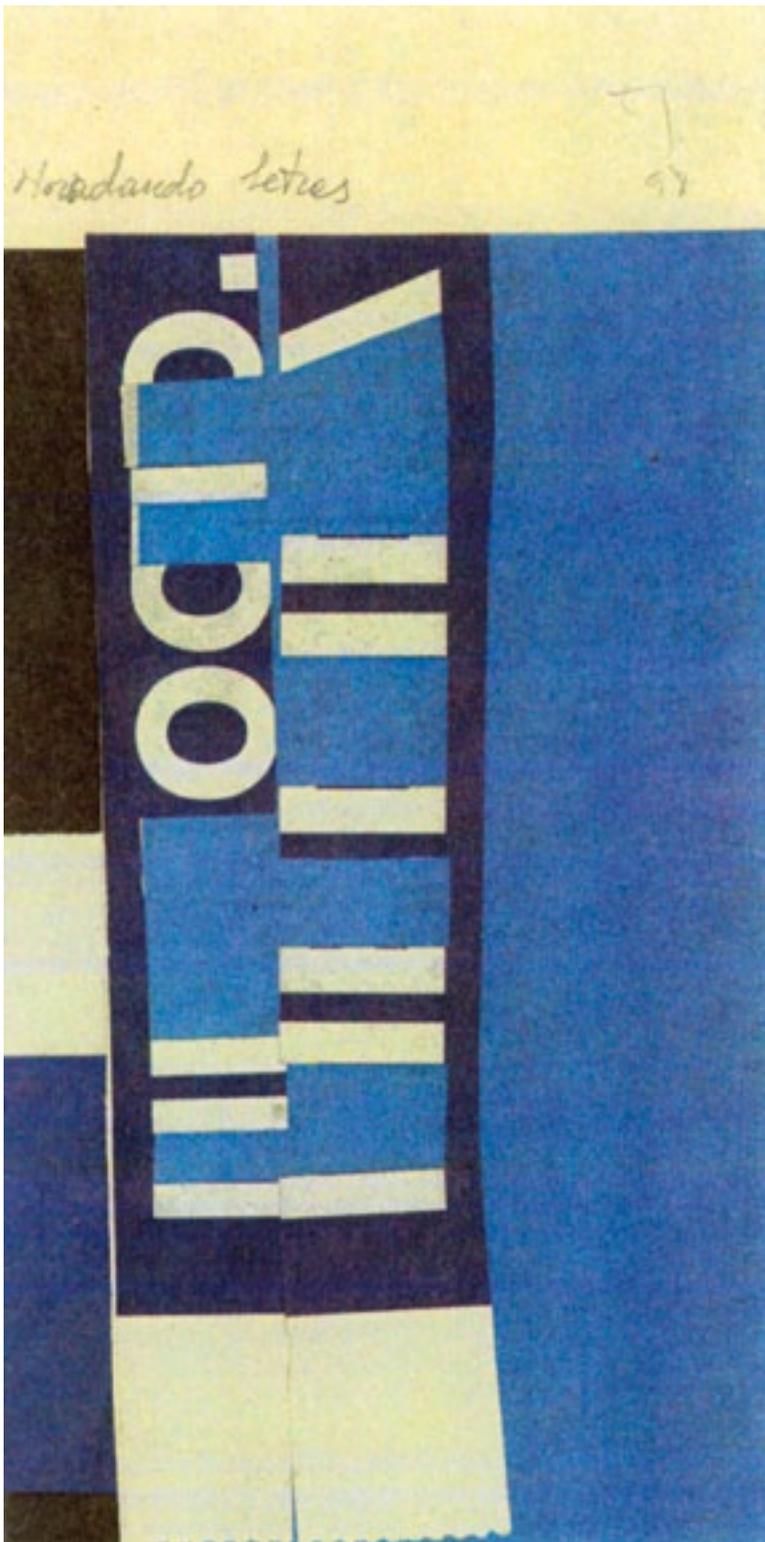
1

Cierra el portón
no aparezca la nieve con su cara redonda.
La rueca hila en delgados suspiros
el estallido de la lumbre en la chimenea.
Paz en la frente rodada
de la anciana hiladora de cuentos.
La sabina nevada del patio blanco,
la ventana cerrada, el reloj de arena.

2

Atmósfera blanca de los cuentos.
El fuego ya ha recogido la primera palabra:
cereza herida por la mano de un niño.
Recibe la ofrenda del hilo y la hoguera,
de la rosa que plantó en tu memoria
el polen del tiempo de las flores.
Recibe el canasto de verdes racimos
y no abras a ningún lobo de blancas pezuñas.

Daniel Noya Peña



TOMÁS SALVADOR GONZÁLEZ «HORADANDO LETRAS»

Charco de las paredes

Pero mujer, gritaba
el muchacho a lo lejos,
y se reía antes de volver a nadar.
Ella nadaba
sin detenerse,
sin volver ni sumergir la cabeza,
con el miedo de los segundos,
cada segundo,
persiguiéndola. Sólo
rompió a llorar
fuera del agua,
se abrazaba a su profesora,
balbuceaba
sin darse a entender.
Nada, decía a brincos
y secándose con las manos
el muchacho,
no ha pasado nada de nada,
una culebra,
bueno, una culebrina
de agua, preciosa,
entre nosotros,
en su hombro.
Ella no dejaba de hacer pucheros,
y rechazaba sus caricias
cuando él decía la palabra
culebra.
Pero mujer...
y sonreía mirándonos

Telmo Serrano

Ávila desde otras miradas





JOSÉ LUIS PAJARES



Autoexilios y artistas foráneos

Aunque Ávila no se distingue por ser un escaparate de la modernidad en las artes visuales, como ocurre en las grandes urbes, donde una burguesía culta dinamiza las tendencias contemporáneas, este lugar nunca ha dejado de atraer a personajes creativos. Han sido muchos e importantes los artistas, arquitectos o cineastas que han terminado encontrando aquí escenarios y argumentos para sus proyectos personales. Algunos de esos forasteros han acabado tratando este territorio como un espacio propio; tal como nos ocurre también a algunos artistas lugareños cuando salimos fuera y deseamos regresar, para no renunciar a lo que nos pertenece, para volver a donde pertenecemos.

Ese espíritu, aparentemente falto de ambición experimental, propio de una conciencia tranquila que se recrea en la belleza establecida, es el que cautivaba por ejemplo a Jorge Santayana, que venía por Ávila desde el gélido Boston donde se formó intelectualmente. A Santayana no le importaba demasiado el elenco estelar de profesores que componían su prestigioso departamento en Harvard, ni que entre sus alumnos brillasen figuras como T. S. Eliot o futuras mecenas del Cubismo como Gertrude Stein, alma máter de Picasso. Por el contrario, era la sencillez de recursos de este lugar lo que le hacía regresar los veranos, siempre que podía permitírselo. Para él, según cuenta en su primer tomo de memorias *Persons and Places*, era aquí, más que en cualquier otro lugar de la tierra, donde el filósofo encontraba ese *locus standi* desde el que

contemplar su particular mundo, un mundo que para otros podría ser cuestionado y vetusto, pero que para él era definitivamente eterno.

Goya, que vivió también algunas temporadas estivales entre Piedrahita y Arenas de San Pedro, podría firmar las primeras referencias de las artes modernas por estas tierras. Para muchos de nosotros sus obras son planteamientos definitivamente modernos, nadie discute ya la influencia del aragonés en la contemporaneidad pictórica. De su fácil adaptación da cuenta en las cartas escritas a su amigo Zapater: «...acabo de llegar a Arenas y (estoy) muy cansado del viaje. Su Alteza me ha echo mil amores. He echo un retrato de su Señora y niño y niña, con un aplauso inesperado por haber hido ya otros pintores y no aber acertado a esto... Y (ellos) an sentido tanto que me aya hido que no se podían despedir del sentimiento, y (permitieron irme) con el sentimiento que abía de bolber lo menos todos los años». Al año siguiente, en 1784, efectivamente volvió a Arenas hasta completar 14 obras pintadas allí. Muchas de ellas salieron hacia otros países, de donde no regresarían. Debió verse cómodo el pintor, no sólo por la noble hospitalidad que encontraba en el palacio que Ventura Rodríguez había levantado allí para la Corte, sino también por los paisajes que asomaban por encima de su gloriosa cabeza. Las montañas y estribaciones de Gredos aparecerán después como fondos en varios cuadros y dibujos, señal inequívoca del lugar que ocupaban en su memoria. En el otro palacio de Piedrahita es seguro que pintó también

un buen número de obras, aún por determinar. Invitado por la Duquesa de Alba, no le faltaron otras compañías ilustradas, como la del abulense José Somoza.

Para los artistas Ávila simbolizaba intemporalidad, distancia para representar la historia; aquí encontraban resumido lo castellano. Ese consabido «paisaje y paisanaje», del que Unamuno nos habla en sus libros de viajes por estas tierras, se encontraba aquí en cada esquina y tipo del país. Ávila no fue descartada por ninguna visión naturalista, por antagonista que fuese. Los pintores que la retrataban la encontraban colorista o dramática, como Sorolla o Zuloaga; sosegada o desgarradora, al modo de López Mezquita o Solana. En cualquiera de las versiones de Regoyos, Martínez Vázquez, Vázquez Díaz, Beruete, Soria Aedo, Lezcano, Echevarría o Valeriano Bécquer, aparecen visiones sentidas, captadas siempre del natural, sin estereotipos ni clichés deformados. Desde finales del XIX hasta mediados del XX, pocos pintores se resistieron a venir para plantar aquí sus caballetes de campo. Gracias a ellos Ávila fue el más grande estudio bajo el cielo de la pintura costumbrista.

Para algunos esa visión localista solo confirma la vetustez de ciertos artistas españoles de la época, una interpretación acomplexada y falsa. Si realizamos un recorrido por lo que esos mismos temas y escenarios supusieron para otros artistas foráneos, altamente considerados en los textos de arte modernos, si diésemos un somero repaso por



ÁNGEL SARDINA. «COLLAGE»

algunas de esas biografías, veríamos que también esos genios, llegados de lejos, se dejaron seducir por las mismas visiones locales, aun no siendo suya esta ciudad ni haber visto antes nuestros paisajes.

Hasta aquí vino Diego Rivera cuando aún era un joven alumno de la Real Academia de Bellas Artes de Madrid; en 1908, dos años antes de que lo hiciese el propio Sorolla. Su larga visita fue posible a través del pintor Eduardo Chicharro, director de la Academia de España Roma y por aquella época profesor de la de San Fernando en Madrid. El maestro regresaba todos los veranos. Con él solía traer a sus alumnos más avanzados con el fin de iniciarles en el aprendizaje de la luz y el paisaje abulenses. El mejicano, entonces un desconocido pupilo, había venido a España para formarse como pintor y más tarde entrar en contacto con la modernidad europea en París.

Rivera escoge, eso sí, su propia temática; espacios y horas inusuales. Pinta «La noche de Ávila», los caminos del Valle Amblés, las humildes casas que pasan inadvertidas al lado de los grandes monumentos. Como haría Solana años más tarde, huye de esa iconografía monumental para fijarse en la sobriedad de lo popular. Lo humilde era para él más digno, como motivo, que todos los antiguos templos religiosos o las grandes fortalezas medievales que caracterizan la ciudad. Una preferencia temática que es toda una anticipación de la idea revolucionaria y proletaria que acabaría poniendo en práctica en su pintura mural.



André Masson fue otro de esos artistas reconocidamente trasgresores que dibujaron estos silenciosos espacios. Resulta paradójico que uno de los padres del Surrealismo y la pintura automática, tomase Ávila como alegoría contra la guerra en aquel crispado ambiente, precisamente en la época prebélica de la contienda civil.

La aventura ibérica de Masson comenzó antes, en 1933. Un año después iniciará, junto a Rose Maklés, la que más tarde sería su segunda mujer, un viaje que le traerá de nuevo a la ciudad. Gracias a las cartas que el artista escribe a sus amigos sabemos hoy los entresijos de aquellos viajes. A Daniel H. Kahnweiler, su marchante parisino, le relata sus primeros contactos: «Querido Heini: Encantado más allá de toda expectativa, Ávila, Madrid, el frío de Castilla...» En realidad Masson emprendió aquel viaje huyendo de Francia, como un autoexilio voluntario. Acababa de vivir algunas de las más amargas experiencias de su vida; su ruptura con André Breton y el grupo de los surrealistas, la tormentosa separación de su anterior compañera, Paule Vézelay. El pintor busca un lugar lejano donde romper con la rutina y encontrar una independencia renovada. Ávido de compartir la vida con las gentes que encontraba a su paso comenta: «El pueblo español es tan fraternal, tan cercano a las cosas auténticas, que sólo puedo amarlo con todo mi corazón». Al pasar por Ávila escribe: «Aquí la vida es más tranquila, el color de mis cuadros es diferente de los últimos hechos en París.»

Algo más que color encontró Masson en Ávila para desear regresar insistentemente y seguir recordándola. En junio de 1936 cuenta en otra carta su deseo expreso de pintar la ciudad: «...Iba a emprender un pequeño viaje hasta Ávila para hacer allí unas acuarelas y con la esperanza de renovar un poco mi inspiración, pero la Discordia y el furor me cortaron el camino, pero sigo amando España.» Poco después de comenzar la temida Guerra, comenta desolado: «Es un drama tremendo, el mayor que ha conocido España desde la invasión de los franceses de Napoleón». En octubre, a pesar del riesgo que supone, cumple su anhelo y llega de nuevo a Ávila. La retrata de forma tan impaciente que nos recuerda las alocadas salidas que Van Gogh





MANOLO CÁCERES Y JOSÉ LUIS SOLDEVILLA. «IN RIVER HUDSON»

hacía en Arlés en plena tormenta: «Durante ocho días he recorrido la ciudad y el campo, he tomado muchas notas, he dibujado todo lo que he podido, aunque un viento de Dios caía del cielo y me arrancaba el papel... Este viaje me ha dado un nuevo impulso.»

En una de esas obras dibuja una visión espectral: Fantasma de un burro delante de Ávila. La ciudad no es para él un simple motivo, es el escenario de la sinrazón que en esos momentos se estaba apoderando de España. Un esqueleto con la testa de un asno, camina airosamente ante su panorámica, arrastrando en su marcha una larga capa como símbolo de un poder despótico. «Para mí (el asno) representa la muerte», en

alusión a las naciones que a partir de entonces pasarán también a ser dirigidas por «monstruos». Altamente simbólica es otra de sus visiones de la ciudad. Desde el cerro de San Mateo, Masson representa una visión sobrenatural, en la que las torres más altas están a punto de tocar el cielo. En medio de una prodigiosa tormenta la muralla es un cascarón a punto de naufragar, entre el oleaje del campo se divisan un par de iglesias, aisladas como botes; la ciudad recuerda aquel Ávila en el que se sucedían los milagros y los santos. Debió pintar esa acuarela en uno de los momentos que describe en estas líneas: «Para descansar, después de un viaje que me ha destrozado las piernas (hasta el hombre más pobre tiene aquí al menos un burro) he pasado una larga semana en Ávila. Ciudad orgullosa que huele a harina y de vez en cuando el viento de la meseta te trae el olor del tomillo y el grito de las cornejas. Santa Teresa vivía en una buena región: nada le sobra, pero ¡que sólido es, Dios mío! Y no puedo evitar pensar en un monje castellano que me decía: Jesús está en los campos, y yo lo creía.»

Una larga lista de artistas extranjeros pasaron también por aquí para llevarse bien pintado este lugar: Raoul Dufy, que pinto copiosamente la capital y los pueblos de la provincia, Robert-Hubert Crommelynck, Carl Wilhelmson, Paul Chavarel, Yves Brayer, W. Collins, Marius Bauer, Paul de Castro, Hubert Denis Etcheverry, Pryce Weedon, Max Kuehne, Marius Bauer, André Lhote, y una genealogía aún más extensa si se mencionasen las pléyades de viajeros y dibujantes que apuntaron sus obras en pequeños cuadernos de campo, más fácilmente portátiles, pero igualmente sugerentes.

A Sorolla y López Mezquita les tocó primero salir de su país, para regresar desde Nueva York. Ambos pintaron Ávila en algún momento de su vida por encargo del promotor norteamericano Archer Huntington. Sorolla, tras unas cuentas idas y venidas, tomó sus monumentos como emblema más característico de Castilla. En el mayor cuadro pintado a lo largo de su vida, se propuso una colosal composición de más de 80 figuras que tituló *La fiesta del pan*, una alegoría festiva de aquella Castilla que tenía como bandera el trigo y la harina que olía Masson, pero que era también el germen de la España histórica. Dentro de un conjunto de catorce grandes cuadros, que tenían que ocupar más de 300 metros cuadrados, dedicados a las distintas regiones de España, eligió comenzar por Castilla. El encargo debería haber sido un mural para cualquier otro pintor, pero él, que jamás había intentado otro modo de pintar, lo hizo de única forma que sabía, al óleo. Como preparación, Sorolla tomó del natural varias vistas de la ciudad. Incluyó, claro está, su muralla, pero acabó poniendo una desconocida fuente de las afueras como principal motivo ornamental de la gigantesca obra. Esta ciudad le aportaba más fácilmente lo que quería encontrar y no hallaba en otros lugares; pero a pesar de esa sintonía el cuadro le costó demasiados esfuerzos. Se trataba de un lienzo de casi catorce metros de largo por tres y medio de alto: «Llevo seis meses seguidos pintando el panel Castilla y estoy un poquitín cansado», se lamenta el artista. Estaba al final de su vida y las fuerzas no le respondían al esfuerzo que requería aquel monumental encargo. En otra carta cuenta: «He pintado todo el día y no estoy contento del trabajo (...) no sé lo que pasa aquí (...) pero atrae la severidad (...) estoy menos animado a continuar en Ávila, me fastidia lo castellano, es demasiado bárbaro». Las fuerzas y la vida se le acabaron nada más terminar la serie, que no llegaría a ver instalada en la sede de la Hispanic Society de Nueva York, al norte de Manhattan.

López Mezquita, sucedió a Sorolla en esa misma institución; sin embargo, él no necesito viajar tan afanosamente como su antecesor para encontrar sus modelos. Aprendida tal vez la lección del maestro, decidió levantar su estudio aquí mismo, a pocos

metros de las murallas. De ese modo no necesitaba ir más allá de su puerta. Frente a la casa-estudio tenía los antiguos mercados, veía pasar delante a las gentes vestidas al uso y oficio y también tenía al lado las iglesias donde pasaban a rezar las fervorosas paisanas. Todo lo que necesitaba estaba al otro lado de su tapia. Aquí regresaba desde Nueva York los veranos, pasando largas temporadas al final de su vida. En ocasiones solían venir con él otros artistas o escritores, como José Francés, que aprovechaba la invitación para terminar escribiendo *Como los pájaros de bronce*, una novela censurada, ambientada en la ciudad e inspirada en los cuadros de su amigo. Tal vez la vista de la muralla atraía al artista granadino como una reminiscencia de su Alhambra natal, o simplemente Ávila estaba más cerca de Madrid, donde personajes ilustres, políticos y toreros le encargaban la mayoría de sus retratos. Lo cierto es que hasta pocos días antes de su muerte persistió trabajando en ese estudio. Intentó hasta el final de sus días cumplir el sueño de levantar un museo que contase, a través de sus pinturas, la prodigiosa vida de Teresa de Jesús, para mayor gloria de la Santa abulense y de su ciudad. No lo consiguió. Tras la desaparición de su estudio, una exposición, fugazmente itinerante, es todo lo que hemos visto pasar de la obra del pintor granadino.

Entre las voces latentes que complementaron a los artistas venidos de Europa, pero acabaron quedándose, Guido Caprotti da Monza es el principal ejemplo. Es sorprendente que procediendo de un país como Italia, donde la belleza hace padecer a cada paso el síndrome de Stendhal, un italiano recalase definitivamente en esta austera y casi abandonada ciudad. El encuentro se produjo una noche nevada en la que su tren no tuvo más remedio que hacer una parada forzosa en esta estación, para él desconocida hasta entonces. La cercana luna llena y la heladora



FAUSTO BLÁZQUEZ. «LUGAR DE ENCUENTRO II»

oscuridad, en contra de lo que le sucedía a la mayoría de forasteros, le cautivó desde el primer momento. A partir de aquella primera noche mágica encontró su particular filón, aportando una visión románticamente italiana a las leyendas populares o a las calles menos transitadas, muchas veces pintadas en aquellas mismas noches que asombraron a Rivera. Su fe en este lugar le llevó a rehabilitar uno de sus abandonados palacios renacentistas para convertirlo en casa y estudio, enriqueciéndolo con obras y tesoros hasta su muerte. Prefirió ser enterrado en su ciudad adoptiva, antes que en la Italia que seguía amando.

Zuloaga usó la misma panorámica de fondo para pintar todos sus personajes abulenses. Desde el calvario de los Cuatro Postes da idéntica dignidad al enano Pedro el botero, que al escritor Enrique Larreta, que al mismísimo Jesucristo, que como otro abulense más le hace acompañar en su agonía de lugareños reconocibles. Como buen vasco humaniza a todos por igual, pero escoge esta ciudad santa como el lugar más próximo al cielo. Una visión semejante a la que comparte Gutiérrez Solana. Los devastadores prostíbulos o los lúgubres ambientes que elige en otras ciudades, los cambia Solana en Ávila por atroces procesiones y autoflagelados disciplinantes, sus crucificados son masacrados como si se tratase de una película de Mel Gibson. Solana, sin embargo, se da perfecta cuenta de dónde está, en la cuna de la espiritualidad española, pero no renuncia por ello a la misma visión pesimista que da a todos los lugares mortales; es una oscuridad mortificante, propia de la España Negra, a la que el madrileño jamás renunció.

Por sus películas Orson Welles podría haber sido otro de estos artistas españoles amantes del negro. Tras ser denostado por la industria cinematográfica de su país, se alió en España con el productor Emiliano Piedra para rodar *Campanadas a medianoche*, una película sobre un texto de Shakespeare, basada en el personaje de Sir John Falstaff. Welles encontró en Ávila los espacios idóneos para rodar algunas escenas. El film es uno de sus más bellos trabajos, a pesar de todas las

dificultades personales que arrastraba entonces. Desde hacía tiempo el genio caminaba con una muleta, padecía un trastorno hepático que le obligaba a guardar reposo y los rumores sobre su forma de vida no cesaban. Haciendo de actor y director, y dado el escaso presupuesto, su intuición para seleccionar ángulos y escenarios seguía siéndole fiel. Para los momentos clave le atraen los entornos de San Vicente. Rueda aquí escenas nocturnas en las que se le ve exhalar su aliento sobre la fría noche abulense,

mientras su voz, ronca y severa, diserta sobre la humana condición. Welles consideraba esta película como uno de sus mejores trabajos: «Si quisiera entrar en el cielo sobre la base de una película, esta es la que yo había de ofrecer». Años más tarde, en el enigmático documental Fraude, su alter ego nos deja oír en of íntimas reflexiones sobre el engaño que acompaña, en ocasiones, al mercado del arte moderno. Ya al final, en uno de los pocos momentos en que se sincera consigo mismo, explica por qué



JESÚS VELAYOS. «SUEÑO VEGETAL»



JOSÉ LUÍS PAJARES. «CRUZANDO LOS DÍAS»

admira los bellos monumentos antiguos: «Han estado aquí durante siglos. Quizá la mayor obra del arte occidental, y no tiene firma. La celebración de la Gloria de Dios que dignifica al hombre, desnudo, pobre, miserable. Ya no hay celebraciones. El nuestro, nos dicen los científicos, es un mundo desechable. Quizá sea esta la gloria anónima entre todas las demás cosas, este rico bosque de piedra, este canto épico, este gozo, este grandioso canto de afirmación, lo que elijamos cuando nuestras ciudades sean sólo polvo, y que, permaneciendo intacto, indique dónde estuvimos y muestre adónde llegamos».

La ciudad también llamó la atención de algunos arquitectos. Louis I. Kahn, aunque nacido en Estonia, marchó en seguida a Norteamérica, donde compatibilizó sus tareas de diseño con la docencia en la universidad de Yale. Kahn comenzó a darse a conocer en el panorama internacional a finales de los cincuenta, tras la desaparición de Frank Lloyd Wright. En uno de sus viajes a España realiza un dibujo de Ávila, seguramente durante una excursión que emprende por Madrid y Salamanca a principios de los sesenta. Es un sencillo apunte del natural a modo de skyline, en el que añade debajo un breve pero aclaratorio texto sobre la visión que contempla desde las afueras. Para él la ciudad amurallada es una solución sencilla para acomodar a la sociedad y a sus instituciones. No realiza el dibujo para recrearse en la tópica panorámica de postal. La reflexión la hace desde credos geométricos y sociales, encontrando razones prácticas en su diseño. Influenciado por la antigua arquitectura, el modo de construir de Kahn se distingue por sus grandes volúmenes. En contra de lo que buscaban otros arquitectos de su época, construye edificios sobriamente asentados. Pionero en cuestionar el estilo Internacional, defendió el ideal de recuperar formas y evocaciones del pasado. No tiene reparos en declarar la atracción formal que le inspiran las antiguas construcciones, incluidas las de la Edad Media. Es lógico que al encontrarse con esta rocosa y compacta ciudad, lejos de resultarle ajena o anticuada, la alabe sinceramente, haciendo observar su racionalidad y belleza.

Benjamín Palencia, natural de la austera Albacete, vino a instalarse cerca de Villafranca de la Sierra, en la fértil vertiente norte de la Sierra de Gredos. Cuando le preguntaban de dónde salían aquellos campos encendidos que pintaba, contestaba: «Tengo el estudio en el mismo paisaje, frente a mi casa». Aunque algunos no le creyeran del todo, era de esos cielos y praderas de donde tomaba los violetas, los verdes o los amarillos extremos que aparecen en sus cuadros. Tras fundar la Escuela de Vallecas junto con Alberto Sánchez y otros artistas, el grupo redacta aquel manifiesto que se

proponía renovar el panorama artístico español y que apoyaron talentos como Manuel de Falla, Vázquez Díaz o García Lorca. Palencia sustituirá a partir de entonces los métodos y la figura clásicos, por la expresividad con el color más extremo. En otros momentos su empeño por la experimentación le hará emplear elementos fuera de la pintura, materias pobres que recoge del propio suelo que pinta, tierras, pajas o semillas, para someterlos a los mismos procesos que sufren en la naturaleza: la erosión o el fuego que los arrasa hasta convertirlos en rastrojos. En esa etapa experimental juega hasta con el humo, pero con ello no hace sino volver a sus orígenes, a su etapa juvenil, cuando no podía disponer de pinturas ni materiales apropiados y recolectaba cartones o maderas como lienzo, «cuando me valía todo», dice. Para describir sus cuadros habla de lo que ve con sus ojos: «Esas tierras rojas, y las aguas del río que van ya recogiendo el reflejo, que van tomando la coloración de la montaña del fondo, ¡una maravilla!»

Luchó Benjamín Palencia por contribuir al desarrollo de las vanguardias desde dentro de España, sin desvincularlas de

lo más propio: «He querido abrir un camino nuevo a la pintura y he dado una nueva concepción del color y del paisaje español, de acuerdo con la pintura del mundo». En este empeño encomiable encontró el apoyo de Eugenio D'Ors, Juan Ramón Jiménez, Lorca, Dalí o Buñuel. Sus

planteamientos renovadores le permitieron llevar su obra hasta la Bienal de Venecia, realizando múltiples exposiciones internacionales. Sin embargo, todo esto no le hizo replantearse nunca emigrar o trasladarse a otro lugar, donde seguramente hubiese encontrado mayor reconocimiento. Aquí trabajó la mayor parte de su vida, que se prolongó hasta los 85 años, dejando una extensa obra que, en parte, quiso donar a los abulenses, creando una fundación para su difusión y conservación.

Lamentablemente,

como pasó con el legado de otros artistas que tuvieron la misma intención, su colección personal acabó por salir hacia otro lugar donde, ya muerto, apreciaron mejor su talento creativo.



RAFAEL ROLLÓN. «HVEDT090537»

Agustín Ibarrola ha sido el último gran artista foráneo en instalar su obra y su proyecto personal en Ávila. Lo está haciendo sobre un soporte inamovible, los grandes roquedales que caracterizan el paisaje abulense. Abrazado a su nuevo destino, el que fuera fundador en París del Equipo 57, ataca ahora con su pintura colorista y simbólica los grandes berrocales sembrados entre encinas del valle Amblés. «Unas rocas», dice, «en las que cada mota es como un universo que marca las ideas de mi pintura (...) cada piedra es de una forma diferente a las demás y ofrece unas grietas muy particulares, que son líneas con enormes posibilidades para crear conceptos espaciales nuevos».

Conocido por sus coloristas intervenciones al aire libre, se ha enamorado ahora «de la luz de estos lugares que cambia tanto a lo largo del día, de la arenisca que cae del granito, del pasado celta de estos montes, de la historia de miles de años que albergan». Acogido en este autoexilio por el galerista y mecenas Alfredo Melgar en su finca de Garoza, la determinación del artista vasco le está llevando a intentar, a sus ochenta años, el sueño de promover una fundación y un museo que acojan su obra, y sirvan además para reivindicar los valores humanos por los que ha sido perseguido en tantas ocasiones.

Andy Warhol, el controvertido artista que hizo que el arte llegase a todo el mundo, estuvo siempre rodeado de una corte de creadores entusiastas. Lou Reed, Dylan, Mick Jagger, Lennon, John Cale, todos acudían regularmente por su Factory en la 5ª planta del 231 de la 47. Allí había sitio para grandes

cantidades de Sopa Campbell, pero también para relajados encuentros sociales, interminables fiestas y momentos desenfadados. ¿Quién no recuerda la famosa serie de fotografías en las que Andy aparece transformado de mujer fatal? En realidad, el autor y el causante de que Warhol se disfrazase para esas instantáneas fue Christopher Makos, un joven provocador, a quien el propio Warhol definió como el fotógrafo más moderno de América. Fue Makos también quien le descubrirá más tarde otros jóvenes talentos, como Jean-Michel Basquiat o Keit Harring.

Makos, siguiendo los buenos consejos de su mentor, se trasladó a París para aprender del mítico Man Ray, comenzando también a cogerle gusto a la forma de vivir entre Europa y Nueva York. A partir de los 80, coincidiendo con la exposición de Warhol en la galería Fernando Vijande, conoce la Movida madrileña, y a partir de entonces se acerca cada vez más a España, donde encuentra esa efervescencia vanguardista que persigue allá por donde pasa. En compañía de nuevos amigos españoles visita algunas ciudades, interesándose por captar retratos de conocidos personajes como Nacho Duato o Almodóvar, pero también escenas cotidianas y paisajes que le ayudan a tener una mirada más completa de lo que descubre. En uno de esos recorridos se acerca hasta Ávila de la mano de sus amigos Manolo Cáceres y José Luis Soldevilla, renovadores artistas de un Pop desenfadado, que disponen de un asombroso estudio a las afueras. Le guían por la ciudad en cada nueva visita, y en uno de esos recorridos José Luis le conduce inesperadamente hasta una antigua iglesia vacía de las afueras. «Allí»,

cuenta, «descubrí algo que me resultó sorprendente. Un artista había realizado una instalación multimedia que hacía que algunas de las sofisticadas galerías de Nueva York parecieran ingenuas. Por toda la iglesia había proyecciones de imágenes, casi contrarias al escenario que ocupaban. Una vez más los españoles me habían sorprendido de un modo al que los neoyorquinos jamás se acercaron siquiera». Las fotografías que Makos realiza de Ávila van desde los cubos de la muralla, que él toma deliberadamente inclinados, hasta los desconocidos paisajes del río Chico. Imágenes que formaron parte en 2001 de su exposición Una visión Americana de la Cultura Española en el IVAM de Valencia. Esta particular visión de Ávila viajó posteriormente a otras salas y museos del mundo.

Muy alejado de agitaciones mediáticas, Feliciano Hernández podría ser considerado un abulense nativo por haber venido al mundo en Gallegos de Altamiro, cercano a la capital. Sin embargo, como en el caso de Santayana, su familia se trasladó pronto a otro lugar con más posibilidades para educarlo, en su caso a la localidad madrileña de Navalcarnero, donde actualmente continúa desarrollando su actividad artística y personal. Su relación con Ávila no es directa, pero no por ello olvida sus orígenes. En realidad Feliciano mantiene una vinculación fraternal con todos aquellos lugares que le aporten sensaciones estimulantes: «Cuando me encuentro en una gran plaza y me siento a gusto es porque este lugar es hermoso. Yo desearía establecer una comunicación, con una concepción nueva y actual, en ese momento de felicidad que uno experimenta en una plaza italiana o en cualquier rincón castellano». El escultor, claro está, habla y concibe espacialmente, también cuando viaja, haciendo de cada nuevo descubrimiento un aprendizaje.

La arquitectura está siempre presente en la obra de Feliciano. Admira los monumentos de la antigüedad y, del mismo modo que lo hacía Kahn, siente también especial predilección por el Románico, un estilo de formas geométricas puras, cuyos volúmenes recuerdan en ocasiones a los módulos



MIGUEL ÁNGEL ESPÍ. «JUEGO CÚBICO I»



FELICIANO HERNÁNDEZ. OBRA EN EL PARQUE DE ESCULTURAS AL AIRE LIBRE DE NAVALCARNERO

que emplea. Si aislamos esos elementos, veremos esa geometría austera, pero vanguardista, que se basa en lo más difícil de lograr, la sencillez.

En busca de una constante investigación, su obra, aunque conceptualmente constructivista, no corta la relación con las influencias del pasado o los

materiales nobles. En los orígenes de su vocación están las antiguas forjas de hierro, que con la piedra y la madera son los materiales que con más constancia aparecen en su obra, sin descartar el pino viejo que redime de antiguas vigas. Sin embargo, lo que verdaderamente da carácter personal a su obra, lo que la hace fácilmente reconocible, son sus



EMILIO SÁNCHEZ GARCÍA. «NOCHENMAR»

planteamientos dinámicos. El mérito de Feliciano consiste en transformar la pesadez en ligereza, en elevar el hierro o la piedra a otra categoría nueva. En sus manos estos materiales parecen ingravidos; sin embargo, la materia nunca oculta su peso. Se necesita ser muy osado y muy cabal para transitar por el espacio con ese equipaje, mover piedras en suelo es arduo, subirlas al vacío requiere un temple de acero, como los cables que suelen sujetarlas. Por medio de esas cuerdas sus piezas se balancean en el aire, pero nunca pierden de vista la gravedad que las atrae. Las composiciones modulares se acoplan en un equilibrio arriesgado, en un desorden calculado. Un punto de apoyo sostiene a veces todo el conjunto, en otras es un juego de tensiones entre los hilos que las sustentan desde el cielo y el suelo que reclama lo que es suyo. Calder hacía flotar sus livianas siluetas, pero nos hacía olvidar la tierra, Feliciano no, él nos recuerda el anclaje que todo ha de tener con lo real; cree que se pueden soñar otras formas en el espacio, pero sin perder la conexión con el esfuerzo que supone construirlas.

Referencia de la escultura de vanguardia en el último medio siglo, galardonado en la Bienal de Alejandría, seleccionado en la de Venecia, su currículo internacional no le ha hecho distinto como persona. Como artista, sin embargo, siempre está evolucionado, para él es importante la relación de su obra con el espectador, con el lugar donde va instalada cada pieza. La dimensión

pública de su trabajo le ha permitido plantar su obra por toda la geografía nacional. Su último gran proyecto es el parque-museo al aire libre que lleva su nombre en Navalcarnero. Ahora que otros museos como Chillida-Leku están cerrando –esperemos que por poco tiempo–, es un privilegio encontrar este soberbio conjunto de esculturas, definitivamente integradas en ese «lugar hermoso», que él ha elegido para que experimentemos los momentos de felicidad que el arte nos regala.

No es objeto de este artículo enumerar ni mucho menos estudiar a los artistas contemporáneos abulenses, para los que Feliciano nos sirve de puente, hay muchos y buenos, tanto consagrados como nuevos valores. Otro tiempo y otro espacio habrá para hablar de ellos. Sin embargo, es de agradecer que los editores de este libro hayan accedido a mostrar un pequeño ejemplo de su obra, incluyendo reproducciones de algunos de sus trabajos como muestra complementaria. A su buen criterio dejo la selección, que nunca será completa.

Pueblos Vagos

“La soledad. La seca soledad de Ávila”

*“Negros muñones de fresnos
que rumian los pastizales
como asnos pobres, desnudos,
silentes, tarde adelante...”*

Tierra de Vettones (Vetones, escribía Estrabón en sus *Hipomnemata Geographica*, III 3). Ávila lo es. No sólo: por lo que se verá, es su centro, solar por excelencia, a la sombra de los rotundos canchales de azul lívido en verano, al socaire de sus ateridos canchales de invierno. Tierra «de cantos» (en la distancia temporal, vendrá luego lo de «de santos»). Que los avatares de las Guerras Lusitánicas, con los romanos en expansión, les llamen «lusitanos», se explica porque a su base están las poco precisas ideas que historiadores y geógrafos tenían de la *ethnologia* o ciencia de los pueblos de la Península. Tan a la base, que el hombre moderno, «homogeneizado» y «pasteurizado» en el nuevo modo de hablar «multicultural», rayante casi en el amorfismo ético y estético, tardará seguramente algún tiempo en aclarar sus confusas ideas en propósito.

La Historia Antigua nos sale al paso a través de transversalidades, de hechos cazados al vuelo, no por la búsqueda directa de los orígenes; guerras, migraciones (periódicas o definitivas), invasiones y rebeliones: violentos cuchillos clavados en la carne de un devenir en marcha, vías, sí, transversales que falsean sin querer la perspectiva. Sus capítulos, con frecuencia, no parten de los orígenes ni tienen tiempo de ir en su búsqueda. Trauma y naturaleza, esencia y accidente, causa y circunstancia, se confunden entre sí. Los acontecimientos son muchas veces enteramente diversos o tan diversamente iluminados que pueden estar incluso desligados de aquellas «razones» que se pretende poner a la base, mientras ella está pendiente de los hilos invisibles de una casi-eternidad toda suya; hilos que el historiador, un hombre abstracto y con frecuencia avulso de las realidades materiales, olvida o corta. Pero ellos, esos «hilos perdidos», reaparecen fuera de todo contexto y nosotros, hombres del hoy, del día pequeño y mísero, rara vez los atrapamos y reconducimos a la urdimbre.

En el Puente de Valsordo y en su extensión del contiguo de Santa Justa, sobre el abulense Alberche de Cebberos. tenemos una de estas resurrecciones inopinadas que nos cuesta entender al primer encuentro: las grandes inscripciones rupestres colgadas de los roquedos que nos nombran la trashumancia y su función ya olvidada:

–Sepan todos los señores de ganados que entre este Hon/rado Concejo de la Mesta e los Señores Deán e Cabildo/ de Ávila se dio asiento sobre el paso deste puente e del de [Santa Xusta so-]/bre el diezmo de todo el Obispado..., etc.

–Sepan todos los señores de ganado que/ entre el Hon/rado Concejo de/ la Mesta e el Señor Don Gómez Suárez de Figueroa,/ Conde de Feria se dio asiento sobre el /Puente de Santa Xusta que es en su tierra,/ e han de pagar... etc.

Y en lugar aparte y a su lado,

*Por mandado del [Lic(enci)ado]
Martín de Villacastín.*

La Mesta, el s. XVI, el Duque de Feria... Ya: estamos, con ellos, solamente en el «anteayer» de la Historia. La Mesta, que, con toda su larga historia hoy olvidada, no es toda la vieja trashumancia, sino apenas su ayer o anteayer ya prácticamente concluido por la instabulación masiva del ganado. Ese pasado ahonda sus raíces en el otro más remoto, el de los pueblos del altiplano castellano y su clima continental que le condiciona. En los *Vettones* y sus hermanos *Gallaici* del Norte y *Lusitani* del Sur.



EL CRUCE ABULENSE DE LAS PREHISTÓRICAS VÍAS DE LA TRASHUMANCIA: LAS CAÑADAS LEONESA Y SORIANA.

Estrabón no podía saberlo ni, por ajeno a este mundo, interpretarlo.

«Rebobinemos la Historia», por un momento, hasta el principio del s. II a. d. C., aquel que acaba el capítulo cartaginés, con Sagunto, el Ebro, los Alpes, el magnífico Aníbal, «condottiero» invencible, Trebia, Trasimeno, Cannas..., y, luego, Escipión Africano Mayor, *Carthago Nova*, Gades, y, más tarde, Zama (y más tarde aún, la Vieja Cartago cubierta de sal... y el «gran condottiero tuerto» exiliado y sin gloria en su destierro asiático). Fin. Iberia entra en un nuevo capítulo donde otro invasor «cambiará todo gattopardescamente para que nada cambie». Tierra de conquista era y tal pasa a ser para los nuevos señores, por más que, al momento, estén asentados sólo en la costa del Levante y en la ribera Sur del *Baetis* (Guadalquivir).

Late la Historia, ahora, en los años 190 a. d. C., a impulsos irregulares, no de reloj acompasado, sino como el latido del corazón humano, ora tembloroso y a la espera, ora en explosiones de ira. Una fuerza Lusitana, hasta entonces estancial, asedia en rápida riada la frontera occidental, recién romana, en *Hasta*, ya a las puertas de Cádiz. Es la primera provocación al invasor. Ni ellos ni los ultra-río saben todavía del nuevo capítulo histórico, el de las Guerras Lusitánicas, «las más crueles y feroces, sin cuartel, aquel *Pýrinos pólemos* («guerra a sangre y fuego») de infausta memoria. Y en la violencia de este panorama incipiente, ¿qué representan los *Vettones* de un Norte demasiado lejano?

LOS TOROS DE GUI SANDO (EL TIEMBLO)



Fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

Lusitani y Gallaeci

*«Ya se van los pastores
a la Extremadura,
ya se queda la sierra
triste y oscura...»*

«Hoy día» –es Estrabón el que escribe en tiempos augusteos– a la mayoría de los *Lusitani* se les llama *Gallaeci* («Kallaikoi», Galaicos), bien que explicando que a éstos les conforman también otros pueblos tan diversos como *Vettones*, *Vacceos* y *Carpetanos* «entre los más conocidos». Para los primeros de estos «otros» el espacio vital está bastante definido por la civilización castrense mesetaria de la Edad del Hierro y por su «tótem» por excelencia, el toro y el *verres* (verraco) de piedra. El suyo es un territorio montano de corazón granítico y sus toros de piedra se derraman a su alrededor por buen trecho (dos tercios, probablemente, están en o proceden del confín provincial de Ávila, todavía su propio solar ancestral), y se agrupan casi a la sombra de sus refugios castreños que les dan abrigo y querencia. Los *Vettones* de Estrabón son ultra-Tajo, como los *Vacceos* son citra-Duero. Las rocas-toros, los «verracos», son el símbolo y la representación protohistórica de los castros del altiplano.

Los castros: fortines y santuarios

... *casta soledad de piedra
aterida...*

El hombre es aburridamente estancial, *more pecorino*. Solo la necesidad o la desgracia le arrastra al éxodo. El hombre de los castros «era» en su territorio, no «estaba» sino en lo esencial. «Era» en su soledad montana. Aquel «bandido lusitano» de nombre *Viriatus* de quien hablan con desprecio y estupor los romanos, no es más que un Vettón, de uno de los diversos grupos étnicos de los *Gallaeci* o Galaicos, consanguíneos norteños de los *Lusitani* del Tajo-Guadiana. Debió nacer allá por los años 185 a. d. C., a mitad de aquella primera guerra lusitánica en que *Caucenus* (primer episodio documentado de una incursión autóctona de hispánicos en el Norte de África) llega hasta *Lixus* (Larache). *Caucenus* otro nombre que suena, tal vez (*¿Caucenus–Caucensis?*, «de *Cauca*» o *Coca*, en la actual Segovia?) en la epigrafía romana de Ávila. *Viriato* es el primer prototipo de «bandido lusitano» de aquellos que, según Estrabón subraya con desprecio, «han renunciado a vivir de la tierra y se han dedicado a medrar con el bandidaje»; aquellos hombres bárbaros «cuya rudeza y salvajismo se deben a su aislamiento de los caminos marítimos y terrestres, que les ha hecho extraños a toda idea de sociabilidad y humanidad». Al fin, como perpetuo pastor pendular de ganados, era también un guerrero desde adolescente. *Viriatus*, «el de la *viria*, (el brazalete), un adorno iniciático del joven guerrero vettón.



SANTUARIO Y ALTAR CÉLTICOS
DEL CASTRO DE ULACA. EL JOVEN
PASTOR-GUERRERO VIRIATO ¿VIO
AQUÍ SU PRIMER DÍA?

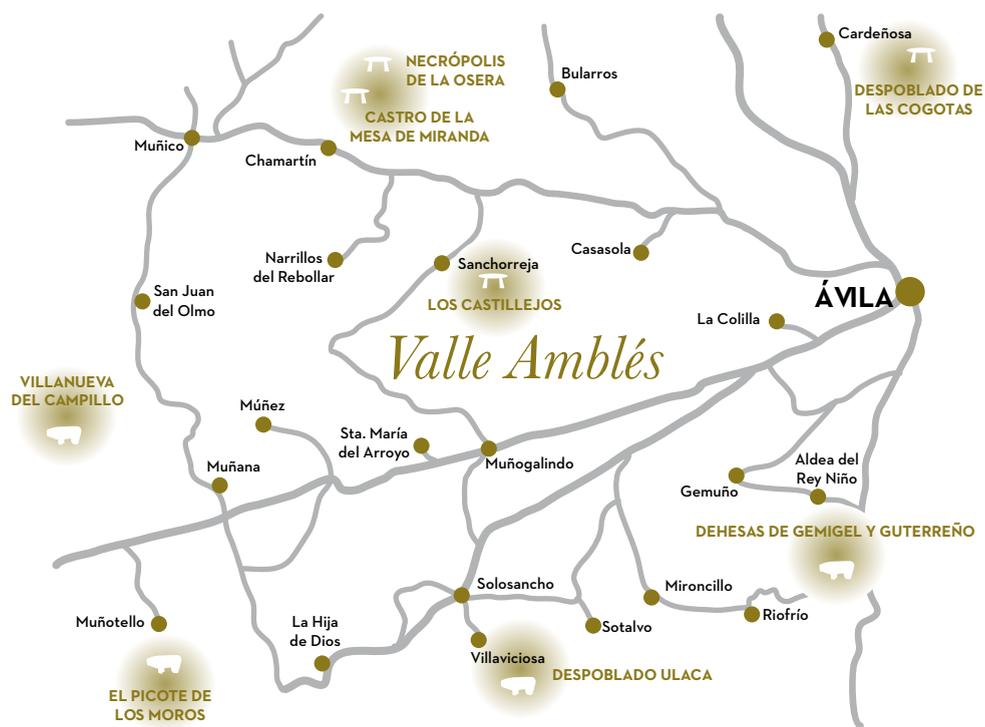
¿Era de Ulaca?

¡Qué bella soledad sonora, la de Ulaca! Al resguardo Norte de la Serrota de Ávila, tajada de ella por la gola del Picuezo, aislada de todo, hasta de su madre sierra y bajo sus sombras azules casi amenazantes, frente a frente de las empinadas umbrías de Mataborreguera, ceñida en alto la frente por el Risco Redondo, el Zapatero y la Cancha Morena, ¡qué muda y hosca soledad frente a los baldíos pastorales! A su costado Este, el «Castillo Roquero» de «Aunque-os pese» que fue del alcalde Nalvillos Blázquez en la frontera abulense del s. XII. Enfrente, Ulaca tenía ya entonces



Fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

13 siglos y restituía más que hoy las flechas de hierro romanas del día de su destrucción. Entonces sus chozas hablaban vettón, y en vettón se cantaban las hazañas de otro adalid sin más nombre que el de la insignia que le inmortalizó, aquella *viria* iniciática que le hizo y distinguió guerrero a él, el pastor trashumante y «bandido lusitano» por la calumnia de lo «politically correct» de la oficialidad romana. Sobre el abrupto roquedo de Ulaca campean en soledad sus monumentos sacros, en tan cristalina y fría soledad como si hubieran sido encapsulados en un bloque de cristal de la misma roca: su santuario, su gigantesco altar de sacrificios y su «sauna».



LOS CASTROS VETTONES EN TORNO AL VALLE AMBLÉS (VALLIS AVILENSIS),



«TIERRA DE PASO». CELTÍBEROS DE TERMES Y UXAMA, VACCEOS DE CAUCA, LUSITANOS DE EMÉRITA, PUEBLOS TRASHUMANTES A TRAVÉS DE VETTONIA. EPIGRAFÍA ROMANA DE LA MURALLA DE ÁVILA

Todo es aquí sorprendente; la helada soledad a pleno sol, las sombras azulencas que se derraman, desliziéndose pendiente abajo desde los canchales aborígenes, entre las ya pocas pobres ovejas que fijan el recuerdo, un tiempo habitual, de rebaños sin fin, bajo el milano o el alimoche que velean pausados en el sol que todo unce, todo hermana y todo cierra:

“Pastorcito que te vas
al monte con las ovejas,
dime si te acordarás
de la cordera que dejas...”

CANCIÓN POPULAR SALMANTINA

Aquí, sólo aquí, de esta soledad sagrada y de esta «sauna iniciática», pudieron salir, consagrados por la *viria* y por la sangre derramada en su altar, aquellos guerreros que reivindicaron su libertad con los dientes, como más tarde (y volvemos al Medioevo) la reivindicaron los «lobos de Ávila», terror de la morisma (s. XII) de Aben Jacob: los Nalvillos, los Zurraquines, los Xemén Abu-Baara (el «maldito conde jorobado»; ¿de dónde sacarían los cronistas árabes que Jimeno fuera conde?) y su hermano... Y los unos y los otros, Vettones o medievales, siempre al retortero de sus ganados, su bien precioso en casa, su presa codiciada en las razias de castigo.

Ulaca, un nombre sin duda sobrevivido a ella misma y a su realidad física. Estas peñas solitarias son tenaces como la propia memoria. Poco a Oeste corre todavía, desde Mengamuñoz (otro nombre, curiosamente, ligado a Nalvillos: el de su madre) el Arroyo *Aulaque*, donde *Ulaca* misma suena, como suena probablemente en la cercana *Abula-Avila* y en Fuente *Hulaca*, al costado norte del Valle Ambles, bajo el castro de los Castillejos. Y si la memoria es así, tenaz hasta el paroxismo, ¿qué milagro es que lo sea, por encima y por debajo de la historia, la fosilizada cutícula de la onomástica, jaez maravilloso que a todos, por insignificantes y prescindibles individuos de hoy que seamos, nos ennoblece y enoja?

Como ennoblecen y disfrutan nuestra insignificancia estos granitos verde-azules de líquenes y sombras, estas vaguadas, navas y vegas, estos collados y ríos que vieron la trashumancia allá, muy allá en el tiempo. Como nos unen y engarzan de extremo a extremo las cañadas: la «Soriana», desde los Montes de Oca hasta Badajoz (¡Extremadura, *extrema Durii*, la «frontera del Duero», por extraño que suene!): o la «Leonesa» del Puerto del Pico que viene del carpetano «Campo del Arañuelo». «Ancha es Castilla»; ¡gran dicho! Y ancho es León, no menos ancho, y sus raíces ahondan la historia por coladas y cordeles de esta tierra de paso, Ávila. Nosotros le hemos puesto nuevos nombres y ya casi no percibimos su sentido y sus razones. «Castilla»: ¿alguno, por ejemplo, sabe que nada tiene que ver con sus castillos, que es nombre que viene de mucho más atrás, del primer Medioevo? «León». ¿Cuántos saben que nada tiene que ver con su animal



PASTOR CON SU GREY EN EL CASTRO DE ULACA

heráldico? Por debajo, muy profundamente, está una realidad común que los políticos embrollan por sus mezquinos intereses inventándose diversidades ridículas, porque todo viene tan de lejos y tan «de uno» como pueden ser los *Gallaeci* o la trashumancia.

Nadie es capaz de decir cuándo empezaron a salir de sus refugios montanos, por los regueros de los caminos, los Vettones, los *Gallaici*, los Celtíberos con sus zamarras de pieles y las armas al alcance de las manos. Cuando encendieron, en tiempo histórico, el combate anti-romano, estaba naciendo, tal vez, aquel futuro adalid que le protagonizaría más tarde, Viriato; poco antes o después de la expedición africana de



fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

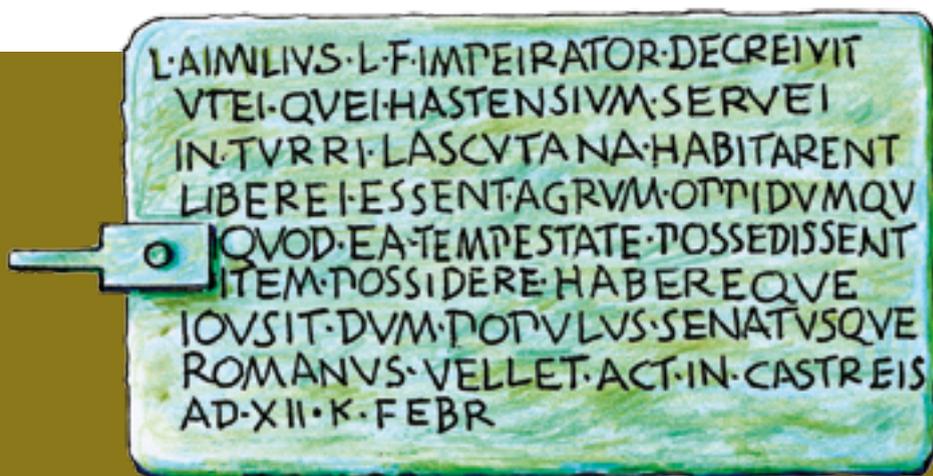


Caucenus; poco antes o después de la batalla de *Hasta* (Alcalá de los Gazules), poco después de que en el campamento mismo de los romanos se extendiese la primera inscripción latina española, el bronce de la *Tabula Lascutana*:

«L(ucio) Emilio, hijo de Lucio, comandante en jefe, decretó que los esclavos de los hastenses que habitaban la Turris Lascutana fuesen libres y dispusiesen tanto del lugar como de su agro como antes los habían poseído, mientras tanto que el Senado y el Pueblo Romano quisieren. Dado en el campamento militar el día 12 antes de las kalendas de febrero»- (21 de Enero, año 187 a. d. C).

Con esta especie de «acta de nacimiento» de una nueva *Hispania*, la post-cartaginesa, tenemos casi la de Viriato. Su gesta será la gesta hispana. Su guerra será universal gracias al término «guerrilla» pasado a todas las lenguas, que es el supremo y terrible símbolo de toda guerra de los pueblos irredentos.

EL GANADO
TRASHUMANTE
SUBIENDO POR LA
CALZADA DEL PUERTO
DEL PICO



LA TABULA LASCYTANA, PRIMERA INSCRIPCIÓN BRÓNCEA DE LA EPIGRAFÍA ROMANA EN HISPANIA (A. 187 A.D.C. 21 DE ENERO) PRIMERA GUERRA LUSITÁNICA.

No, no es cosa de contar aquí la historia de Viriato, menos aún la de «mi» Viriato. Nadie, en todo caso, sería capaz de contar de su alma de nómada periódico, alma intangible como lo es el sueño, lo mejor del espíritu, lo más inalcanzable del alma de un pastor guerrero. Todo, en esta especie de «infinitud escasa» que es el hombre, es alma. Y la de Viriato es una sombra aérea que planea todavía entre el natal roquedo del Gredos agreste en que probablemente nació y el *Mons Veneris* de la avansierra de S. Vicente, primer repecho de los *luga Carpetana* en que sucumbió a la traición.

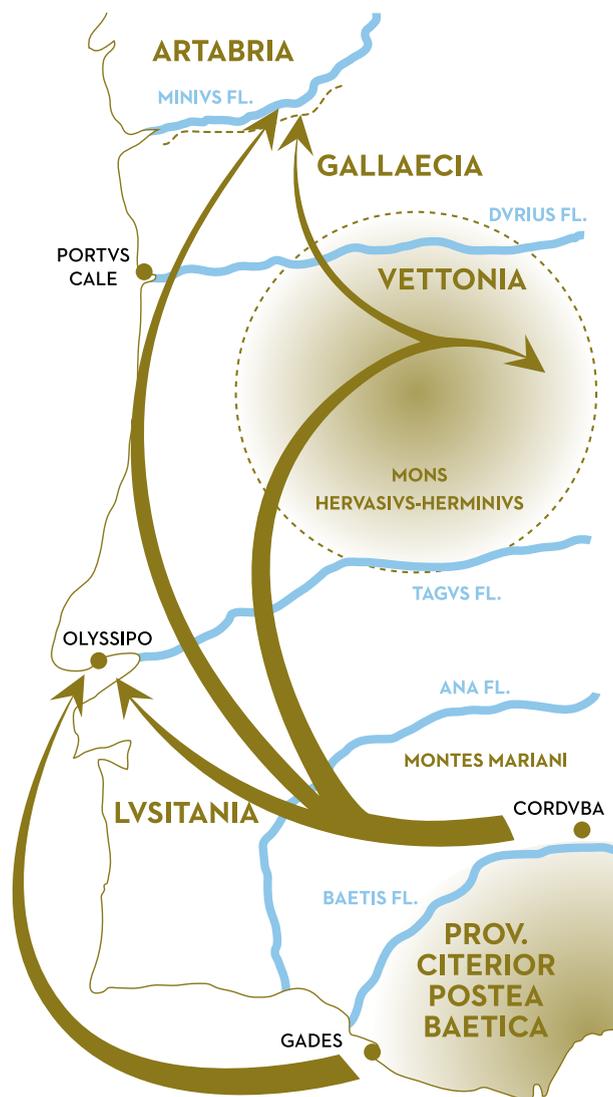
Muerte por asfixia

Hay otro episodio final más acá de Viriato. Un par de años tras de su muerte, en el 137 a. d. C., rumiada largamente por los romanos la dura experiencia del «corredor carpetano», de la *Corduba* apenas fundada por M. Marcelo, un cónsul, D. Junio Bruto, parte hacia el Norte con un proyecto aparentemente absurdo por su novedad, (vista la brevedad de las campañas primavera-verano de aquellos tiempos): la conquista de la *Gallaecia*, del *Finis Terrae*. ¿Qué se propone? ¡De Córdoba al Miño, donde ésta terminaba, hay más de 400 millas de caminos interiores: demasiadas para un territorio desconocido y hostil nunca explorado, tanto menos, sometido! ¿Absurdo? Ésta es la grandeza de Roma, la grandeza de todas las gigantes obras de la Historia de la Cultura: la locura, el absurdo posible. Como la campaña (pura locura) de Tenochtitlán contada por Bernal Díaz del Castillo.



Fotografía: EMILIO RODRÍGUEZ ALMEIDA

ATERIDA SOLEDAD. CHARCO ESMERALDA (CIRCO GLACIAR DE GREDOS)



LA CAMPAÑA DE D. JVNIO BRVTO (GALLAICVS) EN GALLAECIA (138-137 A.D.C.)

“... Desfiladeros arriba, entre las sombras que nacen azules, chopos flamantes, retaguardia de lanceros caminantes...”

Bruto, con dos legiones y relativos auxiliares, *impedimenta* y pertrechos, cruza los futuros *Montes Mariani* (Sierra Morena) y a marchas forzadas apunta al centro de la costa occidental, donde seguramente una flota atlántica (la primera e indocumentada, pues los romanos no la especifican), partiendo de *Gades*, va a fundar para él la futura *Olyssipo* (Lisboa), base logística de la expedición: una base costera a medio camino, de fácil aprovisionamiento y defensa (imposible vía tierra) contra los «bandidos Lusitanos», los guerreros trashumantes. La genial operación, injustamente olvidada o subvalorada, del *Gallaicus* por excelencia, es un éxito total. Antes del invierno volverá a Roma cargado de los laureles del *Triumphus*



ANVERSO



REVERSO

TESSERA HOSPITALIS (BRONCE) QUE MENCIONA AVILADA (¿ÁVILA?, ¿ULACA?) J.L. RODRÍGUEZ MORALES. UN NUEVA TÉSERA CON LEYENDA DE AVILACA, EN «SIGNIFER», 32, 2009, PAG. 225 Y SIG.)

dibujo: EMILIO RODRÍGUEZ ALMEIDA

Gallaicus. Lástima que en el templo de *Mars in Circo Flaminio*, en cuyo *adyton* figuraba, el *carmen triumphale* del poeta Accio no se nos haya conservado. Nos habría contado una gesta: cómo una legión romana copaba las espaldas costeras a las incursiones vettonas; como se asolaban las madrigueras de los castros roqueros donde aún aleteaba la sombra invicta de Viriato. Cómo la otra avanzaba rápidamente hasta el *Minius*, *finis Gallaeciae* (al Norte quedaba *Artabria*, la actual Galicia: bien poco que ver con la *Gallaecia*

antigua). Habríamos sabido por él que ya la Vettonia de Viriato era sólo un mal sueño del pasado y que el nuevo corredor occidental abriría definitivamente las puertas de un territorio de pesadilla a la penetración romana desde la Tarraconense, apenas Escipión Emiliano hubiera debelado Numancia cuatro años más tarde. *Numantia* es sólo un episodio final. Sin el respaldo vettón, la heroica ciudad arévaca sufrirá el empuje extremo del asedio del «Africano segundo». La puerta del *finis terrae* estaba abierta definitivamente.

A high-angle, wide shot of a massive flock of sheep grazing on a dark, rocky hillside. The sheep are densely packed, filling most of the frame. The lighting is dramatic, with strong highlights on the sheep's wool and deep shadows in the crevices of the rocks and the folds of their wool. The overall mood is somber and ancient. The text 'Ínsulas extrañas. Los castros' is overlaid in white, sans-serif font across the lower-middle part of the image.

Ínsulas extrañas. Los castros



vettones

JESÚS ÁLVAREZ-SANCHÍS

Fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

Las culturas del pasado despiertan nuestra curiosidad por saber cómo fueron las gentes de otros tiempos y de otros lugares. Ávila y su provincia proporcionan riquísimos vestigios arqueológicos sobre los pueblos que habitaron la región en la Prehistoria. Aquellos a quienes llamamos vettones hunden sus raíces en lo más profundo de la historia, y sus huellas arqueológicas se remontan veinticinco siglos atrás. Se trata de un período donde surgieron las primeras ciudades, una época de extraordinarios cambios sociales y económicos cuya naturaleza es esencial para entender el desarrollo de la España medieval y moderna. Estamos en la época que los arqueólogos denominan la Segunda Edad del Hierro (450-50 a.C.), la última gran fase de la Prehistoria de Europa en la que conviven sociedades ágrafas, sin escritura, con otras que, como los griegos y romanos, la utilizan o empiezan a utilizarla de forma habitual.

La Península Ibérica era entonces un inmenso territorio poblado por comunidades en diferente grado de evolución social y económica. Vivían en pequeñas aldeas agrícolas o en granjas algo más grandes, apacentando los rebaños y trabajando las tierras del entorno, exactamente igual que sus antepasados habían hecho durante generaciones. Los temas cotidianos que preocupaban a la inmensa

mayoría de sus gentes eran increíblemente modernos: cuidar de los hijos y de las provisiones, las relaciones sexuales, la conducta social, el reparto de la herencia, enterrar y dar culto a los muertos, la fe... aunque de forma algo distinta, tal vez más difícil de entender en la actualidad. Apenas conocemos con exactitud el alcance de los contactos mantenidos entre ellas, aunque es evidente que se intercambiaban ideas, materias primas y regalos, dentro de los mecanismos habituales y pacíficos de relación social.

Las gentes asentadas en las sierras y penillanuras occidentales de la Meseta española, es decir, en el territorio que actualmente abarca las provincias de Ávila y Salamanca, así como una parte de Zamora, Toledo y Cáceres, compartieron en ese momento una serie de rasgos culturales –organización social y económica, elementos materiales, lengua y probablemente también ideas y creencias religiosas– hasta el punto de que esa identidad fue posteriormente reconocida por los escritores romanos con el nombre de *Vettonia*. Los textos clásicos situaban por tanto a los vettones ocupando un extenso territorio cuya zona nuclear debió situarse entre los ríos Tormes, Duero y Tajo. Gran parte de la Meseta estaba entonces inmersa en un proceso de explotación intensiva del paisaje, con un incremento de la deforestación y la conversión de amplias áreas en pastos y tierras de cultivo. No sólo existieron más y mayores asentamientos en este período que en cualquiera de los precedentes, sino que, por primera vez, muchos de ellos fueron ocupados durante varios cientos de años. Fue asimismo una época en la que la población empezó a protegerse sistemáticamente

contra la guerra, construyendo murallas, torres y fosos. Estos poblados fortificados se conocen genéricamente como «castros» y fueron característicos de muchas regiones.

Los castros y sus cementerios

Los castros vettones se localizan en cerros altos, en la confluencia de varios ríos y junto a excelentes vías de comunicación. Se puede hablar desde pequeñas aldeas, por debajo de una hectárea –albergarían en su interior a unas pocas familias– hasta poblados entre 20 y 70 ha., con comunidades de varios centenares de personas. En época tardía algunas ciudades rebasarían incluso estas cifras. Las murallas eran de piedra y la técnica constructiva bastante uniforme: dos paramentos de mampostería en seco, con un relleno de piedras dispuestas en capas horizontales y trabadas unas a otras. Algunos castros conservan tramos de 4 a 8 metros de anchura y hasta 6 de alto. Es posible que el remate estuviera realizado en madera, con una empalizada o postes entrelazados con ramas y palos. El trazado de las murallas se adaptaba bien a la morfología del terreno y a veces se acompañaba de imponentes bastiones defensivos, sobre todo en las inmediaciones de las entradas. Los vemos por ejemplo en los castros de Las Cogotas (Cardeñosa) y La Mesa de Miranda (Chamartín). Sistemas defensivos que aprovechaban al máximo los tiros cruzados, al tiempo que actuaban como refuerzo arquitectónico dando estabilidad a toda la fortificación. En ocasiones la muralla iba precedida por uno o varios fosos de anchura variable. Más comunes eran sin embargo los llamados campos de piedras hincadas: amplios



foto: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

MURALLA DEL CASTRO DE CHAMARTÍN DE LA SIERRA

espacios literalmente sembrados de piedras, frecuentemente puntiagudas y de aristas cortantes, dejando pequeños intervalos entre unas y otras y colocadas siempre en las zonas vulnerables del poblado, es decir, en las inmediaciones de las puertas. Tenían como finalidad entorpecer la arribada en tromba de atacantes a pie o a caballo.

Los vettones no construían un único modelo de vivienda. Éstas cambiaron con el paso del tiempo y también en función de la categoría del propietario. En muchas partes la norma era casas pequeñas junto a la muralla, o bien grupos de casas con paredes medianiles comunes formando pequeñas manzanas que delimitarían a su vez pequeñas calles; en los casos más sencillos simples cabañas de adobe o tapial que se distribuirían sin ordenamiento aparente. Las más sencillas son de dimensiones reducidas, entre 30-40 m² de superficie, cuya

compartimentación interna se podía realizar con materiales perecederos. Las casas más complejas y de mayores dimensiones, de planta cuadrada o rectangular, algunas por encima de los 100-150 m², presentan varias dependencias dedicadas a cubrir las diferentes necesidades: cocina, almacén, cuadra y dormitorio. Como sucede en otras ocasiones, el sistema básico de construcción consiste en un zócalo de piedra sobre el que se levanta un muro de tapial, adobe o ladrillo. La cubierta de escoba, retama o piorno se montaba sobre un entramado de troncos y palos sobre los que, probablemente, se echaba una pequeña capa de barro para impermeabilizarlo. En el interior de algunas estancias se documentaron bancos de piedra adosados a las paredes y distintos tipos de hogares y suelos. Algunas zonas de los asentamientos ofrecen escasos indicios de ocupación y posiblemente fueron áreas destinadas a pastos y a guardar ganado.

Uno de los rasgos más perceptibles que tuvieron lugar hacia el año 450 a.C. en el oeste de la Meseta fue la actitud hacia los muertos, que eran incinerados y cuyas cenizas se recogían y guardaban en urnas de cerámica. Estos enterramientos se depositaban luego en campos o necrópolis bien delimitadas. Seguramente los vettones también practicaron en la misma época rituales funerarios que no dejaron huella. Tal vez la exposición de los cadáveres a los agentes naturales y animales carroñeros, o bien el arrojamiento de los cuerpos o cenizas a los ríos.

Las necrópolis vettonas que hoy conocemos en la provincia de Ávila constituyen la fuente esencial de información sobre las sociedades de la Segunda Edad del Hierro en esta zona de la Meseta. Las dos más emblemáticas, teniendo en cuenta el elevado número de tumbas descubiertas, son Las Cogotas, con 1.613

tumbas repartidas en cuatro sectores con espacios estériles entre ellos, y La Mesa de Miranda, con 2.230 sepulturas distribuidas en seis zonas.

La creencia en la inmortalidad llevó a las sociedades prehistóricas a trasladar al ámbito de ultratumba aquellos elementos que durante la vida habían simbolizado su rango, ya fuera por sexo, edad o condición social. Gracias a sus enterramientos y a su arte sabemos que los vettones fueron propietarios de caballos y ganado, y que existía una clara desigualdad social. La variedad existente en la composición de ajuares y ofrendas refleja la complejidad de una sociedad dirigida por una oligarquía guerrera y sustentada por una amplia base social. Los cementerios están organizados en linajes o grupos familiares que se entierran separadamente. La mayoría de los enterramientos ofrece incineraciones

PIEDRAS HINCADAS EN EL CASTRO DE CHAMARTÍN DE LA SIERRA





foto: J. LUIS RODRÍGUEZ

SANTUARIO DE ULACA

simples en hoyo, con o sin urna cineraria, y a veces pequeños túmulos, estelas o coberturas de lajas para proteger el enterramiento.

Los jefes más prominentes iban acompañados de armas y arreos que habían utilizado para sus caballos. Por debajo de los jinetes había un grupo

de guerreros más amplio con una panoplia más modesta. Finalmente la masa de población (artesanos, comerciantes, campesinos), con ajuares pobres y distintos grados de riqueza. Es probable que las combinaciones de armas que aparecen en las necrópolis, desde equipos completos que incluyen puñales, escudos, cuchillos, arreos de caballo y

distintos tipos de espadas y lanzas, hasta tumbas de guerrero que sólo se acompañan de una lanza, pudieran reflejar identidades sociales dentro de la casta militar. Estos equipos funerarios, que pueden interpretarse como los equipos de los guerreros en vida, fueron característicos en los siglos IV y III a.C. El retrato sociológico de estos cementerios es por tanto el de un sistema basado en el valor del guerrero. A veces las fuentes clásicas se refieren a los vettones con -ct- (vectones), y no con doble -tt-. La raíz vect- es frecuente en la antroponimia celta y parece estar basada en *uek-ti-, *ueik-, *uoika-, literalmente «lucha», «energía hostil», «fuerza vital». Es decir, un nombre de origen celta con el significado de «los luchadores» o «los hombres de la guerra».

Los vettones, y los pueblos celtas en general, rendían culto a los dioses en santuarios rupestres al aire libre. Uno de los más importantes es el del castro de Ulaca (Solosancho, Ávila). El monumento conserva escaleras talladas y cubetas donde tendrían lugar complejos rituales de sangre, fuego y agua. La sacralidad del monumento se ha establecido a partir de una serie de paralelos, el más conocido de los cuales es el santuario portugués de Panoias, asociado a inscripciones latinas que nos informan sobre los sacrificios de animales realizados en el lugar. Los sacrificios humanos eran más excepcionales, pero sin duda existieron. Plutarco relata el caso de los habitantes de *Bletisama*, la actual Ledesma, quienes en el 96-94 a.C. ratificaron la paz con un pueblo vecino sacrificando un hombre y un caballo. Del castro salmantino de Yecla de Yeltes proceden efigies de granito que representan cabezas humanas, habiéndose relacionado con las noticias que transmiten Diodoro



CEREALES EN EL AMBLÉS



y Estrabón sobre la costumbre celta de cortar las cabezas de los enemigos para colgarlas de las crines de los caballos, o incluso exponerlas en las casas y murallas como trofeos.

Señores de pastos y ganados

La agricultura vettona fue básicamente de tipo cerealista de secano, con distintas variedades de trigo y cebada resistentes al clima frío y seco de la región. Los restos hallados en las viviendas de Las Cogotas, Ulaca y El Raso sugieren que éstos fueron los cultivos más importantes, con el complemento de unas pocas variedades de legumbres y bellotas, utilizando la miel para endulzar los alimentos. El consumo de cereal se hacía en forma de tortas, panes o gachas. De una forma similar a los cereales, se llegó también a fabricar harinas a partir de las bellotas. Como en otras zonas de Europa, es casi seguro que los vettones tuvieran campos de cultivo bien delimitados. El hierro permitió fabricar instrumentos de gran utilidad en las tareas agrícolas. Se pudo así cultivar suelos más profundos en las partes bajas de los valles, hasta el punto de colonizar zonas que aún no habían sido ocupadas.

El principal medio de vida de los vettones fue la ganadería, básicamente vacas, ovejas, cabras, cerdos y caballos. Los bóvidos resultarían los animales más valiosos, pero seguramente los rebaños de cabras y ovejas aportaban más calorías en la alimentación diaria. Aparte de la leche y la carne, el ganado proporcionaba numerosos artículos de primera necesidad. Las pieles, el cuero, los huesos y las cornamentas se destinaron a la realización de



TOROS DE GUI SANDO

prendas, adornos y variados tipos de instrumentos. Por su fuerza física, los bóvidos se emplearon también para el transporte y la agricultura. El cuidado de las reses era importante, y una parte de los recintos amurallados de los castros podría haber cumplido la función de cercado para el ganado. El hallazgo de recipientes con perforaciones y pequeños coladores

demuestra que se fabricaban quesos y derivados lácteos. La caza de cérvidos, jabalíes y conejos supondría un buen complemento de proteínas animales en la alimentación.

La ganadería era un aspecto esencial en la economía vettona, y su relación con las esculturas de «verracos»

es indiscutible. Se trata de efigies de granito que representan cerdos y toros, entre 1 y 2,50 m de longitud. Se conocen más de 400 piezas que se localizan en el occidente de la Meseta española y en la región portuguesa de Tras-os-Montes, coincidiendo en gran parte con el territorio de los vettones. Casi la mitad de los verracos procede de la provincia de Ávila, siendo la capital la que concentra el mayor número de ejemplares y los Toros de Guisando (El Tiemblo) el conjunto más representativo. Las esculturas se fechan mayoritariamente entre los siglos IV y I a.C. Algunas se erigieron junto a las puertas de los castros vettones, como Las Cogotas, La Mesa de Miranda o la propia Salamanca. Este dato permite plantear una función apotropaica, es decir, simbolizarían la defensa del poblado y el ganado. Sabemos, sin embargo, que en esta misma época muchas se localizan en posiciones dominantes sobre zonas de excelente pasto y cerca de fuentes de agua, como el gran toro de Villanueva del Campillo, de dimensiones excepcionales (2,50 m de largo por 2,43 m de alto). Estos sitios ofrecen buenas condiciones de visibilidad. De manera que los verracos marcarían un recurso básico para la alimentación del ganado, los pastos, cuya explotación sería organizada por los jefes de las comunidades que se asentaban en el territorio. La idea se corresponde bien con el tipo de sociedad jerarquizada que se observa en los cementerios de estas gentes. La explotación de la tierra, el acceso a los pastos y el control de los recursos debieron ser los pilares de estos grupos dirigentes durante la Edad del Hierro.

Los vettones hicieron alarde y ostentación de estos símbolos y enseñas, que se extienden por las zonas

montañosas y penillanuras de la meseta occidental. Su significado parece por tanto estar relacionado con la protección de la ganadería y los poblados, con la demarcación de pastos y territorios, siendo utilizados algunos en época romana como monumentos funerarios. Su singularidad es suficiente para hacer mella en el ánimo de cualquier espectador sensible. Por eso Cervantes no se olvidó de ellos en el *Quijote* (parte II, cap. XIV), en el memorable discurso del *Caballero del Bosque*, y hoy siguen presentes en las plazas de los pueblos y junto a las puertas de las casas. Para infortunio de todos, la hierba ya no crece bajo sus pies. Son el símbolo de una sociedad ganadera ya desaparecida cuyo valor social, difuminado por el paso del tiempo, ha llegado hasta nosotros. Si queremos saber dónde estamos, debemos conocer la trayectoria de los que nos han precedido. Por eso la conservación de los verracos es tan importante.

Las ciudades vettonas y Roma

La conquista del territorio vetton se produjo en el contexto de dos conflictos casi simultáneos, las guerras lusitanas y celtibéricas (154-133 a.C.), a consecuencia de las cuales Roma extendió su dominio a la Meseta. Las guerras lusitanas propiamente dichas se iniciaron a raíz de las incursiones de éstas tribus y los vettones en las fértiles tierras de la Bética y la costa meridional de la Península para robar y saquear, como seguramente venían haciendo desde mucho antes. Varias ciudades del valle del Guadalquivir y del Guadiana fueron sometidas al pillaje. Siguieron otras razzias hasta la firma de acuerdos que incluirían el reparto de tierras, análogos a los concertados

por los romanos con los celtíberos. Las campañas del procónsul Q. Servilio Cepión (139 a.C.) contra vettones y galaicos, y de su sucesor Décimo Junio Bruto, fueron decisivas para pacificar el oeste de la Meseta. El acceso despejaba el camino hasta la Vía de la Plata y el Noroeste, región atractivísima por sus fuentes de oro y estaño.

Se mire por donde se mire, la conquista de la Meseta supuso una completa reorganización de las pautas tradicionales de intercambio y relaciones sociales. Un sistema de comercio a gran escala con el mundo mediterráneo implicaría hacer frente a una extraordinaria demanda de metales, ganado, sal, otras materias primas, mercenarios y esclavos. Sabemos por las fuentes que durante las guerras de conquista con frecuencia se exigía el pago de tributos a las ciudades indígenas mediante la entrega de grano, lana de oveja, los famosos sagos, pieles de buey, oro y plata, además de hombres, mujeres y niños. Las primeras importaciones de manufacturas romanas datan de este momento: ánforas y servicios de vajilla asociados al consumo de vino, aceite de oliva, telas, perfumes....En esta época el comercio a través de las redes fluviales del Duero y del Tajo empezaba a estar sólidamente establecido, y es posible que los asentamientos vettones más cercanos a estas vías estuviesen involucrados en el transporte de bienes y materias primas. El ejército, en sus desplazamientos, desempeñó un importantísimo papel como difusor de ideas y consumidor de alimentos y otros productos. La demanda de botas, cueros, petos, odres, monturas y arneses tuvo que crear un mercado intenso, además de potenciar la cría de ganado y el cuidado de los pastos.

Algunos asentamientos, como Ulaca (Solosancho) o El Raso (Candeleda), con poblaciones de varios cientos o miles de personas se organizaron en barrios, talleres, santuarios, mercados y edificios públicos, siguiendo el trazado de calles relativamente planificadas y dando así germen a las primeras ciudades vettonas conocidas. Este modelo marca un significativo contraste con los siglos precedentes y sugiere que algunos centros cumplían importantes funciones de servicio para las comunidades de los alrededores, además de facilitar refugio y almacenamiento. Estos grandes poblados fortificados de finales de la Edad del Hierro se conocen también con el nombre latino de *oppida* (*oppidum*, en singular), término que utilizó Julio César para referirse a los asentamientos de la Galia. El desarrollo urbano alcanzado por los *oppida* vettones fue, en parte, resultado de la intensificación del comercio a raíz de la necesidad de Roma de materias primas.

Pero el sistema sólo contó con unas pocas décadas de desarrollo independiente. La dominación romana condicionó las características del hábitat indígena, organizando el territorio en función de los usos agrícolas del suelo e instaurando un centralismo político y administrativo sin precedentes en la región. Los campamentos militares resultaron de enorme importancia como foco y estímulo para el desarrollo urbano y una nueva red de comunicaciones forzó a la sociedad indígena a moverse en el paisaje de una manera muy diferente a como lo había hecho hasta entonces. Durante los casi cincuenta años que transcurrieron entre la llegada de Julio César a Hispania (61 a.C.) y la intervención de Agripa para sofocar el último levantamiento de astures y cántabros (19 a.C.), una parte considerable de las comunidades de la



Fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

VISTA DEL CASTRO DE EL RASO

Meseta ya se había habituado a los bienes romanos. Por aquel entonces, los viejos núcleos ganaderos de Las Cogotas, La Mesa de Miranda o Ulaca fueron abandonados. Su población debió trasladarse a la vega, seguramente al lugar que hoy ocupa Ávila, cuya aparente semejanza con la ciudad vettona de *Obila* mencionada por Ptolomeo ha originado una identificación hipotética con la ciudad actual.

Transcurridos casi veinticinco siglos de la época dorada de los vettones, la sociedad actual dispone de muy variados modos y maneras de ver y reflexionar sobre aquélla. Ávila, patrimonio cultural de la humanidad, alberga en su seno castros, verracos y paisajes de inolvidable belleza que nos acercan a nuestros más antiguos antepasados. Tiempo atrapado en los restos arqueológicos desvelados...



Páginas singulares de arquitectura

VISTA AÉREA DE ÁVILA



en Ávila

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ ROBLEDO

Ávila, la ciudad y la tierra como se decía antes, es decir la ciudad y el obispado, o la capital y la provincia, atesoran un rico conjunto arquitectónico. Aquí, como en pocos lugares, la historia se ha petrificado en monumentos que no se explican sin comprender el momento histórico en que se alzaron y que son el mejor documento para comprender a los hombres que los hicieron y promovieron y a su época.

Son edificios que nos llevan a lo vetón, romano, románico, gótico, mudéjar, renacentista, barroco, neoclásico y decimonónico, y se extienden desde un sur de ladrillo por Arévalo y La Moraña a un norte de granito en las sierras de Ávila y de Gredos, teniendo en la capital el crisol que funde todo –materiales y estilos– y el sol que todo irradia, que en resumen la historia abulense es la de la ciudad y su tierra y su arte, por ende, también es el ambas, ya que Ávila son la catedral y las murallas y Ávila son los ábsides y torres mudéjares del norte y los puentes y templos de granito del sur. Esta fue una empresa común y flaco favor hacen a la comprensión de la historia, el arte y la arquitectura, a la justicia y hasta las esperanzas de un incierto futuro quienes han confundido a una parte, la capital, con el todo, la provincia, olvidando que todas las gentes de la tierra toda de Ávila levantaron, en un sentido vivencial y arquitectónico, todas las Ávilas que han sido y son.

Es una arquitectura que se manifiesta en calles y plazas, murallas, castillos y palacios, templos de todo tipo y empuje, monasterios urbanos y rurales, puentes, molinos y una sabia arquitectura popular que se hace con los

materiales del terreno y la justa sabiduría de sus constructores, y nunca es menos importante que los grandes monumentos. Seleccionar unos pocos ejemplares de tan rico repertorio arquitectónico e es tarea ingrata, en la que siempre quedan decenas de monumentos que uno sabe tendrían también que estar en estas páginas, y uno espera que el lector vuelva a leer en los muchos viajes que estas tierras merecen.

1. Ávila: Castillo de Castilla

Es esta ciudad para para un tranquilo y desordenado paseo en el que iglesias y conventos, las constantes murallas y algunos nobles y vetustos palacios, saldrán a salto de mata a nuestro encuentro, pero primero conviene aprehenderla de lejos («abarcábamos toda Ávila de una sola mirada y comprendimos lo que se puede querer a una ciudad así y cómo puede ser patria», que dijo Unamuno y conviene recordar también que José Luis Aranguren tituló Frente Ávila el libro que dedicó a su ciudad y anotar que el título es físico e intelectual). La ciudad desde los Cuatro Postes es la imagen preferida de Ávila y sus murallas desde que en 1570 el flamenco Van den Wyngaerde (en España conocido como Antonio de las Viñas o de Bruselas) recogió la vista para un álbum de imágenes destinado a Felipe II que hoy está en la Biblioteca de Viena. Francisco de Arellano acababa de construir los Cuatro Postes, el proyecto es de 1566, cuando el flamenco cuadrículó la ciudad en una vista de pájaro de que luego repetirán Zuloaga, Beruete, Sorolla, Caprotti, López Mézquita, Echevarría, Benjamín Palencia...



Fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

CÚPULA Y ÁBSIDE CENTRAL DE «LA LUGAREJA» DE ARÉVALO

Como principio requieren las cosas es recomendable un minucioso callejeo por la ciudad amurallada que levantaron y sufragaron todos los abulenses, la del Castillo interior de Teresa de Jesús, la que acogió a los más importantes personajes de la provincia: Teresa, más Isabel de Castilla, Juan de la Cruz y su aire de la almena, Alonso de Madrigal, ..., la que levanta una catedral que expande sus influjos artísticos y religiosos por toda la provincia... El Ávila la casa que interpretando el romancero apuntó Unamuno y acuñó Jacinto Herrero, la quietud amurallada de Panero, la ciudad dermatoesquelética como el alma castellana del citado Unamuno. Para Azorín fue la Atenas gótica y para Jiménez Lozano fue Constantinopla, allá ellos con sus afirmaciones. Fue vetona y romana, como atestiguan verracos y lápidas, pero principalmente fue y es ciudad medieval magníficamente fortificada y plena de espléndidos edificios románicos y góticos, que luego supo de renacientes palacios y hasta de algún templo barroco.

Una muralla única, San Vicente cual el mejor compendio de arquitectura y escultura románica, una catedral fortaleza de planta románica y alzado gótico, Santo Tomás como ejemplo del gótico dominico, la capilla funeraria de Mosén Rubí con el más hermoso tardo gótico, el palacio de Núñez Vela como el de más bella traza, San José como el templo del último clasicismo y La Santa fijando las fachadas barrocas carmelitanas....Tales son algunos de los muchos monumentos que la ciudad ha incorporado al más selecto repertorio de la arquitectura hispana.

2. La Lugareja: emblema mudéjar

Cerca de Arévalo está la cabecera del que fue el Monasterio de Santa María de Gómez Román, o La Lugareja que certeramente Chueca Goitia señaló era una de las más puras emociones de volumen de toda la arquitectura española, y es pieza en la que se amalgaman influencias mudéjares, románicas y cistercienses que han llevado a Jiménez Lozano a afirmar que es un románico que no cuenta historias. Los pocos datos significativos de su historia son que en una bula en 1178 es citado como Monasterium Sancta Marie de Gómez Román y era de monjes, de 1210 son sus primeros estatutos, en 1237 aún era masculino y ya en 1245 es femenino, el 1354 se incendió el claustro que supongo mudéjar, y el 1524 la comunidad se trasladó al palacio real de Arévalo (palacio/convento derribado en 1976).

Del gran monasterio que debió ser, perdidas las naves cuya existencia han demostrado las últimas excavaciones arqueológicas, sólo queda en pie la magnífica cabecera con triple ábside cuyos tramos curvos tienen una tímida forma de herradura, y con un cimborrio –qué no torre– sobre el tramo recto del ábside central. Los ábsides son recorridos por el exterior por un registro de altos y esbeltísimos arcos doblados, emparentables con los de Cuéllar y Toro, con pilastras anchas al modo de la cabecera de El Cristo de las Batallas de Toro. Arrancan las pilastras de un potente zócalo de mampostería con verdugadas de ladrillo y se rematan en el central con

un singularísimo cuerpo que suma un primer friso de esquinillas, una cornisa que con una hilada de ladrillos moldurados y remata con otro potentísimo friso de esquinillas. Las laterales no tienen en la cornisa este último friso y su modelo se repite en el frente del tramo recto del ábside norte.

El espléndido cimborrio, cuadrado en su exterior, se decoró con una serie de siete arcos doblados por lado que repiten el modelo de los ábsides, ciegos todos, salvo el central en el que se abrió una ventana de menor altura para iluminar el interior. Rematando también el cimborrio, corren frisos de esquinillas, más potente el superior, que se interrumpen en las esquinas.

En el interior nos sorprende la belleza de un espacio arquitectónico desnudo y singular. Son de horno las bóvedas de la cabecera y de medio cañón apuntado las de los tramos rectos en las que un arco fajón descansa sobre unas grandes y bellísimas ménsulas construidas superponiendo cuatro hiladas de los ladrillos moldurados. El cimborrio cierra con pechinas, tambor y una gran cúpula con una clave central (también se da en Fuentes de Año, Blasconuño de Matababras y Montuenga). El tambor tiene 16 arcos doblados con ladrillos moldurados, también todos ciegos salvo los cuatro que se corresponden con los centros del cuadrado cimborrio exterior, y se decora con elementos pétreos, florones con cabezas labradas y la clave con un atractivo pinjante

Desde Gómez Moreno se viene relacionando La Lugareja con la catedral de Salamanca, es decir con la cabecera de San Vicente de Ávila del que esa catedral

es deudora, (quizás, teniendo en cuenta la relación con el mudéjar de Toro y que el tambor únicamente tiene un piso de ventanas, sería más adecuado pensar en la Colegiata toresana como modelo) hay que añadir a las posibles relaciones las evidentes que hay entre la labra de estos florones y los de la capilla de Gracia de la girola de la catedral de Ávila y del mismo San Vicente. Todo ello, singularmente la fecha de los estatutos, me lleva a pensar que la fecha más apropiada para la cabecera será el año 1210, con lo que se adelanta este edificio a muchos que se consideraban anteriores.

3. Dominicos de Las Navas

Las Navas del Marqués, lugar de veraneo, con una arquitectura residencial ya centenaria y francamente interesante, con una buena iglesia parroquial, y otras dos piezas arquitectónicas señaladas: un convento dominico y un castillo palacio de los Dávila.

Coronando el pueblo, como vestigio de un tiempo que fue, está el castillo-palacio de los marqueses de las Navas, comenzado a construir por el primer marqués, Pedro Dávila y Zúñiga, conocido como Castillo de Magalia por la inscripción «Magalia Quondan» –quizás una falsificación renacentista– de una lápida incrustada en el torreón más cercano a la puerta. Es castillo claramente artillero, con múltiples buzones, tiene torres en los ángulos –una avanzada–, un inmenso torreón circular y un patio de muy elegante traza. Restaurado hace unos 50 años, presenta la doble visión de una España militar y guerrera en los torreones artilleros del



fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

INTERIOR DE LA IGLESIA DEL CONVENTO DE SAN PABLO. LAS NAVAS DEL MARQUÉS

castillo y de una España renacentista y humanista en su armonioso patio palaciego.

San Pablo de Las Navas, fundado en 1544 y construido en unos cuarenta años, tenía claustro procesional, sala capitular y refectorio, más un sobre claustro para acceder a la biblioteca, coro y algunas celdas. Tras la desamortización únicamente queda el templo, modelo perfecto de la arquitectura de aquellos dominicos que tenían como objetivo fundamental la prédica, tanto contra la herejía, como a favor de la necesidad de la penitencia como defendiendo entre los clérigos las doctrinas sagradas. Es de una nave alargada, con púlpito para la predicación, confesionarios embutidos en el muro que daba al claustro y un coro elevado para los frailes. La nave recibió una armadura de madera sobre los delgados fajones moldurados, y se abovedó la cabecera con nervadura de terceletes. El presbiterio tiene hoy sendos lucillos funerarios vaciados en sus paños laterales con un altar elevado que hacía posible que el culto fuese seguido desde la nave y desde el hondo coro (como de Santo Tomás, San Francisco y otros de la capital), altar bajo el cual estuvo el enterramiento con bellissimo relieve en bronce atribuido a P. leoni que hoy guarda el Museo Arqueológico Nacional, con los retratos yacentes de los marqueses y sus escudos, muertos ambos en la década de 1570, ella de un cáncer bajo el pecho izquierdo según detalladamente indica la inscripción funeraria y enterrados junto a un hijo. En el brazo de la epístola del crucero se abre en 1578 la capilla de enterramientos de los segundos marqueses, obra de los maestros de cantería Agustín Aguello y Mateo Lorriaga.

4. Guisando. Un monasterio y los toros

Los monjes jerónimos, que tuvieron en la ciudad de Ávila un monasterio que fue residencia del general de la orden desde 1686, antes habían levantado en la ladera meridional del cerro de Guisando de El Tiemblo un monasterio cuyo nombre está unido al conjunto de toros más importante y conocido de la escultura vetona y a la venta juradera en la que en 1468 se firmó, entre el rey Enrique IV y la princesa Isabel, el tratado de los toros de Guisando por el que aquella era reconocida como princesa de Asturias y se abrió el camino para su llegada al trono, y para la unificación peninsular.

San Jerónimo de Guisando, fue fundado en 1375 a partir de una comunidad de cuatro ermitaños italianos llegados en 1353. Aquel pequeño monasterio, con ermitas diseminadas por el cerro y sus cuevas y un templo y dependencias centrales, sufrió un incendio en 1546, levantándose luego con buena sillería el nuevo con colosal templo de una nave con pequeñas capillas laterales en los dos primeros tramos y profundo coro, cabecera poligonal, crucero apenas marcado y cimborrio con cúpula de la que solo quedan las pechinas, más un gran claustro que al modo de otros abulenses de la época mezcla lo renaciente con pervivencias góticas y se refuerza con macizos en las esquinas y en el centro y que costeó el obispo Alonso de Fonseca, y otros netamente renacentistas. Gómez Moreno atribuye el templo a Pedro de Tolosa, y las hechuras confirman la autorizada opinión del maestro.



MONASTERIO DE GUI SANDO. EL TIEMBLO

La vida monástica terminó con la desamortización y en 1944 el monasterio y sus fincas fueron adjudicados a un nieto de Goya y al año anunciaba el Boletín de la Provincia la subasta para hacer allí una nueva población, La Isabela de Guisando con nombre que recordaba a la reina, que tendría «treinta vecinos y habría de construirse en el plazo de dos años en un sitio sano y cómodo para sus moradores. El nuevo poblador podría construir una casa pública o parador para albergar transeúntes. Dicha población se gobernaría por sí misma y con Ayuntamiento propio, con arreglo a la ley, y sus habitantes estarían libres del pago de contribuciones durante doce años. El término jurisdiccional de la nueva colonia comprendería todos los terrenos y edificios contenidos dentro de los límites de Guisando y adquiridos a la nación por Mariano Goya».

Luego años de abandono, asaltos, y un nuevo incendio en 1979, han llevado al conjunto a su triste estado actual, que puede parecer el de una ruina romántica a media ladera del cerro, vigilando a los milenarios toros y el resto de lo que fue venta juradera, pero que fundamentalmente es la imagen vergonzosa del abandono patrimonial y está pidiendo a gritos que la propiedad y las administraciones aúnen esfuerzos y se asegure el futuro de un monumento que es joya de nuestra historia y de nuestra arquitectura.

5. Interior en Villatoro

En el inicio del puerto de su nombre, se alzó Villatoro, dominando rotundamente el paso. Parece

razonable la fecha de 1303 para su fundación, que se atribuye a Velasco Velázquez. En Villatoro quedan los restos del castillo de los Dávila, especialmente un cilíndrico torreón, convertidos hoy en atractivo complejo de turismo rural y algunas interesantes casas que frecuentemente han incorporado escudos y adornos del cercano convento de El Risco y en la plaza hay algunas esculturas vetonas que justifican el nombre de la villa.

Fenomenal es la iglesia a la que nos acercamos siguiendo a Martínez Frías quien señala son «las iglesias de Villatoro, El Tiemblo, Collado de Contreras, La Horcajada, Fontiveros y Hoyo de Pinares...», los edificios que mejor ejemplifican dentro de la provincia los postulados artísticos del gótico académico o purista del quinientos..., obras de un gran empeño arquitectónico, que, excepto la de Hoyo de Pinares, ostentan bóvedas de crucería estrellada en la capilla mayor y en el crucero, y, actualmente, en las naves, techumbres de madera». Es uno de los mejores ejemplos abulenses de iglesias rehechas en el siglo XVI, gracias a la riqueza que llega de América, el desarrollo agrícola y ganadero, y el aumento de la población. Se levantó sobre el solar de un templo anterior y reutilizando una torre luego recrecida para superar la mayor altura del nuevo, que tiene pequeña cabecera semihexagonal, crucero no marcado en planta y tres desiguales naves, separadas por arosos formeros sobre esbeltísimas columnas, más tres magníficas portadas que repiten la andadura de las portadas renacientes de la capital. Presbiterio y crucero cierran con bóvedas y las naves con armaduras. Los autores son



INTERIOR DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE VILLATORO

el Juan Campero de Mosén Rubí, y luego Diego Martín de Vandadas y Francisco Martín, su cabecera se fecha hacia 1530 y es muy cercana a los modos constructivos de Mosén Rubí de Ávila. La iglesia conoció otro momento constructivo en el que se alzaron las naves y una portada, y uno último al que corresponderían dos portadas y el coro finalmente, más la sacristía.

El interior constituye una de las más claras y armoniosas lecciones de arquitectura, con las naves configurando un gran salón y una hermosa cabecera

en la que el presbiterio y el crucero unifican sus bóvedas y apoyos, sus vanos y decoración. Las bóvedas, que arrancan sobre pilares fasciculados con baquetones marcando los agudos torales, en los muros apoyan en ménsulas orladas con bolas en los ángulos, decoran con flores sus claves secundarias y sus tres claves principales con los escudos de los Dávila, unos enmarcados en guirnaldas, otros de corte francés y todos coronados (el de la clave sur repite las armas del que en la nave norte ocupa la enjuta de los formeros). En los pilares de entrada al presbiterio se insertan, bajo doseletes, las figuras de la Virgen y San Juan que



fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

VISTA GENERAL DE BONILLA DE LA SIERRA

acompañarían a un perdido crucifijo que coronaría el anterior retablo mayor, sustituido por uno barroco en el que se insertó una muy buena Piedad del XVI procedente del convento de El Risco.

6. La episcopal Bonilla de la Sierra

En tierras del Corneja, Bonilla de la Sierra es una de esos lugares de obligado y gozoso conocimiento en el que gozar las antiguas murallas, el palacio episcopal, una hermosísima plaza y en el centro de ella una colosal iglesia con potentes contrafuertes y además un conjunto atractivo de casas populares y casas nobles, todo ello en el centro de un paisaje acogedor que se pierde hacia Piedrahíta o hacia Tórtoles.

El castillo, que aprovecha los muros de la cerca de la villa, tiene como núcleo la torre del homenaje con valiosas pinturas murales góticas y debió ser reformado en la segunda mitad del XV, reforzándose el muro que da a la población y levantándose el muro que divide en dos el espacio del amplio castillo original. Ya en el siglo XVI, a mediados y finales, se realizan nuevas obras para adecuarlo como residencia episcopal abulense.

La iglesia es espléndida y sorprende encontrarse tan gallarda fábrica en un pueblo casi abandonado. Su porte únicamente es comprensible recordando el carácter episcopal de Bonilla. Se levanta en la segunda mitad del s. XV sobre el solar de un templo anterior del que se aprovechan los materiales (la iglesia de dicha villa se hizo desde sus cimientos para tornarla a

feser de nuevo) y una torre de carácter militar que fue recreada. Fue el promotor Juan de Carvajal, obispo de Plasencia y cardenal romano de Santangelo, y es templo con cabecera poligonal ciega y amplísima nave articulada con arcos de diafragma y un gran cañón de ladrillo. Ya del siglo XVI son la capilla de los Chaves a los pies, el coro y el crecimiento de la torre. Exteriormente los diafragmas generaron una sucesión de sólidos contrafuertes rematados con fuertes pirámides con sus aristas festoneadas de bolas que dan al templo un aspecto singular y recuerdan las de Santa María la Antigua de Valladolid.

7. Un palacio francés en Piedrahita

Piedrahita está unida a la historia al ducado de Alba y sus armas aparecen aquí por doquier. Otrora

cercada, hoy apenas quedan algún lienzo y alguna puerta de los muros, pero guarda una magnífica iglesia parroquial, conventos, una plaza de irregular planta adornada por una monumental fuente que una inscripción fecha en 1727, y el gran palacio ducal. Se sugiere recordar que en estas tierras, en el siglo XVIII, estaba lo mejor de la ilustración española y entre ellos, pintando Gredos, Francisco de Goya.

La iglesia se remonta al siglo XIII y conoció muchas reformas que dificultan su lectura arquitectónica: era de tres naves y cuatro apuntados formeros, que en el XVI se convirtieron en dos grandes arcos redondos con bolas y que en época barroca volvieron a ser cuatro arcos por banda. La sacristía está en la base del cimborrio-torre y quizá sea estructura reutilizada, al evangelio están las capillas de García de Verges (1485) y Lope Tamayo (1508) y en el lado de la epístola una con gran linterna de 1627.



PALACIO DE LOS DUQUES DE ALBA EN PIEDRAHITA



VISTA GENERAL DE EL BARCO DE ÁVILA

En el sur de la villa el palacio ducal es pieza sorprendente, levantada en la segunda mitad del XVIII por el arquitecto francés J. Marquet, y eso explica el patio de honor y la estructura versallesca del edificio, con forma de U, múltiples chimeneas e inclinadas cubiertas de pizarra. En la zona posterior se abre otra fachada a la naturaleza, que un jardín contenido por grandes muros en talud trató de regular. De él quedan una gran fuente con mascarón, el pozo de la nieve de perfectos sillares y el preciso puente de los lirios, con sus sillares cortados siguiendo el eje del palacio y el que marcaban las aguas. Bajo el jardín un sorprendente mundo de galerías para

el riego es una de las más interesantes obras de ingeniería que imaginarse puedan.

8. El Barco de Ávila y del Tormes

El Barco de Avila es una de las más gratas y francas puertas de Gredos en la que no se debe entrar sin más, antes hay que rodear la población siguiendo los restos de la muralla, viendo el magnífico castillo y luego, tras cruzar el río por el puente del XIX y ver la capilla del Cristo, entrar en El Barco por su soberbio puente



fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

medieval, encontrándose enseguida con su iglesia mayor de porte catedralicio y con una plaza porticada irregular, nada académica, pero amplia y acogedora como pocas. Además hay casas, fachadas, aleros, escudos, balcones que bien merecen ser descubiertos según se recorre calmada y tranquilamente sus mesones, qué no todo ha de ser arquitectura.

La iglesia parroquial es ejemplar de la recia arquitectura característica de las tierras de Ávila, está lejanamente inspirada por la catedral, y tiene tres naves y triple cabecera con fuertes capillas poligonales. El crecimiento de sus naves laterales

llevó a configurar una peculiar iglesia salón (luego fue preciso, una vez más, recrear también su potente campanario). Ya del XVI son los añadidos del lado del evangelio. En su interior destacan las rejas de su triple presbiterio, una hermosa virgen renaciente que está en la órbita de Felipe de Bigarni, un dramático y espectacular Cristo (se le llamaba el Cristo Negro, pero una reciente limpieza ha acabado con el rastro del humo de las velas y con el nombre) y un pequeño y sugerente museo.

Alguna vez he dicho que el de El Barco es puente que cumple con sobrada galanura con su obligación



foto: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOWIA

CASTILLO DE MOMBELTRÁN

de unir las dos orillas que separan el amplio cauce del Tormes. Estribado firmemente en sus orillas el puente se duplica en las aguas, marca el camino a la cercada villa, es una de las piezas más singulares de su patrimonio arquitectónico y como cruce de cañadas la que mejor explica el pasado esplendor barcense. En sus 140 metros de largo tiene ocho ojos y seis tajamares de desiguales dimensiones y trazado, que debe datarse hacia 1300 y que estilísticamente hay que considerar, por sus formas y la citada fecha, como gótico.

Hacia oriente, en lo alto y unido a las murallas, el castillo de Valdecorneja, que tiene el nombre del señorío que fue de la Casa de Alba y comprendía El Barco, Piedrahíta, El Mirón y la Horcajada, data del siglo XV y tiene fuerte torre del homenaje de planta rectangular como privilegiado observatorio sobre Gredos. Es de planta rectangular, con torres redondas en los ángulos, y similar al de Arenas de San Pedro y al desaparecido de Piedrahíta. Su interior está vacío, pero parte de sus arquerías están reutilizadas en una casa de la plaza mayor,

9. Mombeltrán: El castillo del barranco de Cinco Villas

Cuatro pueblos con el apellido del Valle (Santa Cruz, Cuevas, San Esteban y Villarejo) y Mombeltrán, forman el barranco de Cinco Villas. Todos tienen un emplazamiento envidiable y una arquitectura monumental y popular de primer orden, destacando la capital del barranco en la que debe entrarse sin

prisa alguna para sentir lo que fuimos, andar con cuidado estas calles, entrar en silencio en el templo, y subir hasta lo más alto del castillo y recorrer visualmente los montes y pueblos del barranco, buscando en la memoria los datos de aquel don Beltrán de la Cueva del siglo XV que dio su nombre al antiguo Colmenar de las Ferrerías.

La iglesia domina casi todo el caserío y aunque su capilla mayor es del XIV, lo fundamental es del XV. Su disposición sobre un talud explica en parte su forzada planta con capilla mayor poligonal en lo interior y presbiterio con cañon apuntado y cuerpo de iglesia corto sobre pilares ochavados y coro a los pies, al que se le adosaron desorganizadamente múltiples capillas. Al exterior la cabecera es cuadrada y acaba en fuerte torre.

En la amplia plaza de la Corredera está el hospital de San Andrés fundado en 1510 por Rui García Manso y Vivanco (en el Archivo Municipal se conserva su documentación) con fachada renaciente de sillería, con dos cuerpos y estriadas columnas, de la primera mitad del XVI. El hospital fue muy reformado a fines del XVIII (1797), añadiéndole un tercer piso con galería.

Fuera del pueblo, con bizarro porte y magnífico emplazamiento, está el castillo de don Beltrán de la Cueva, primer duque de Alburquerque y valido de Enrique IV (la leyenda, no la historia, le atribuyen la paternidad de la princesa Juana, llamada la Beltraneja), en cuya construcción debió de participar Juan Guas entre 1462 y la década de 1470. Tiene aún una fuerte barrera, cuatro torres en los ángulos (muy interesante

el interior de la del Homenaje) y patio, del que quedan las arquerías. El forrado de la barrera y su galería intramuros es obra posterior, hecha entre 1510 y 1516, como la barbacana de la actual entrada. Las torrecillas de esa entrada, su puerta y escudos, la nueva puerta que frente a ella se abre en el interior del recinto y las galerías del patio son de tiempos del XI Duque de Alburquerque, entre 1734 y 1757.

10. Arenas de San Pedro: del gótico al neoclásico cortesano

La arquitectura monumental de Arenas tiene dos piezas medievales y góticas, la parroquia y el castillo en el centro de la población, y otras dos cortesanas y neoclásicas, el palacio y el santuario alcantarino en las afueras.

La iglesia gótica, con pequeña cabecera, tres naves y coro, conoció dos impulsos constructivos (XIV y finales del XV), y tiene una muy buena torre de mediados del XVI, obra de Lucas Giraldo y Juan Rodríguez. El castillo, de planta casi cuadrada tiene ocho torres, redondas y huecas las de los ángulos y rectas y macizas las de los lienzos, más el consabido homenaje, fue construido entre 1395 y 1422 por Ruy López Dávalos, Condestable de Castilla y Corregidor de Ávila, que timbró con sus armas el homenaje, puerta y poterna. Caído en desgracia, Arenas y su castillo pasan al conde de Benavente, siendo la dote matrimonial de su hija Juana, cuando casó con el valido Don Álvaro de Luna. Tras el ajusticiamiento de Don Álvaro, el castillo será conocido como el

de la Triste Condesa, en recuerdo de doña Juana de Pimentel, que aquí se encerró tras la ejecución de su esposo y resistió el asedio de sus enemigos, organizando episodios de aire novelesco, pero ciertos, como la entrada furtiva y nocturna de Íñigo López de Mendoza para casar y consumar casamiento con doña María de Luna, la hija del valido, que el Marqués de Villena y el rey querían casar con el hijo del último. Después la viuda mando al rey una misiva diciéndole que su hija estaba preñada y de esta manera figurábase que no la querría el de Villena para mujer de su hijo.

En lo alto de Arenas está el palacio que hizo construir el infante Luis de Borbón, hermano de Carlos III, cardenal y arzobispo a los siete años, que supo que ni el celibato ni la castidad eran lo suyo y escogió Arenas como lugar de residencia cuando el monarca condicione la autorización real para su deseado matrimonio con María Teresa Vallabriga a que residiese fuera de la Corte y Sitios Reales. Fue el palacio sede de una segunda corte, en la que destacaron Bocherini y Goya. Domingo e Ignacio Thomás realizan, respectivamente, la traza y fachada del palacio que debe estar de alguna manera inspirado por Ventura Rodríguez, en el que destaca la elegante portada que da acceso a través de un cuadrado zaguán a una escalera imperial que articulaba todo el palacio. Únicamente se hizo medio proyecto, más una valiosa casa de oficios y un gran jardín del que apenas quedan parterres y memoria.

Fuera de la población fundó San Pedro de Alcántara en 1560 el convento franciscano junto a la iglesia de San Andrés del Monte, que ya en 1587 fue ampliado



Fotografía: RAIMUNDO MORENO BLANCO

y al que en 1618 se le adosó una primera capilla de reliquias. En 1755 y con planos de Ventura Rodríguez y con fray Vicente Extremera en un papel que recuerda al de Antonio de Villacastín en El Escorial, comienza la obra de la capilla real, tan cercana a la capilla que a modo de templete levantó en el Pilar zaragozano, y cuyo interior redecorará Sabatini con aire barroco. Su desornamentado exterior ya casi es neoclásico, pero el interior aún es barroco, con cruz de cortos brazos y planta central octogonal con columnas y pilastras de mármol y estuco, más cúpula y linterna y en el altar el relieve del sepulcro del Santo que es obra de Francisco Gutiérrez. Los años de construcción de la capilla fueron los del paso de uno a otro estilo y por ello el monumento tiene algo de ambos.

SANTUARIO DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA. ARENAS DE SAN PEDRO

Gredos es la



Gran Vía

JOSÉ PULIDO NAVAS

Al menos eso puede parecer a cualquier observador que se detenga ante la historia de este macizo montañoso, el más alto del Sistema Central, que alza sus cumbres por encima de los dos mil metros de altura. Centro y eje de la Península Ibérica, por él han pasado Vetones y Lusitanos, Cartagineses y Romanos, Visigodos, Moros y Cristianos... Todas las sangres y creencias, todas las gentes que han poblado, comerciado, hecho el amor y la guerra en la vieja piel de toro, pasaron en una trashumancia inmemorial por estas montañas que Miguel de Unamuno definió como corazón de la España inmortal y que uno, más prosaico, califica de Gran Vía de nuestra historia.

Una Gran Vía por la que han paseado guerreros y pastores, reyes y plebeyos, escritores, místicos, cazadores... Un insistente destino o un desconcertante magnetismo les atrajo a este territorio que delimita un espacio de leyenda. Gredos es *la montaña*, el arquetipo, un lugar mágico, un santuario espiritual, un *chacra* de energía telúrica... y hasta un género literario que

dejó su impronta en todos aquellos que la transitaron. Es Naturaleza e Historia. Realidad y Ficción. Piedra y Tótem.

Nada más empezar, Gredos ya se vuelve historia y leyenda. Allí, al pie de la montaña, los toros de Guisando parecen pastar la eternidad. Estas misteriosas esculturas zoomorfas fueron talladas en granito por el pueblo celta de los Vetones y no se sabe si son dioses protectores del ganado o mojones tutelares de caminos y de viejas rutas ganaderas. Esculpido en una sola pieza, presentan unas respetables dimensiones; aproximadamente un metro

y medio de altura por dos metros setenta centímetros de largo y ochenta centímetros de ancho. El Padre Juan de Mariana sostiene que fueron un monumento conmemorativo del triunfo de Julio César sobre Sexto Pompeyo, hijo de su rival Pompeyo, durante la guerra civil que enfrentó en Hispania a los dos grandes generales romanos. Parece que en principio eran cinco, y así permanecieron hasta tiempos de don Miguel de Cervantes. Luego, uno de ellos desapareció.

Los toros de Guisando son testigos del pasado más primigenio y de un momento estelar en la historia



de la España moderna. Ante ellos, en la denominada Venta Juradera, se selló el 19 de septiembre de 1468 el pacto entre Enrique IV y su hermana Isabel por el que ésta fue nombrada heredera de la Corona de Castilla. Paradojas de la vida y de la muerte, por aquellos mismos parajes pasaría años después, en 1504, la comitiva fúnebre con su cadáver, camino de Granada, la ciudad que eligió para su descanso eterno. Cuentan los cronistas que los elementos parecieron sumarse al duelo por la muerte de la gran reina: «diluviando traspasaron los puertos entre rayos y truenos dejando atrás Arévalo, Cardeñosa, Cebreros y Toledo». La misma ruta entre Ávila y Toledo que seguramente

siguió Lazarillo de Tormes y por la que pasaron Santa Teresa de Jesús hacia sus fundaciones de Castilla la Nueva y Andalucía, y San Juan de la Cruz, camino de su prisión. Por los mismos pagos anduvieron en aquel prodigioso siglo los canteros de Mingorría que tallaron los sillares de granito del Monasterio del Escorial para el rey Felipe II. Herederos de los maestros de la piedra vetones que esculpieron dos mil años antes los toros de Guisando.

Enseguida la sierra se eleva y asciende a los dos mil metros, con cimas como la Escusa, el Alto de Lanchamala y los picos del Cabezo, o se abre al



paso en el puerto de Serranillos, donde comienza el Parque Regional de la Sierra de Gredos. La cordillera se recoge en la magia del castañar del Tiemblo y los bosques del Valle de Iruelas, se mira en las limpias aguas del Alberche, en los serenos espejos del embalse del Burguillo y se alegra con los viñedos de Cebreros y Navaluenga, desde siempre tierras de buen vino. Lope de Vega, el Fénix de los Ingenios, anduvo en tiempos por el Valle del Alberche, cuando era secretario personal de don Pedro Dávila, señor de Villafranca y las Navas. Aquella estancia le inspiró una serie de romances dedicados a la Pasión de Cristo, que publicó en su volumen de Rimas Sacras y los vecinos de Navaluenga recitan a modo de piadosa competición en la Procesión de los Piques, la tarde de Jueves Santo.

Apenas avanzamos unos kilómetros en nuestro itinerario de Este a Oeste y los bosques de pinos, los berrocales, los pequeños pueblos, se nos antojan un transitado cruce de caminos, una venta quijotesca por la que desfila una insospechada galería de personajes. En las Navas del Marqués, verano de 1917, dos jóvenes veraneantes, de familias acomodadas coinciden y se hacen amigos. Se llaman Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre. Enseguida simpatizan. Son dos ávidos lectores y Dámaso le presta a Vicente un tomo de poesías de Rubén Darío que leyó con fruición y despertó en él un profundo interés por la poesía, que hasta entonces había ignorado. Lecturas, excursiones de los dos amigos y versos para siempre. La generación del 27 tuvo aquí un precedente que después florecería en la mítica Residencia de Estudiantes.

Otro de los poetas del 27, Luis Cernuda, vivió experiencias seguramente inolvidables por los caminos de Gredos. Cernuda participó en las Misiones Pedagógicas con las que la República trató de llevar la cultura y el arte a los lugares más recónditos del país y vino aquí en 1932. Formaba parte de la sección de cine y explicaba las grabaciones de cuadros del Museo del Prado, seleccionados por Ramón Gaya. Fotografías y testimonios de sus compañeros recuerdan a un joven Cernuda a lomos de caballería por Serranillos o Burgohondo. Quiliano Blanco, uno de aquellos ejemplares maestros republicanos entregados en cuerpo y alma a la educación, recordaba a «Cernuda, el poeta, agarrado con ambas manos a la albarda de su jumento, mira la cumbre que se nos acerca y el barranco que se va haciendo más hondo».

Si seguimos río arriba por el Valle del Alberche llegaremos a Navalsauz, entre los puertos de Menga y el Pico. Hasta allí viajó Rubén Darío para conocer el pueblo natal de Francisca Sánchez, la joven abulense que convirtió en su compañera y madre de sus hijos; la dulce Tataya con la que compartiría el resto de su vida. Darío cuenta su viaje desde Ávila capital hasta el Alto Valle del Alberche en el artículo titulado *Una fiesta campesina*. En algunos de sus poemas de los Cantos de Vida y Esperanza el lector puede adivinar las impresiones que dejaron en el poeta estas tierras y su gente.

Por la cara sur, la que da al Valle del Tiétar, la Andalucía de Ávila, de clima mediterráneo, en la que



foto: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

prosperan el olivo y el naranjo, el tabaco y el pimiento, el tránsito no es menor. Ciro Bayo y los hermanos Pío y Ricardo Baroja, emprendieron en 1906 un viaje a pie por Gredos, acompañados de Galán, un sufrido y tranquilo asno encargado de transportar las provisiones. Los viajeros transitaron por Sotillo, la Adrada, Piedralaves, Casavieja, Mijares, Gavilanes, Pedro Bernardo, Lanzahita, Arenas de San Pedro, Guisando, Poyales del Hoyo, Candeleda y el santuario

serrano de la Virgen de Chilla, para adentrarse en la Vera cacereña, camino del Monasterio de Yuste, donde se retiró a esperar la muerte el emperador Carlos I de España. Del viaje de los hermanos Baroja y de Ciro Bayo, quedaron como testimonio las novelas *El Viajero Entretenido*, escrita por éste último, y *La Dama Errante*, de Pío Baroja, además de una serie de grabados y aguafuertes de Ricardo Baroja inspirados en los apuntes que tomó durante la expedición.



fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

Llegamos al Puerto del Pico, lugar de paso de las rutas de la Trashumancia. La calzada romana, construida en el siglo I o II antes de Cristo, ha sido durante milenios el paso obligado de los grandes rebaños de ovino y de vacuno que trashuman desde las dehesas extremeñas o castellanas a los frescos pastos de la montaña. Un tránsito que probablemente ya hacían los ganaderos vetones y que la Mesta convirtió durante la Edad Media en una ruta económica de primera magnitud. Un poder que ni los reyes osaron desafiar. La calzada arranca de Mombeltrán. Este precioso pueblo del Barranco de las Cinco Villas y su airoso castillo, reciben el nombre de Don Beltrán de la Cueva, su señor, de quien las malas lenguas decían era el auténtico padre de Juana *La Beltraneja*, la hija del rey Enrique IV y rival de Isabel la Católica en sus aspiraciones al trono de Castilla. Tozudas casualidades.

Unos kilómetros más al oeste llegamos a Arenas de San Pedro. Su castillo fue parte de la dote del conde de Benavente para su hija, doña Juana de Pimentel, en su matrimonio con don Álvaro de Luna, durante años el hombre más poderoso de Castilla, hasta que su amigo y protector, el rey Juan II, ordenó su decapitación. Su viuda, la Triste Condesa, se encerró en el castillo, que desde entonces lleva este nombre, para llorar la muerte de su esposo. Cuentan, y uno juraría que es cierto, que en las torres del castillo se escuchan todavía los sollozos de doña Juana.

Arenas de San Pedro es lugar de amores contrariados. Allí fue desterrado el infante don Luis de Borbón, hermano del Rey Carlos III, como castigo por su matrimonio morganático con la joven María Teresa de Vallabriga. La muchacha no era de sangre real y oficialmente el Rey repudiaba este enlace. Pero



foto: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

había gato encerrado, y muy peligroso, en este caso. La boda beneficiaba a Carlos III, porque si don Luis hubiera contraído matrimonio con una princesa de

sangre real, los hijos de esa unión hubieran tenido preferencia sobre los suyos, que habían nacido en Nápoles, para heredar el trono de España. El destierro

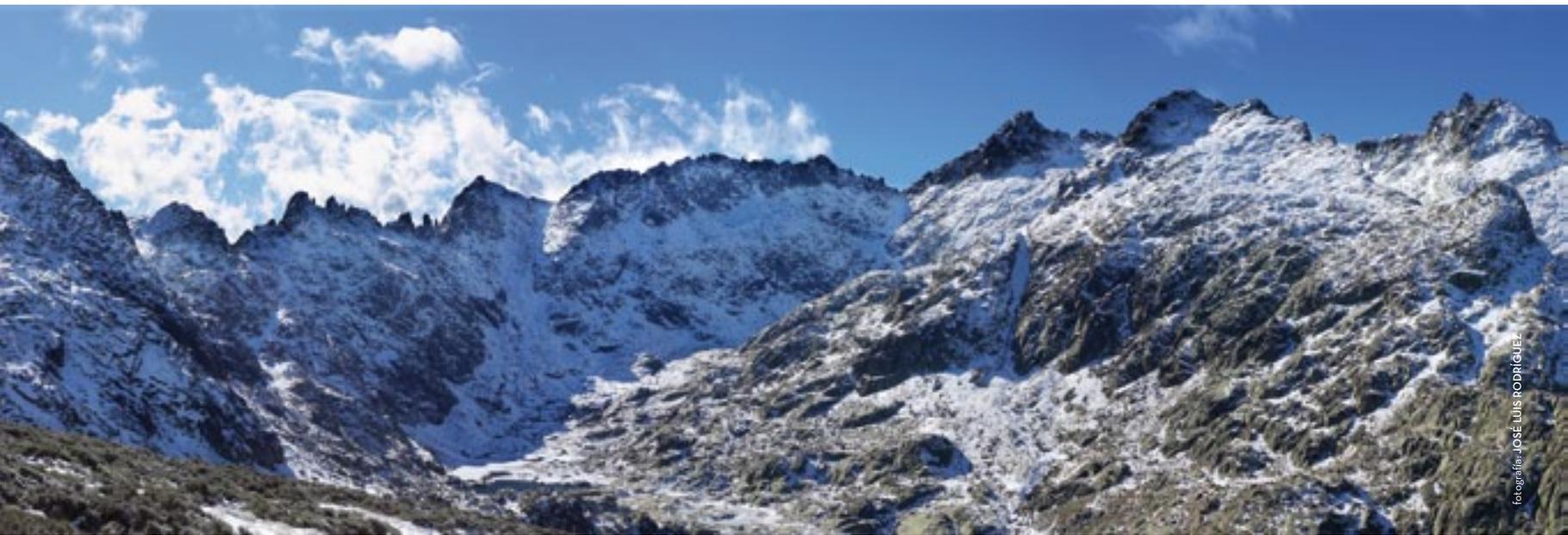
era la mejor manera de evitar complicaciones dinásticas. Don Luis no volvió a Madrid. La historia podía, una vez más, haber sido otra.

El Infante construyó un palacio a imitación del Palacio Real de Madrid con planos de Ventura Rodríguez y se rodeó de una pequeña corte de artistas e ilustrados. Un joven Francisco de Goya pintó durante sus visitas no menos de 17 cuadros y el compositor Luigi Bocherini pasó también largas temporadas en el Palacio.

No podemos terminar esta pequeña excursión por Arenas de San Pedro sin recordar al santo que le dio su nombre: San Pedro de Alcántara. Ermitaño

y místico de severo ascetismo, ejerció una gran influencia sobre Santa Teresa de Jesús, a la que aconsejó y apoyó cuando fundó el convento de San José. Fundador él mismo de un convento en los bosques próximos a Arenas, de una austeridad y pobreza absolutas, que sin duda inspiraron el rigor de la reforma carmelita.

Pasado el Puerto del Pico la sierra vuelve a ascender y llegamos al corazón de Gredos, al gran circo de origen glaciar alrededor del cual se alzan las cumbres más poderosas de la sierra, con el Pico del Almanzor como el punto más alto de todo el Sistema Central con 2.596 metros de altura. El nombre de esta montaña es en sí otra leyenda. Cuentan que



fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

tras una de sus incursiones en los reinos cristianos, el caudillo musulmán atravesó la sierra y unos lugareños le hablaron de la existencia de una laguna, seguramente la Laguna Grande, en cuyas insondables profundidades se originaban devastadoras tormentas. Guiado por ellos, Almanzor subió a la montaña para comprobar la verdad de lo que le decían y desde entonces llevó su nombre. Leyenda o no, parece documentado que Almanzor pasó por el Puerto del Pico en el año 981 tras la campaña contra Zamora y Simancas, camino de Córdoba, siguiendo viejas rutas guerreras por las que pasaron el cartaginés Aníbal y el lusitano Viriato en su lucha contra los romanos.

Coronado el Almanzor, si atravesamos la Portilla de los Cobardes, llegamos al Venteadero, un excepcional mirador cuyos paisajes inspiraron a Miguel de Unamuno, quizá el poeta que mejor ha comprendido la condición de Gredos como santuario espiritual y telúrico que atrae a los hombres y su historia.

«Solo aquí, en la montaña,
solo aquí con mi España
-la de mi ensueño-
cara al rocoso gigantesco Ameal,
aquí mientras doy huelgo a Clavileño,
icon mi España inmortal!».

Al norte del Venteadero se alza la cabeza de la Galana y a sus pies el impresionante circo de las cinco lagunas. Y entre las altas cumbres de la cordillera, majestuosas e indómitas, contemplamos los rebaños de la Cabra de Gredos, la Capra Hispánica. Este animal es el auténtico tótem, el símbolo vivo de la

sierra, la pieza más codiciada de caza mayor en la Península Ibérica. Hay en Gredos una riquísima variedad de mamíferos, aves, anfibios y reptiles, incluso endemismos que no se dan en ninguna otra parte del mundo, pero la Cabra es distinta. Es más Heráldica que Biología. Estuvo a punto de extinguirse y a comienzos del siglo XX apenas quedaban unas decenas de ejemplares; fue la afición a la caza del rey Alfonso XIII lo que la salvó. En 1905 se constituyó el Coto Real de Caza, que en 1932 pasó a denominarse Coto Nacional. En 1970 se creó la Reserva Nacional de Caza la Sierra de Gredos, que en la actualidad es competencia de la Junta de Castilla y León. La Reserva controla y regula la caza de la especie, cuya población asciende a unos 7.000 individuos; afortunadamente muy lejos de la extinción.



Por estos parajes, pasó otro impenitente viajero: Camilo José Cela. El futuro Premio Nobel vagabundó por la sierra de Gredos y descendió por la cara sur hasta el pueblo de Candeleda. Cuenta sus peripecias en el libro *Judíos, Moros y Cristianos*. Del paisaje de la zona dice que «En Candeleda se cría el tabaco y el maíz, el pimiento para hacer pimentón y la judía carilla, sabrosa como pocas...En los balcones volados de Candeleda crecen el geranio y el clavel, la albahaca y el botón de la rosa francesilla, el fragante dondiego, que unos nombran dompedro y otros dicen donjuán.» El vagabundo pasó seguramente por el santuario de Chilla, un lugar en el que se adivina la sucesión de ritos religiosos desde la España prerromana hasta el Cristianismo. Allí la Virgen se apareció al pastor Finardo y le mandó que se construyera un templo en su honor. Chilla es el centro de la devoción de los pueblos del sur de Gredos y hasta de las zonas limítrofes de las provincias de Toledo y Cáceres.

Otro inquieto novelista y viajero, Ernest Hemingway, quedó prendido del embrujo de la sierra de Gredos. Hemingway escribió: «Procedo de Barco de Ávila, Cooke City, Montana, Oak Park, Illinois, Key West, Florida, de aquí (Finca Vigía, Cuba) el Véneto, Mantua, Madrid. Demasiados lugares». Algo muy grande tuvo que conmover el corazón de don Ernesto, porque el Barco de Ávila es la primera mención de una serie de lugares entrañables para él. Oak Park, por ejemplo, es el pueblo donde nació, y en Finca Vigía tuvo su casa de Cuba. La profesora Sonsoles Sanchez-Reyes ha documentado en su trabajo *La ruta de Ernest Hemingway* su vinculación con el Barco. El escritor ya lo hizo en su novela *Por quien*

doblan las campanas. Anselmo, el jefe de la partida de guerrilleros a la que se une el protagonista, Robert Jordan, es de Barco de Ávila y Gredos el santuario en el que confían refugiarse cuando cumplan su misión en plena Guerra Civil española. Que el autor conocía Gredos lo demuestra precisamente un error. En la novela se habla de una garra de oso clavada en la puerta de la iglesia del Barco. La cita no es exacta, la memoria le jugó una mala pasada; pero no lejos del Barco, en la puerta de la iglesia de Navacepeda, sí hay una pata de oso. No andaba desencaminado don Ernesto. Andrés Sorel retoma la anécdota en su novela *La noche en que fui traicionada* y cuenta cómo Aurelio, ficticio guía de Hemingway, narra al norteamericano la cacería del mutilado oso. Por el Barco de Ávila anduvo el dramaturgo Jose María Rodríguez Méndez y allí se inspiró para escribir *El pájaro solitario*, sobre la prisión y fuga de San Juan de la Cruz de su cárcel toledana. Ya saben lo que pueden hacer los artistas que andan escasos de ideas.

Cerca del Barco de Avila, al pie de la Peña Negra y en la cabecera del Valle del Corneja, la villa de Piedrahita es otro punto esencial de nuestro viaje. En ella tuvo sus orígenes la Casa de Alba, el linaje por excelencia de la nobleza española. El ducado de Alba se fraguó con Garcia Alvarez de Toledo, quien recibió de Enrique II los señoríos de Cabañas, Jarandilla, Oropesa, Tornavacas y Valdecorneja por su ayuda en la guerra contra su hermanastro don Pedro I por el trono de Castilla. Su hermano Fernando fundó un mayorazgo con estos dominios y con categoría de condado, que el rey Enrique IV elevó a la categoría de ducado. El tercero de la dinastía, don Fernando

Álvarez de Toledo, fue el Gran Duque de Alba por antonomasia, el brillante general al servicio de Carlos I y Felipe II, cuya memoria no es especialmente grata en los Países Bajos. Don Fernando nació en Piedrahita y tuvo como preceptores a Juan Boscán

y Garcilaso de la Vega, que le dedicó a su linaje la Segunda Égloga. En Piedrahita los Duques de Alba construyeron un Palacio de estilo neoclásico que acogió a los más brillantes artistas y representantes de la Ilustración española de finales del siglo XVIII,

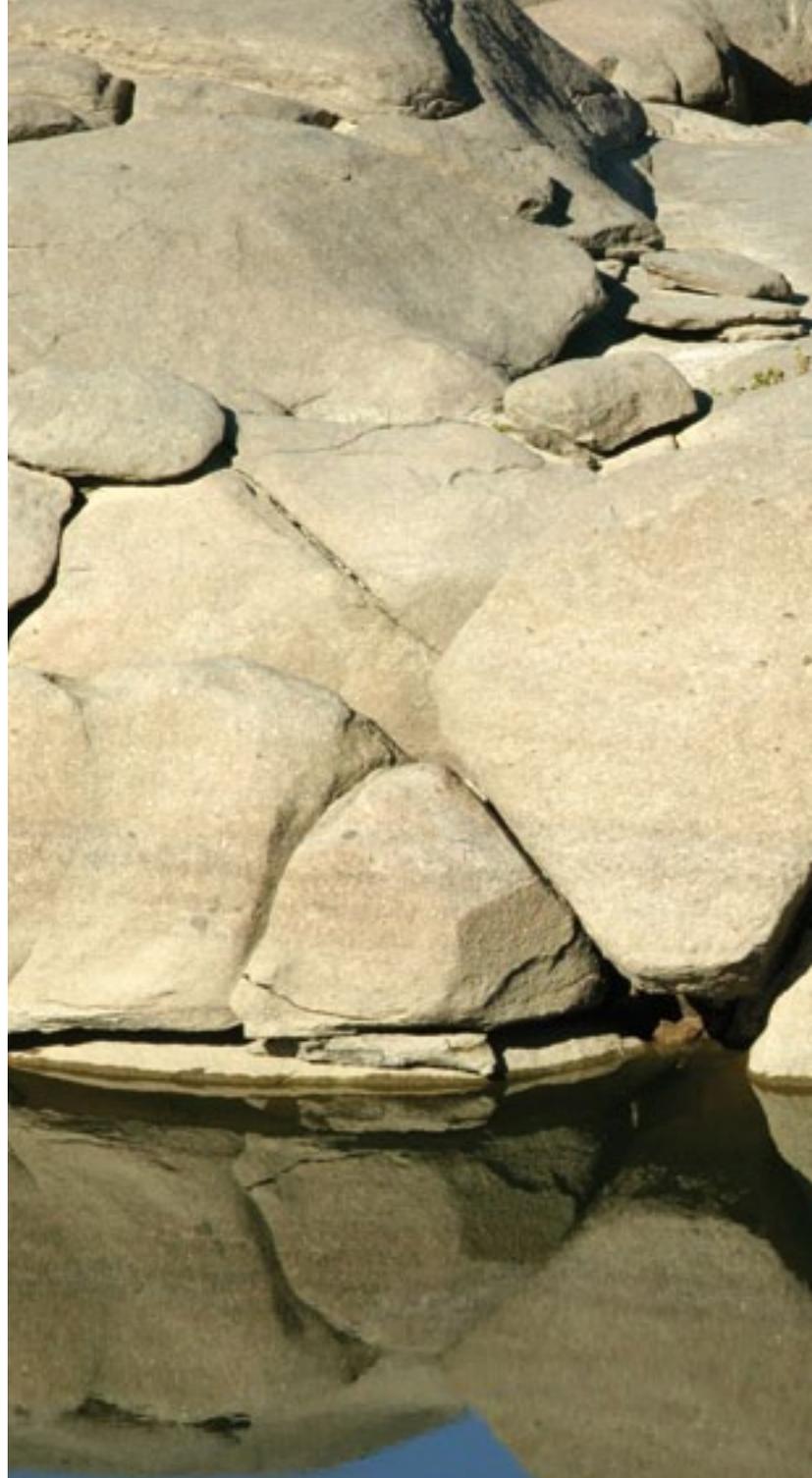


Fotografía: JOSÉ LUIS DÍAZ SEGOVIA

congregados por la fascinante figura de la Duquesa de Alba. El pintor Benjamín Palencia, en Villafranca de la Sierra, se enamoró de aquellos mismos paisajes que luego reflejó en sus cuadros...

El hilo de Ariadna que nos guía en este laberinto tiene visos de no acabar nunca y la sierra se nos termina. En el puerto de Tornavacas, en la cabecera del Valle del Jerte, concluye el Macizo Central de Gredos y empiezan las sierras de su parte occidental, bajo el nombre genérico de Sierras de Béjar, ya en tierras de Salamanca y Cáceres. Por Tornavacas pasó el emperador Carlos I de España y V de Alemania, el hombre más poderoso de su tiempo, camino de Yuste, buscando un lugar donde olvidar la gloria y prepararse para morir. Ese lugar tenía que estar en Gredos y cerrar un ciclo que comenzaba en los Toros de Guisando, cuando su abuela, aquella joven y ambiciosa princesa Isabel, se lanzaba a la conquista de un trono.

Es hora de abandonar esta plaza abierta, esta tumultuosa avenida de los siglos y cerrar por el momento su interminable historia. Cuando el lector lo desee puede volverla a abrir y seguro que hallará nuevas sorpresas. Quedamos en que Gredos es un espacio mágico. Quien conoce la montaña sabe que basta con que ella nos llame y nos pongamos en marcha.







JESÚS M^a TERCIADO VALLS

A propósito de Ávila una tierra con potencialidades

Geografía y Demografía

Una provincia que está situada en el centro de España, ubicada en la periferia de la Comunidad de Castilla y León. Limita al norte con la provincia de Valladolid, al sur con las de Toledo y Cáceres, el este con Segovia y la Comunidad de Madrid y al oeste con Salamanca.

Tiene una extensión de 8.048 km. cuadrados y su nombre viene de *Óbila*, montaña alta, denominada así por los vetones, uno de los primeros pueblos que la habitaron. Pero no serían los únicos, luego llegaron los romanos, después los visigodos, los musulmanes y luego, la Reconquista. En la actualidad, vivimos un total de 171.896 personas, a razón de 21,3 habitantes por kilómetro cuadrado.

Una densidad de población, sin duda, baja que se acentúa aún más en la zonas rurales repartidas en 248 municipios. Aún así, Ávila ha sabido integrar los flujos migratorios de los últimos años, y a día de hoy residen en nuestra provincia 15.288 personas extranjeras. En su mayoría, 5.247, provenientes de otros países de la Unión Europea. Le sigue en número la comunidad iberoamericana que suma 4.979 personas, la africana con 3.863 personas y la asiática con 237. Aunque también se han instalado con nosotros 21 de América del Norte, 3 de Oceanía, etc.

Entre todos, nacionales y extranjeros, sumamos 53.691 afiliados a la Seguridad Social.



De los 248 municipios, la gran mayoría, 138, pertenecen al intervalo de población que oscila entre los 100 y los 500 habitantes; 6 al de 1.001-2.000 hab.; 10 al de entre 2.001-5.000 habitantes; y 4 al de entre 5.001-10.000. También hay 64 pueblos que tienen menos de 101 habitantes.

Así, no es de extrañar que el crecimiento vegetativo en los últimos doce años haya sido negativo, es decir, se han producido más defunciones que nacimientos.

En 1999, el saldo negativo entre ambas variables fue de -805 y diez años después, en 2009, era de -291, ligeramente inferior pero aún en valores negativos

que frena, de un lado el crecimiento de población y de otro, evidencia aún más, el envejecimiento actual y de cara a los próximos años de nuestra población. En 2010, la pirámide de población de Ávila poco o muy poco ha variado. De tipo regresivo, muestra que la franja de población más numerosa tiene entre 40 y 54 años.

A ello hay que añadir otro fenómeno, el de las migraciones interiores que, entre otras cosas, significa que en 2008, por ejemplo, abandonaron la provincia 4.656 personas.



Actividad Económica, Crisis e Indicadores Económicos Provinciales

Si nos referimos a las licitaciones oficiales por obra, en miles de euros, si en 2006 el total alcanzaba los 171.402 en 2008 descendía hasta las 116.360. Para alcanzar, un años después, en 2009, un total 158.819. Todo ello, evidencia que en Ávila hemos sufrido y aún seguimos sufriendo las consecuencias de la recesión económica y el ya conocido y padecido

desplome del sector de la construcción. Uno de los sectores con mayor peso en el PIB español; precisamente, uno de los indicadores económicos que mejor reflejan la calidad de vida de cualquier país.

Hablando ahora sobre la dimensión de algunos sectores económicos abulenses, y centrándonos en el Comercio, diremos que en 2009, había registradas un total de 2.124 actividades comerciales generales y un total de 1.298 dedicadas a la alimentación. De éstas, 1.163 responden al tipo de comercio tradicional y el resto, 135, a supermercados. En Ávila,



no existe ninguna empresa comercial que responda al modelo de Grandes Almacenes, y tan solo hay dos superficies comerciales hipermercados.

En cuanto a actividades derivadas de los recursos naturales de nuestra provincia, podemos decir que en este ranking contamos con el parque regional de la Sierra de Gredos (86.394 hectáreas) y la Reserva Natural del Valle de Iruelas (8.619 ha), siendo ambos espacios naturales que concentran una actividad turística emergente.

Sin obviar el peso y la fortaleza del Turismo Religioso ligado a Ávila a través de las figuras de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, exponentes de la religiosidad y el misticismo a nivel mundial. En esta línea, se enmarca los centros dedicados al estudio y la investigación de estas grandes figuras como pueden ser la Universidad de la Mística o el Centro Internacional Teresiano Sanjuanista.

Son muchos los lugares propuestos de interés comunitario: Cerro de Guisando, Campo de Azálvaro-Pinares de Peguerinos, Encinares



de Sierra de Ávila, Encinares de los Ríos Adaja y Voltoya, Pinar de Hoyocasero, Pinares de Bajo Alberche, Riberas del Río Alberche y afluentes, Sierra de Gredos, Sierra de la Paramera y Serrota, Valle de Iruelas y Valle del Tiétar.

De gran tradición agrícola y ganadera, la superficie cultivada del campo abulense ronda entre las 163.700 hectáreas de secano, 29.200 de regadío sumando un total de 184.800 hectáreas. Además, hay 233.300 hectáreas de pastos de secano y otras 17.600 hectáreas de regadío.

En Ávila cultivamos, sobre todo, cebada, trigo, maíz, remolacha azucarera, la uva de transformación y el olivar de aceituna de almazara.





Fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

En 2008, hemos producido 105.413 toneladas de trigo, 333.933 de cebada, 11.080 de avena, 28.835 de centeno y 8.484 de maíz.

Respecto al censo de animales correspondiente al bienio 2007-2009, el grupo más numeroso es el ovino con 254.914 cabezas; seguido del bovino con 216.756 cabezas, el porcino con 133.004 y el caprino con 69.786.

Comercio Exterior, Comunicaciones y Empleo

Si trascendemos nuestras fronteras, vemos que en el periodo comprendido entre 2002 y 2009, descendió el volumen de importaciones abulenses, en concreto de 77.032.000 euros a 56.660.000 euros, alcanzando la cifra más elevada en 2007: 118.998.000 millones de euros.

Idéntica situación encontramos en la venta al exterior. En el mismo periodo, de 2002 a 2009,



también descendió la capacidad exportadora y, por tanto, su valor, pasando de los 199.839.000 euros a los 110.0120.000 euros, si bien a lo largo de este periodo, el grueso de las exportaciones abulenses lo constituyen los productos agropecuarios.

La gran mayoría de nuestras ventas al exterior se dirigen a Italia, al Reino Unido, Portugal y Bélgica, aunque, exportamos a un total de 27 países.

Todo ello a pesar de que es una de las provincias de Castilla y León que menos Autovías y Autopistas tiene y el mayor nivel de inversión en nuestra red de carreteras, entre 2007 y 2009, ha sido realizado por la Diputación Provincial.

No obstante, el parque total de vehículos se ha incrementado en este mismo periodo de 93.558 a 122.259.

Aún con todo, el nivel de empleo en nuestra provincia, refleja la mala situación económica que atraviesan muchas de nuestras empresas en los últimos años. En la actualidad, la tasa de paro en la provincia de Ávila alcanza el 20,42 % (Según los datos del Ministerio de Trabajo e Inmigración referidos a abril de 2011). De hecho, entre el año 2000 y el 2009 el número total de personas desempleadas casi se ha doblado, pasando de las 7.141 a las 12.087. Cifra esta última que ha seguido incrementándose hasta alcanzar las 15.256 contabilizadas en abril de 2011.



fotografía: JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

No es de extrañar si se tiene en cuenta que en 2010, el número de empresas creadas en Ávila ha sido el más bajo de los últimos años. Se constituyeron 153 sociedades mercantiles, 5 menos que en 2009, pero menos de la mitad que hace tres años, cuando se impulsaron 369. Eso sí, el capital suscrito de las constituidas en 2010 supera los 4,4 millones de euros, un millón más que en 2009.

Potencialidades, Expectativas y Futuro

Parece evidente, que las debilidades estructurales de Ávila, son a un mismo tiempo generadoras de otras oportunidades, que vienen a ser la cara y la cruz de una misma realidad, no siempre, negativa. La baja densidad de población convive con un nivel muy alto de solidaridad y hospitalidad entre las gentes de Ávila que han integrado en su cotidianeidad a personas de tan diferentes nacionalidades y culturas. De hecho, Ávila es una de las ciudades más seguras y con menor índice de delincuencia de España.

Su patrimonio histórico, no tiene competencia, sus recursos naturales tampoco, su gastronomía aún menos, pero, sin embargo, el estar en la periferia de la Comunidad y la desvinculación con la Alta Velocidad hacen que poco a poco Ávila pierda

competitividad y atractivo para las inversiones, tan necesarias a medio como a largo plazo para crear empleo, riqueza y bienestar en una sociedad que no queremos que emigre a otras ciudades con mayores oportunidades.

Una reivindicación, si se puede llamar así, histórica de la Confederación, la búsqueda incansable por mejorar las condiciones del tejido empresarial avulense, de una forma transversal. Luchando por la Interlocución, sí, pero también por la representatividad, la cercanía ha incrementado la voz y el voto de CONFAE en las cuestiones políticas y sociales; haciendo crítica unida a la proposición de soluciones, apostando por la mejora continua de nuestros servicios: formación, calidad,

medio ambiente, seguridad, innovación, nuevas tecnologías, sectorialización de intereses y demandas, expansión a todas las zonas de Ávila, apoyo de los sectores estratégicos desde la colaboración entre agentes e instituciones, reconocimiento y agradecimiento a nuestras empresas, trabajando, optimizando nuestros recursos y luchando para que no haya ni una sola empresa que tenga que cerrar sus puertas o despedir a un trabajador. Por eso creemos en la negociación, para que las relaciones laborales se adecuen al contexto actual, mirando hacia el futuro sin arrastrar lastres del pasado. Por eso, colaboramos con la Universidad, apostamos por la innovación y la investigación y creemos firmemente en que el conocimiento ha de transferirse a la vida diaria y su camino es el mundo empresarial.

Así lo creemos y así lo defendemos en distintos foros, el último, a propósito de las últimas elecciones municipales y autonómicas. Entre otras propuestas, desde CONFAE nos hemos centrado en aquellas áreas que pueden y deben contribuir al afianzamiento de un modelo de ciudad capaz de generar riqueza y asegurar el futuro de las próximas generaciones, creando oportunidades de empleo, capacidad emprendedora y que todo ello revierta en otros sectores y servicios y, por tanto, en una mejor calidad de vida para todos los abulenses.

Tales propuestas aluden a las siguientes áreas: industrialización y empleo, centrándose en actuaciones capaces de atraer nuevas inversiones; ofertar suelo industrial de manera competitiva, fomentar el autoempleo y la creación de nuevos

proyectos empresariales e incentivar, además, el empleo estable, propiciando un sistema dinámico y flexible de prácticas en empresas.

La oferta de suelo industrial en la provincia está repartida con bastante proyección, existiendo Polígonos Industriales diseminados de manera equidistante por toda nuestra geografía. En algunos de ellos, además, se observa una actividad económica emergente. En concreto, en Vicolozano, Las Hervencias y La Colilla.

En el resto de la provincia, Arévalo, Las Navas del Marqués y Sotillo de la Adrada suben enteros en tanto que otros están luchando por crecer: Barco de Ávila, San Pedro del Arroyo o Sanchidrián.

Existen proyectos también de desarrollo industrial en las zonas de Cebreros, El Tiemblo, Arenas de San Pedro, Candeleda y Piedrahita.

Necesario es eliminar o moderar las cargas fiscales que soportan las empresas y que ralentizan, cuando no impiden, la continuidad, el establecimiento y la expansión de las principales generadoras de empleo, las pymes.

Colaboración público-privada en la puesta en marcha de un Centro de Potencialidades Industriales y el impulso de la construcción de un vivero tecnológico, apostando de manera imparable por la I+D+i.

Y es que ésta, la Investigación, el Desarrollo y la Innovación, no debe ser patrimonio solamente de



los grandes parques tecnológicos que promueven las administraciones; más bien al contrario, y en aras de un desarrollo territorial uniforme deben promoverse por igual Centros Tecnológicos en torno a los recursos autóctonos que tengan otras provincias.

Consideramos, por otra parte, que Ávila, por su situación estratégica y comunicaciones, puede ofrecer

a través de sus Polígonos Industriales condiciones muy propicias para acoger pequeños parques de empresas auxiliares de grandes factorías que puedan estar ubicadas en el cinturón industrial de Madrid o Valladolid.

Tal vez, así, consigamos que nuestros jóvenes licenciados y doctorados preparados para cada una

de las ramas profesionales puedan efectivamente quedarse en nuestra provincia, evitando el éxodo a otras ciudades con mayores oportunidades.

Todo ello es impensable sin una mejora y modernización de las comunicaciones de Ávila con el resto de la región y del país, ya sea a través de la red de carreteras y autopistas y la tan necesaria inclusión de Ávila a la Alta Velocidad. La clave, compromiso político con las infraestructuras abulenses y agilización administrativa.

Una fortaleza que habrá de seguir potenciando de cara a los últimos años es el sector turístico en la provincia, uno de los más fuertes y competitivos del la economía abulense, tal como demuestra la existencia, sólo en Ávila capital, de más de 2.000 plazas de alojamiento. Simultáneamente, la provincia de Ávila es líder en alojamientos de Turismo Rural.

En este sentido, estamos trabajando, para ser capaces de adelantarnos a las nuevas tendencias que marcarán el rumbo del sector a medio y largo plazo.

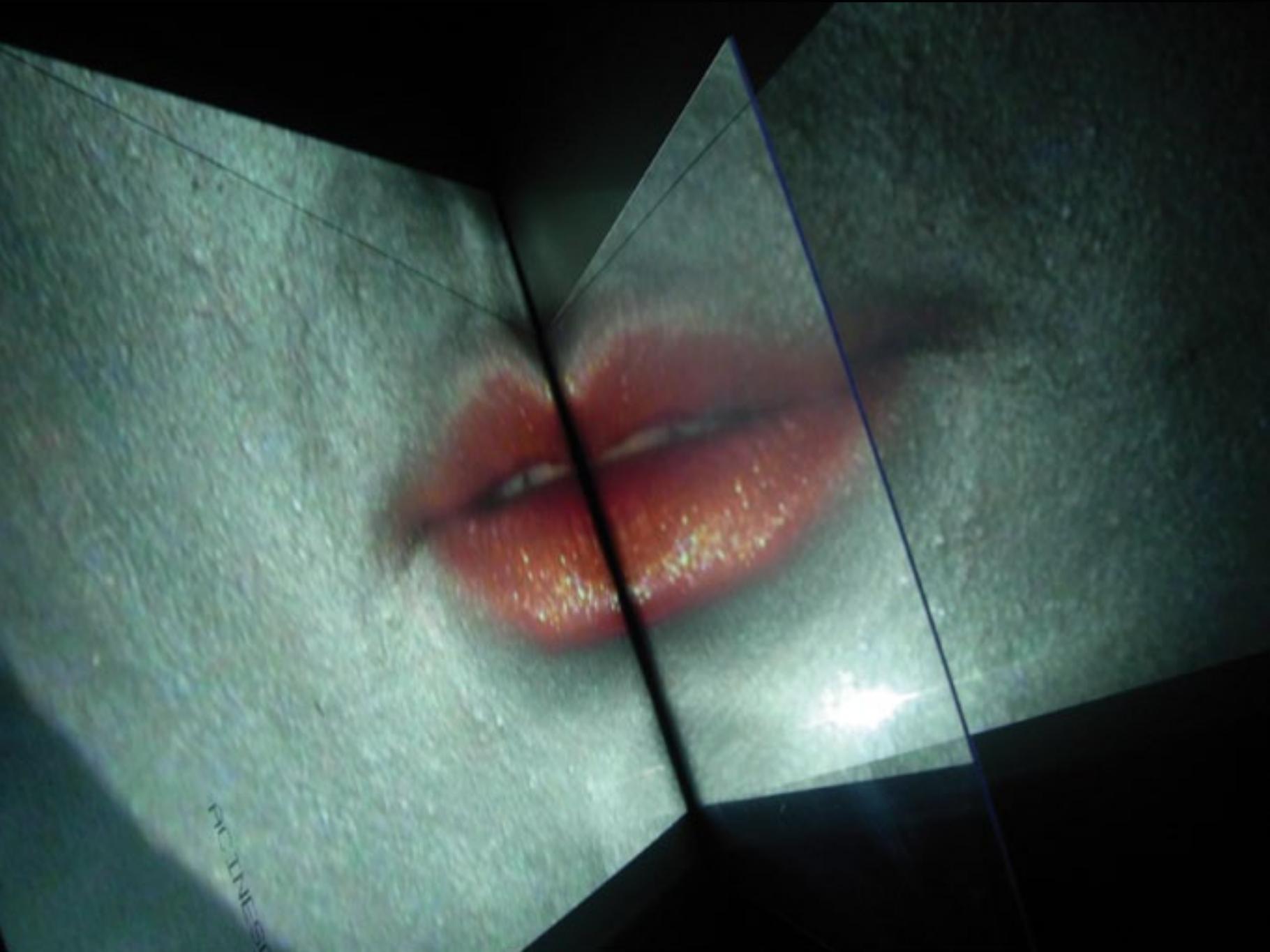
Como potente es otro sector, el agroalimentario, en concreto, la industria cárnica, que puede tener importantes oportunidades de creación de empresas en la actividad transformadora vinculada al sector agropecuario.

Igualmente importante es para nosotros el compromiso medioambiental de nuestras empresas, algo que pasa obligatoriamente por la dotación de centros de transferencia de residuos industriales y la existencia o habilitación de puntos limpios para que nuestras empresas puedan gestionar adecuadamente los residuos y minimizar su impacto en nuestro entorno natural.

Un compromiso amplio y ambicioso que marca, no sólo el ritmo de trabajo de la Confederación Abulense de Empresarios, sino de todas nuestras actuaciones pensadas, sencillamente, para y por la provincia de Ávila y todas las gentes que contribuimos a hacer de esta tierra un lugar próspero y hospitalario, integrador y cohesionador, con oportunidades para todos.







JOSÉ LUIS PAJARES nació en Ávila en 1956. Doctor en Bellas Artes, es profesor en la facultad de esa especialidad en Salamanca y un artista multidisciplinar de gran proyección internacional, autor además de textos y artículos sobre arte contemporáneo y numerosos ensayos sobre iconografía artística. Aquí se muestra su trabajo de 2009 , titulado *Tu, Harry* y compuesto de videoproyección, acero y policarbonato.

Edita



FORO PARA LA
CALIDAD
EMPRESARIAL

Patrocina



ISBN: 978-84-936914-3-1



PROYECTO **soñando futuros**